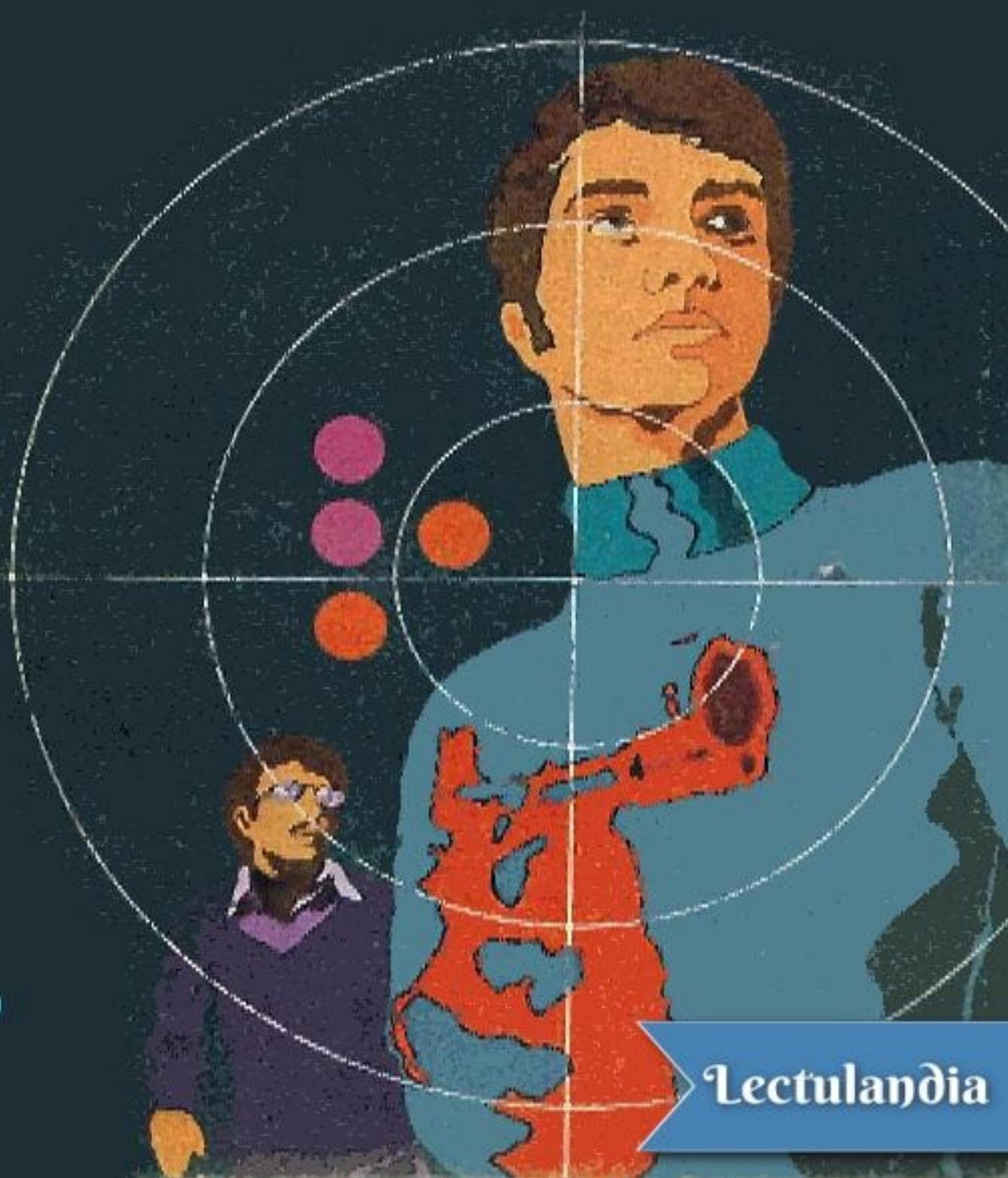


**GIL BREWER**

**UN ASESINO  
EN LAS CALLES**



se

Lectulandia

*Un asesino en las calles*, quizá la mejor obra de Gil Brewer —autor, entre otras, de *13 French Street*, *Satan is a Woman* y *Flight to Darkness*—, no es, estrictamente, una novela policíaca. No hay nada en ella que resolver, ningún asesino que descubrir. El asesino está ahí, frío e implacable, desde las primeras páginas, y como él hay miles. Porque la responsabilidad de la muerte ha dejado de pertenecer única y exclusivamente a la sabia Naturaleza para pasar a manos de una sociedad disparatada, monstruosa y ciega que parece complacerse en su autodestrucción.

**Lectulandia**

Gil Brewer

# **Un asesino en las calles**

ePub r1.0

Titivillus 17-12-2017

Título original: *A Killer is Loose*

Gil Brewer, 1954

Traducción: Julián Kepler

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRESENTACIÓN

## Entre la razón y la locura

Los grandes maestros de la Serie Negra, cada cual a su manera, han creado diversos modelos de novela policíaca. Este carácter «ejemplar» de sus obras ha servido para que, más allá de la originalidad y el talento de los representantes de primera línea, un cuantioso número de autores menores adoptara, precisamente con carácter de modelo, los hallazgos de Hammett, Chandler o Ross Macdonald. Nos encontramos así con una voluminosa producción de obras que responden desde el principio al fin a las características de la Serie, pero que lamentablemente no van más allá de una monótona repetición de un esquema que ha perdido ya la eficacia de sus orígenes. Hoy hace falta mucho más que una aceptable habilidad narrativa para contar las peripecias de un triste detective privado empeñado sin remedio en la lucha contra toda clase de arbitrariedades. Son muy pocos los autores de la Serie Negra que continúan con un sentido trascendente por esta senda. Y sin desconocer los riesgos de una afirmación como la que sigue, quizá pueda decirse que solo Ross Macdonald, en la actualidad, ha alcanzado la dimensión necesaria como para que el largo ciclo de aventuras de su detective Lew Archer no haya perdido credibilidad. Macdonald, como sus maestros, ha situado a Archer en el centro de la historia, y es su vida la que importa, su experiencia humana, su propia inserción histórica en el periplo de aventuras y degradaciones que ha elegido para actuar «contra» un mundo que ha perdido la escala del hombre.

En medio de la hojarasca, afortunadamente, siempre se han producido obras que han sabido apartarse a tiempo de los equívocos caminos de las fórmulas de éxito. El precio que han pagado, muchas veces, ha sido alto: el fracaso comercial, el desinterés o el olvido. No puede menos que resultar injusto que escritores de la talla de Horace McCoy o David Goodis —para citar solo un par de nombres de primera magnitud— hayan permanecido casi en el anonimato, para España y para buena parte del resto del mundo de habla hispana, hasta hace solo unos años. *Di adiós al mañana*, de McCoy, y *Viernes 13*, de Goodis, incluidos en esta colección, constituyen una muestra indiscutible de originalidad y brillantez dentro del género.

Gil Brewer, escritor norteamericano, autor entre otros títulos de *13 French Street*, *Satan is a Woman* y *Flight to Darkness*, no logró en el mundo de habla hispana, y a pesar de su repercusión en los USA a comienzos de los años cincuenta, exceder el circuito de algunas colecciones populares ni alcanzar el reconocimiento que su obra merece.

*Un asesino en las calles* es una novela estremecedora, violenta, descarnada, que evita voluntariamente los esquemas convencionales de la Serie Negra, que encuentra

su ámbito en las calles de una pequeña ciudad y a sus personajes en la psicopatología de una sociedad enferma. Ralph Angers, el homicida paranoico descrito por Gil Brewer en esta novela, no es excepcional. Como no son excepcionales ninguno de los otros protagonistas del libro. Y este es, tal vez, el mayor hallazgo de la novela y en esto radica, quizá, la capacidad del texto para «comprometer», sin apelaciones, al lector; para transformarlo en «otro» protagonista, que en este momento lee, pero que a continuación, en cualquier parte, puede toparse con «otro» Ralph Angers para comenzar a comprender, a través de una experiencia sangrienta, que la frontera entre la razón y la locura es, en alguna medida, una convención, un límite ambiguo y engañoso del que estamos mucho más cerca que lo que nuestros esquemas de vida cotidiana, aparentemente firmes, nos permiten sospechar.

JUAN CARLOS MARTINI

Si puedo contar esta historia correcta y sinceramente, y presentar a Ralph Angers en estas páginas tal como era en realidad, me sentiré feliz. No resultará fácil. No había nada sencillo en Angers, excepto quizá los modales de ser superior con que hacía las cosas. Era un tipo extraordinario... vaya si lo era. Últimamente ustedes han leído en los diarios crónicas acerca de tipos que han hecho algunas de estas cosas, lo mismo que Angers. Todos ellos estaban encendidos al rojo debajo de la misma estrella helada cuando los cables se cortaron y la muerte se convirtió en un pigmeo. De modo que creo que será mejor que cuente esto. Actualmente hay muchos Ralph Angers en las calles, en los trenes, en los bares, en los hoteles, en las casas, en los campos de fútbol, y no hay absolutamente ningún método para saber «quiénes» son, hasta que sucede. Diablos, claro que no lo hay. De modo que esta es mi historia, y la explicación de cómo fue que me ocurrió y de cómo terminó. Ahora que lo pienso, terminó en una forma muy sencilla. Supongo que tenía que ser así. Se necesitaría una mente diabólica para concebir los horrores adecuados para... Pero escuchen.

Ustedes saben cómo la suerte se presenta por ciclos, buenos o malos, y ambas clases resultan equilibradas cuando uno hace el balance; o sea que después de una racha larga de mala suerte uno no debe preocuparse, porque la situación va a cambiar. Bien, yo me había excedido en seis meses de este límite. Hacía tres semanas que no me molestaba en mentirle a Ruby acerca de mis salidas por la mañana en busca de un trabajo que no iba a encontrar. Las cartas estaban jugadas. Y me quedaba en casa. Me sentaba en el sofá de la sala y observaba cómo su vientre se iba hinchando y cómo sus movimientos se iban haciendo más lentos por el peso de nuestro primer hijo, y sabía que la criatura iba a nacer de un momento a otro. Pero esa mañana no pude seguir soportándolo. Sabía qué era lo que tenía que hacer. Salí de la sala y me encaminé hacia nuestro dormitorio por el pasillo.

Ella estaba tendida en la cama, y descansaba entre el lavado del porche y la preparación del almuerzo sin nada para cocinar. ¡Qué Ruby!

—Steve —anunció ella—, sentí una punzada mientras estaba trabajando. Quizá fue una falsa alarma, pero ya no tardará mucho.

No la miré. Me encaminé hacia la cómoda y me quedé allí, con la mano apoyada sobre el segundo cajón. Sabía que ella me estaba observando y yo levanté la vista hacia los objetos desparramados sobre el mueble. Un cepillo para el pelo y dos peines y una lima para uñas en un estuche de imitación cuero con ribetes cromados, y un espejo de mano comprado en un bazar por diez centavos y un billete arrugado de un dólar y una moneda de diez centavos y seis de un centavo, una de las cuales parecía haber sido golpeada dos o tres veces con una máquina fresadora.

—Probablemente se trata de una falsa alarma —insistió Ruby detrás de mí, y oí el crujido del somier cuando se volvió sobre la cama—. No he sentido ningún dolor desde que me acosté.

—Naturalmente —asentí. Aunque tal vez no se trataba de una falsa alarma, porque la única falsa alarma de su vida había sido su casamiento conmigo. Deja de pensar en esa forma, me dije—. Naturalmente —repetí—. Quédate tranquila.

Tiré un poco del cajón. Estaba atascado.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada.

—No me gusta pensar en una ambulancia, ni en nada parecido —comentó Ruby—. Cuida que se trate de un taxi, Steve.

—Claro que sí.

—Me gustaría tenerlo en casa, como se hacía antes.

—No hables así. Sabes que es mejor tenerlo en un hospital. Allí disponen de todo el instrumental necesario. Saben perfectamente qué es lo que hay que hacer. Además, en la casa no es higiénico.

—Las cosas cambian mucho, ¿no es cierto? Yo nací en el coche de papá, justo en el medio de Times Square.

—Conociendo a tu madre, apuesto a que se puso furiosa —comenté.

—Steve, no deberías decir eso.

—De todos modos, aquí no tenemos una Times Square.

—¿Qué haremos, Steve? El médico es muy amable..., me refiero a lo que dice respecto a los honorarios y a todo lo demás. ¿Pero qué haremos?

—Ya te dije que no te preocupes.

Abrí el cajón y me quedé mirando lo que estaba envuelto en el trapo de franela. Introduje la mano y lo toqué y ella empezó a hablar nuevamente, aunque esta vez estaba un poco asustada. Pensaba demasiado en eso.

—Imagínate que nazca en un taxi —el somier de la cama crujió—. Escucha, querido, procura llevarme allí con tiempo. ¡No sé lo que haré!

—No te preocupes.

—¿Qué estás haciendo ahí?

—Ya te dije que nada.

Saqué el objeto del cajón y lo desenvolví y guardé el trapo nuevamente en el cajón. Una Luger es una pistola buena y pesada, que produce en la mano la sensación que debe producir un arma, y basta empuñarla para saber cuánto poder encierra y que hará exactamente lo que uno quiera que haga y en el lugar donde uno cree que debe hacerlo. Eso es lo único que uno debe cuidar con una Luger... basta pensar en el lugar donde uno quiere meter el proyectil, y recula fuertemente y escupe al mismo tiempo la bala, fuerte, sólida, dirigida hacia donde uno quiere colocarla.

—Lamento lo que ocurre con tus pistolas, Steve. Es deplorable que hayamos tenido que venderlas todas.

Lo decía sinceramente, y no hablaba por hablar.

—Sí.

—¿Venderás esta también?

—No lo sé. Quizá me den treinta dólares por ella. O por lo menos veinticinco. Se trata de un amigo mío.

—¿Después de todo el trabajo que hizo el armero?

Me encogí de hombros.

—Es la última de tu colección.

—No es un ejemplar exclusivo. Es fácil encontrarlas.

—Tú querías guardarla. Ese dinero no nos bastará, ¿no es verdad?

—No.

Todavía no había mirado a Ruby y comprendí que lo mejor era dejar que creyese que pensaba vender el arma. Quizá si lo que había planeado para ese bastardo de Aldercook daba resultado, no necesitaría venderla. Aldercook era un perfecto bastardo. Me debía dinero y ahora yo tenía que llevar una pistola. Quizá la vendería igualmente. Esa arma guardada en el cajón resultaba tentadora.

Cerré el cajón y fui a sentarme sobre el lecho, junto a Ruby, empuñando la Luger, pensando que en el tarro de golosinas de la despensa tenía una caja llena con veinticinco proyectiles checoslovacos Parabellum de nueve milímetros.

Maldito Harvey Aldercook.

—¿Cuánto dinero tenemos? —preguntó Ruby.

—No lo sé. Creo que cuatro dólares con dieciséis centavos.

—Steve.

Yo la miré, apartando la vista del frío metal azul, suave y agradable al tacto, pulido como vidrió y más que cordial.

—No vendas la pistola.

—Ya veremos. Escucha, Ruby, iré al centro.

—Después de todo no pensabas venderla, Steve.

Nos miramos durante un rato. Ella estaba erguida sobre los codos, con las almohadas puestas a modo de respaldo detrás de sus hombros y su cabeza. Ruby era bella y seductora. Tenía un cuerpo largo y bien formado, un cuerpo vivaz, de huesos grandes y maravillosa y delicadamente delineados, y había gracia en cada uno de sus movimientos, incluso en el estado en que se encontraba, con el niño en el vientre. Tenía una boca ancha y serena, y su pelo parecía una masa espesa de azafrán ondulante, y sus ojos azules claros y ansiosos reflejaban en su brillo todo lo que ella tenía de bueno, y miraban serenamente a las personas.

—Será mejor que ponga manos a la obra.

—Espera —exclamó ella—. ¿A qué obra?

Ruby palmeó la cama, pero no me senté. Tenía puesto un vestido azul brillante con el cuello y los puños blancos y con botones blancos con forma de corazón a lo largo de toda la parte delantera. Ruby se había confeccionado sola el vestido y era un

encanto. Ruby me gustaba mucho.

—Tengo que ocuparme de un asunto —le contesté.

Yo no cesaba de frotar la pistola con el pulgar. Era dura y fría, pero estaba empezando a entibiarse. Tenía cachas de ébano negro. Las balas se introducían como en un revólver calibre 32 con la estructura de un 38, pero la Luger era más importante.

Ruby giró la cabeza en otra dirección.

—Sabía que esto iba a ocurrir.

—No se trata de lo que tú piensas.

—Sí, es eso. Todas esas armas. Lo sabía, lo sabía.

—¿Qué diablos quieres que haga?

—Eso no.

Empecé a experimentar una sensación de ahogo, como cuando alguien me provoca. Este era un tema acerca del cual no quería hablar. Ni con Ruby, ni con nadie. Quizá el dinero era algo de su incumbencia, pero Aldercook y el método que yo emplearía para tomar lo que nos pertenecía era algo que corría por mi cuenta y que no quería discutir. Pensar en ese fantoche pálido de Aldercook me producía dolor en el entrecejo.

—¿Crees que voy a asaltar un Banco? —pregunté.

—No. Eres demasiado inteligente para elegir un Banco.

—¡Oh, Ruby, por amor a Dios!

—Ahora no, Steve. Ahora no. Si no fuese por la criatura, quizá podría entenderlo. Pero ahora todo ha cambiado.

—Hablas como si fuese un delincuente. Lo único que robé en mi vida fueron dos pilas de linterna que tomé de una tienda cuando tenía once años, y una botella de coñac que me llevé de un *bistro* francés de Alençon durante la guerra. Y me remordió tanto la conciencia que incluso le envié cinco dólares al dueño de la taberna cuando regresé a los Estados Unidos.

—Sí, pero esto es distinto. Te he estado observando, Steve.

Ruby me miró y vi en sus ojos el miedo a medias, el íntimo deseo de haberse equivocado.

—¿Y entonces qué? —pregunté. Mi voz estaba un poco ronca, como en todas las oportunidades en que me pongo nervioso—. Uno puede golpear con la cabeza contra la pared durante cierto tiempo, pero eso tiene un límite —dije. Y agregué—: El Sur no nos quiere, Ruby. Y no podemos volver al Norte. Ni siquiera podemos comer como se debe, y todos los malditos monigotes que uno ve están conduciendo un Cadillac y comiendo chuletas de primera, y nosotros ya ni siquiera tenemos el Ford.

—¿Desde cuándo te gustan los Cadillac?

—Está bien —murmuré.

Me encaminé hacia la cómoda y descargué el puño sobre su parte superior y las monedas de uno y diez centavos saltaron. Maldita madera ordinaria.

—¿Tenemos la casa, no es cierto?

—Bonita casa.

—¿No puedes hipotecarla?

Me volví y le contesté con una risita. No estaba pensando en el efecto que tenía esto sobre Ruby. Solo pensé en eso más tarde.

—Está hipotecada hasta el techo y tú lo sabes. Dentro de un par de meses no tendremos la casa.

—En esta ciudad te aprecian, Steve —afirmó ella, palmeando nuevamente la cama, aunque yo no hice caso de la invitación—. Tu padre nació aquí y le recuerdan y te quieren. Espera que se presente una oportunidad. Tienes muchos amigos en esta ciudad. Vaya, si cuando caminas por la calle todos dicen: «Hola, Steve, ¿cómo marchan las cosas?». Y...

—Sí —espeté—. Y además saben muy bien cómo marchan. Te repito que aquí están librando todavía esa guerra. Si no fuera así, ¿por qué no puedo conseguir un empleo? No estamos viviendo en la época de la depresión, Ruby..., ahora el calendario marca un período floreciente. Yo ingresé en la fuerza aérea en Jacksonville, y quizá no fui uno de los mejores, pero resulté bastante bueno. Hasta qué ese hijo de perra me metió el pulgar en el ojo y me dejó en un estado tal que ya no pude ver bien. Lo estropeó todo. Ya no puedo pilotar un avión. No quieren renovarme la licencia. Parezco un mecánico experimentado hasta que me ven cuando trato de trabajar con un destornillador o con una llave inglesa, o hasta que observan que me lastimo las manos metiéndolas en un ventilador, o hasta que descubren las cicatrices que marcan los lugares donde mi cabeza golpeó con todas las malditas tuercas y tornillos de una máquina. «¿No ve bien, Logan? —me preguntan—. ¿Ahí dentro hay poca luz?». «Veo perfectamente —contesto yo—. Simplemente es que ayer tuve una noche un poco agitada, y nada más». «Bien, nosotros no toleramos noches agitadas..., no en este taller, Logan. Sospecho que si se queda en este empleo durante una semana más se estropeará con una bujía de encendido, o se pescará un constipado con la perilla de una palanca de cambio». Le pegué a un tipo porque me dijo algo así. Cayó sentado sobre un cubo de grasa. Se trata solo de que me excito demasiado, Ruby. Yo veo perfectamente. Claro, tengo que confesar que a veces fallo un poco al calcular las distancias. Pero puedo disparar una pistola. Ahora dime una cosa, ¿a qué se debe que puedo disparar tan bien, y sin embargo a veces debo subir a tientas por la escalinata del porche? El tuerto Logan. El único ojo bueno siempre me traiciona. ¡Sería capaz de degollar a ese pájaro del pulgar mugriento!

Me quedé inmóvil donde estaba, mirándola, sin saber qué efecto tendría esto sobre ella, pensando solo en mi mala suerte.

—Ruby, hace un año que no consigo un empleo duradero.

—Eres carpintero, Steve.

—Deberías verme clavar un clavo.

Ella sonrió, y, después dejó escapar una risita. Entonces comprendí en qué estaba

pensando y tuve que acompañarla en su risa, aunque mi espíritu estaba muy bajo. Era una suerte que uno no necesitase los ojos para eso. Supongo que me habría pegado un tiro. ¡Qué Ruby!

—Fue un bonito discurso —comentó ella—. Hace meses que no hablas tanto, Steve.

—Está bien —asentí—. En eso tienes razón. —Me senté en la cama, manteniendo la Luger entre las rodillas, mirándola y pensando en Harvey Aldercook. Yo estaba vencido y eso era todo. Necesitaba carne cruda o algo parecido. Entonces me puse nuevamente en pie—. Iré al centro —le dije—. Quédate aquí, sin miedo.

—Preferiría que me hicieras compañía, querido.

No le contesté. Me encaminé hacia el armario, me quité los *shorts* y los dejé caer sobre una silla. Deposité la Luger encima de los *shorts* y su aspecto me siguió fascinando. Me puse unos pantalones grises de gabardina y una camisa delgada, de mangas cortas.

—Preferiría que te quedases, querido —repitió Ruby—. Tengo una sensación extraña, Steve.

—Consérvala —respondí—. No durará mucho.

Recogí la Luger y me encaminé hacia el lecho y besé a Ruby. Ella trató de sonreír, pero fracasó en su esfuerzo porque la expresión de sus ojos era imposible de disimular. Yo ni siquiera podía mirarlos. Ruby estaba muy preocupada, pero no por la criatura.

Pasé al comedor y me encaminé hacia la alacena. Metí siete de las brillantes cápsulas checoslovacas en el cargador y lo inserté nuevamente en la culata y puse el seguro. Después guardé la pistola en mi bolsillo trasero, en el lado derecho. Era pesada y cualquiera podía darse cuenta de que yo llevaba un arma encima, ¿pero qué diablos importaba eso? Volví al dormitorio y miré a Ruby. No se había movido de su posición. No quería mirarme. Tenía la vista clavada en la pared.

—¿Adónde vas, Steve?

—Tengo que atender un negocio —contesté.

—Por favor —murmuró ella—. Todo se arreglará.

—Mejor de lo que tú crees —respondí, y ella siguió resistiéndose a mirarme—. No volveré hasta dentro de una hora. Si necesitas algo, llama a Betty Graham, la vecina. Ella te oirá.

Ruby no hizo ningún comentario, y se limitó a mover un poco una pierna.

Yo me quedé un minuto en el mismo lugar, mirándola y deseando ser otro tipo, con un empleo permanente y un Cadillac... «Pero esas son ideas descabelladas —me dije—. De modo que piensa en otra cosa».

Volví a salir al corredor, atravesé la sala y abrí la puerta de la calle. Rogué que Harvey Aldercook estuviese en su yate, en el embarcadero. Pero estuviera donde estuviese, le encontraría.

Betty Graham regaba el jardín con la manguera. Se trataba de una muchacha

regordeta, pelirroja, y tenía puestos unos *shorts* azules y un suéter verde. Me detuve en la acera.

—Oye, ¿quieres hacer el favor de cuidarme la casa? Volveré pronto, pero tú ya sabes en qué estado se encuentra Ruby.

—Naturalmente, Steve.

Betty me sonrió y se quedó regando su pie izquierdo, hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo y volvió el chorro de la manguera hacia la galería. Caray, agradecía a Dios no estar casado con ella, pero era una buena chica. Su marido también estaba un poco chiflado, así que se entendían.

—Cuando termine de regar el jardín, iré a visitarla —exclamó Betty—. No te preocupes, Steve.

—Gracias.

Me alejé calle abajo, pensando en Harvey Aldercook, mientras la Luger me pesaba en el bolsillo trasero del pantalón. Era un hermoso día de primavera y no había una sola nube en el cielo. Algunos chicos desharrapados estaban jugando en un callejón situado al otro lado de la calle, y cuando llegó el autobús yo me había lanzado a pensar en Ruby. De modo que invertí diez centavos en un viaje hasta el amarradero de yates y me senté junto a un anciano con una larga barba amarillo grisácea y con ojos que parecían terrones de espesa tierra gris, y manos huesudas y mugrientas que temblaban como enloquecidas sobre el pomo de su bastón. Su aspecto era enfermizo, mi estado de ánimo no lo era menos.

El autobús salió dando tumbos del barrio residencial, dobló hacia el este pasando frente a algunas gasolineras, y más tarde empezó a hacer calor. Poco después estábamos entre los edificios más altos y el calor se hizo verdaderamente agobiante.

Yo sabía que si no tenía éxito en mi entrevista con Harvey Aldercook, emplearía la pistola para hacer algo. Estaba seguro de eso. Ruby no iba a sufrir hambre, ni tampoco el niño, y el médico cobraría su cuenta.

Entonces advertí que llevaba conmigo la caja verde brillante que contenía los otros proyectiles de la Luger. Estaba en mi mano. La metí en el bolsillo.

—¿Va a cazar, hijo? —preguntó el anciano.

—Sí, abuelo —respondí—. Eso mismo. De caza.

—En los viejos tiempos yo también cazaba de vez en cuando —manifestó, hablando con voz seca y lenta desde detrás de su barba—. Nunca pude soportar la pesca, pero la caza..., vaya, eso es otra cosa.

Entonces levantó una mano y nos quedamos mirando cómo temblaba y saltaba y se crispaba.

El anciano no agregó nada más, y empecé a pensar en cómo la gente debía ponerse vieja como él, y en cómo moría, y ahí estaba él, y ahí estaba yo. Entonces me di cuenta de que empezábamos a bordear el embarcadero de los yates. Levanté la mano y tiré de la cuerda de la campanilla.

—Hasta la vista, abuelo —dije.

El anciano no me contestó. Se había metido en algún recoveco de sus sueños, mientras volvía las mandíbulas y su barba se ondulaba y subía y bajaba sobre su pecho.

Atravesé el portón de madera y me interné por el muelle hacia el sector en el que estaba amarrado el yate de Harvey Aldercook, el Rabbit-O. Todavía conservaba su buen aspecto. Los elementos habían dejado su huella en algunos lugares, pero todo el trabajo que yo había realizado se mantenía en bastante buenas condiciones. Yo había raspado y lijado y pintado y barnizado y pulido y reajustado y pintado y montado y desmontado ambos motores y los había subido a bordo y los había vuelto a instalar. La embarcación necesitaba otra vez algunos arreglos porque a Aldercook le importaba un rábano su mantenimiento. Pero esta vez embaucaría a algún otro y no a mí.

Me quedé mirando el yate, pensando que él me había pagado exactamente diez de los doscientos ochenta dólares que me debía. Esto dejaba un saldo de doscientos setenta, y a Harvey Aldercook le habría costado tanto pagarlos como comprarse un paquete de cigarrillos. Pero no los pagaba.

Bien, yo haría que el bastardo saldase su cuenta conmigo.

Una mujer con la influencia del *whisky* en la lengua se rio y después gritó:

—¡Harvey, querido! Ahí afuera hay un magnífico animal enorme de pelo amarillo. Creo que me está mirando. ¿Usted es un fisgón? —me preguntó—. Harvey, querido, está subiendo a bordo como si fuese un gato. ¡Ay, ay, ay, dónde está esa botella! ¡Eh, usted, oiga! Me está mirando fijamente. Hola, usted.

—Hola —respondí—. ¿Está...?

—Le engañé, ¿no es cierto? —exclamó la mujer—. No es más que coca-cola. Terminé la botella. Harvey fue a buscar más.

Era un insulto al género femenino, un cortocircuito en la carne de mujer voluptuosa y tierna con la que sueña el hombre. Era uno de esos ejemplares intermedios rubio cenicientos, huesudos, de ojos como platos, de cara sonriente, de mentón prominente, busto falso, ancas artificiales, posturas estudiadas y muslos vacíos que se fabrican como tablillas de celosías venecianas en alguna fábrica anémica, asfixiada y subterránea para satisfacer la demanda desconcertantemente incrementada de modelos sin sexo, idénticos a ella, para ciertas revistas de moda femenina en las que se echan hacia atrás con la boca abierta y la nariz fruncida, con ajustados vestidos rojos y plateados, sentadas sobre un viejo tonel de cerveza recién barnizado, cogiendo largos paraguas delgados que tienen la punta clavada en una duna de arena. A veces uno las ve desvanecerse, con los párpados pesados y la cara pálida como el papel, sobre un martini agitado en una copa triple de cóctel, con sus largas garras descarnadas de puntas doradas que se cierran como las de un buitre alrededor del pie de la copa. Yo prefiero toda la vida curvas, hoyuelos y muslos

carne. Soy un tipo fácil de conformar.

—Quiero ver al capitán —dije.

—¿El capitán? ¿El capitán? —se distrajo, y después eructó con una risa vacía y dobló la muñeca. Me pregunté si Harvey Aldercook se había contagiado este gesto de ella—. Oh, se refiere a Harvey, ¿verdad?

Hice un gesto afirmativo. Mientras hablaba, ella había permanecido estirada sobre un sillón de playa, acolchado, detrás de la puerta de la cabina. Tenía puesto uno de esos camisones cortos que las mujeres usan ahora, y sus piernas no parecían mondadientes, sino cerillas cuyas cabezas estaban representadas por las caderas hermosas, amplias, deliciosamente curvadas.

—¿Logan?

Me volví y me encontré con Harvey Aldercook. Seguramente se había dirigido hacia la parte delantera, había subido por la trampilla, había dado un rodeo a la cubierta de los camarotes y había vuelto hacia la popa.

—Deseo hablar con usted —dije.

—Hable, Logan. Hable.

—Sinceramente —comentó ella desde dentro— estás estupendo, Harvey, querido.

Harvey Aldercook era un monigote pálido, corpulento, de físico pesado y atractivo. Usaba zapatos blancos de tenis, pantalones azules de lino, una camisa blanca y una gorra marina también blanca, con una franja negra. Por algún motivo, a pesar de que era dueño de un yate y vivía en él, nunca tomaba el sol.

—A solas —manifesté.

—Oiga, Logan —respondió Harvey Aldercook—, yo no dispongo de todo el día. Vaya al grano. Si tiene algo que decir, desahóguese —golpeó su abdomen con ambas manos, miró a Patas de Langosta por encima de mi hombro y le hizo un guiño como si hubiese querido decir: «En seguida estaré contigo, querida. Tenemos un secreto, ¿no es verdad?».

La Luger parecía un pastel de chocolate que se estaba derritiendo en mi bolsillo trasero.

—¿Y bien? —preguntó Harvey Aldercook.

—Necesito un poco de dinero —respondí, aborreciendo lo que tenía que decir, aborreciéndome a mí mismo por haberme forzado a pedírselo—. Usted me debe doscientos setenta dólares. He venido a cobrarlos.

—¿De qué se trata? —inquirió Harvey Aldercook.

Su expresión era perfectamente seria, y quizá incluso un poco sorprendida. Hasta dilató un poco los ojos como si estuviese asombrado, y las escleróticas resultaron perfectamente blancas sobre el reborde limpio que rodeaba los párpados, pero cuando los párpados se despegaron un poco, la superficie interior resultó parda e inyectada en sangre. Casi producía la impresión de tener un doble juego de párpados en cada ojo.

—Usted sabe de qué se trata —contesté.

—Vamos, Logan, no está bromeando, ¿verdad?

—No.

—Escúcheme, Logan, no lo entiendo.

Completamente serio, sinceramente sorprendido.

Nos miramos el uno al otro durante un minuto, como dos muertos amarrados a sus sillas a ambos lados del tapete verde recién limpiado de una mesa de póquer, debajo de una luz brillante. Entonces alguien sacó un mazo nuevo y lo desplegó sobre la mesa.

—Hace cuatro meses y medio —manifesté—. Yo trabajé en su yate, ¿recuerda? Trabajé durante mucho tiempo. Tengo una lista de las cosas que hice, por si usted desea conocerlas. Me debe doscientos setenta dólares por ese trabajo.

—¿Por qué no le pagas al pobre patán? —preguntó Patas de Langosta desde el otro lado de la puerta—. O lo que quizá sería mejor, envíalo a comprar una botella y dile que se quede con el cambio.

—Deja que yo me ocupe de esto —dijo Harvey Aldercook.

—Bien, ¡entonces, por el amor de Dios, ocúpate!

Él volvió a mirarme, sin perder su semblante profundamente intrigado, que ahora presentaba, además, una pincelada de ofensa.

—Logan —manifestó Aldercook—, usted sabe tan bien como yo que le pagué por ese trabajo.

—Diez dólares. Me pagó diez dólares.

—Naturalmente —asintió Harvey Aldercook. Y esbozó una sonrisa—. Después de todo lo recordó, Logan. Caray, por un momento los dos estuvimos confundidos, ¿no es cierto? ¿Qué le parece si ahora toma un trago?

—Espere un momento —exclamé—. La tarifa del trabajo eran doscientos ochenta dólares, y usted me pagó diez. Todavía me debe doscientos setenta.

Yo había descubierto su plan, pero estaba dispuesto a resistir hasta el fin.

—Oiga —manifestó Aldercook, nuevamente serio y con un brillo fugaz de cólera en los ojos—. Será mejor que salga de mi barco. Yo le pagué lo que valía ese trabajo.

—¡Sí! —exclamó Patas de Langosta desde adentro—. Dile que si dilapidó los diez dólares, el que debe preocuparse por eso es él. No debería ser tan descuidado con el dinero —lanzó otra risa vacía—. ¡Qué patán!

—Además —continuó Harvey Aldercook—, el trabajo ni siquiera estuvo bien hecho. Después lo tuve que arreglar todo nuevamente por mi cuenta. Fue un trabajo pésimo. Le pagué diez dólares de más, Logan.

Yo había planeado usar la pistola, apuntarle por lo menos con ella, asustarlo, porque me sentía seguro de que se asustaría. Ahora, por algún motivo, comprendí que no podría hacerlo. Él me tenía en sus manos y lo sabía, y yo sabía que lo sabía.

No tenía nada que agregar. Podía quedarme allí y discutir, pero no ganaría nada con eso. Busqué la pistola, pero estaba atascada en mi bolsillo trasero y no podría sacarla sin un esfuerzo. La solté.

—Salga de este barco —ordenó Aldercook.

—Escuche —dije, tragando lo que me quedaba del amor propio que había sobrevivido durante esos últimos meses—. Mi esposa va a dar a luz... de un momento a otro. Necesito ese dinero urgentemente.

—Todos tenemos problemas —contestó Aldercook, meneando la cabeza.

—Me conformaré con cien dólares.

—Le repito por última vez que salga del barco.

—¿Por qué no lo echas, Harvey querido? Echa a ese vagabundo al agua.

—Quizá lo haga —asintió Harvey Aldercook, con lo que se suponía que era una mueca amenazante. Avanzó hacia mí. Yo no pude aguantar más. Se parecía a Popeye con sus espinacas.

Estiré la mano, le cogí por la nuca, y después puse en movimiento el puño derecho y lo hundí con todas mis fuerzas en su abdomen, hasta el fondo. Aldercook se dobló en dos, con un brillo implorante en los ojos. Puse la otra mano detrás de su nuca, entrelacé los dedos y empuje su cabeza hacia abajo. Levanté la rodilla rápidamente y su nariz crujió y yo la sentí ceder, como si se tratara de bizcochos secos metidos en una bolsa húmeda. Después empezó a manar la sangre y él quiso caer de bruces. Lo recogí con la mano izquierda y volví a levantar la derecha desde abajo. Él se arqueó sobre la barandilla como un gigantesco pez muerto y cayó al agua y se hundió.

—Muy bien —dije, volviéndome hacia la puerta de la cabina—. Será mejor que haga algo, encanto, si no quiere que su amigo se ahogue.

Ella estaba aplastada contra la pared, con las manos extendidas, y susurraba frenéticamente:

—¡Váyase! ¡Váyase! ¡No se atreva a tocarme... monstruo!

Me detuve sobre el muelle y volví la mirada hacia el Rabbit-O. Patas de Langosta estaba ayudando a un embarrado, ensangrentado y empapado Harvey Aldercook a subir por el costado de la popa. Mientras yo le miraba, él cayó sobre el piso de la cubierta y se quedó sangrando sobre las resplandecientes tablas de caoba barnizadas.

Entonces Patas de Langosta, le vio la cara y se mareó.

Me volví y emprendí el regreso a la ciudad. Mientras caminaba, dos muchachas vestidas con bañadores atravesaron corriendo el césped de la acera y saltaron desde uno de los muelles a la cubierta de una lancha. Las dos tenían carnes firmes y relucientes, y resultó agradable saber que no todas eran como la que había quedado a bordo del Rabbit-O.

No sabía qué iba a hacer a continuación. Me sentía enfermo sin estar enfermo, y además estaba aturdido y confundido y, quizá en ese momento, también un poco chiflado. La situación no podía ser peor. Me repetía esto constantemente, sin olvidar que ya me lo había estado repitiendo durante meses y que, sin embargo, cada vez empeoraba más. Me sentía desorientado. Caminaba sin saber por dónde, y estaba

cansado sin motivo.

El sol era caluroso. No hacía viento. Los árboles se levantaban verdes y oscuros y pesados a lo largo del parque, como manos muertas, y el mundo era un túnel sinuoso, salpicado por sombras inmóviles en charcos negros, y los canteros marchitos ondulaban bajo un pálido azul amarillento, y desde la distancia, a través del estrépito agonizante de los vehículos, el reloj del Ayuntamiento repicó un lento y enloquecedor recuerdo del mediodía.

Mediodía y los mostradores atestados de los bares, los restaurantes, con conversaciones de negocios sobre el café que se enfriaba, por encima de mesas pulidas y de migas de pan, entre platos vacíos y manchados de salsa; o las casas llenas del crepitar de la carne frita y de risas y de tristeza y de la soledad de la espera vacía y el apagado susurro de las bandejas en los cuartos de los enfermos o las cocinas vacías y la silenciosa paciencia inapetente de la muerte.

Pasé de largo frente a los monumentales hoteles con los chillones toldos amarillos o verdes o rojos, con sus entradas tocadas por esa nostálgica certeza del santuario en sombras, más allá de la penumbra sin fondo de los vestíbulos silenciosos donde un conmutador telefónico zumbaba y zumbaba. No tardé en llegar a la zona comercial de la ciudad, tratando de no pensar más, ni de recordar. Eso se parecía a estar perdido. No tenía hacia dónde volverme, adonde ir, nada para hacer. Ruby estaba esperando, y esto era lo que yo hacía en realidad: esperar.

El mediodía había dejado las calles desiertas. Más o menos a una manzana de distancia un autobús urbano enfiló hacia mí, haciendo volar los papeles a su paso. Entonces le vi.

Estaba en la esquina, mirando en mi dirección.

—¡Eh! —grité—. Cuidado.

Él no me oyó. Siguió mirando distraídamente calle abajo, y entonces bajó con paso rápido del cordón de la acera y se interpuso en el trayecto del autobús.

Me moví velozmente. Bajé de la acera y corrí en dirección al autobús. Alcancé a ver al conductor a través del parabrisas, y observé que se inclinaba sobre el gran volante chato, luchando con este y buscando probablemente los frenos. Pero los frenos no producían ningún efecto y el autobús seguía su marcha.

—¡Salte!

No saltó. Sencillamente dejó de caminar justo en el trayecto del autobús y se quedó mirándome mientras yo corría hacia él. El autobús estaba sobre nosotros. Entonces oí el chirrido de los frenos. Alguien gritó desde la acera de enfrente. Metí mi brazo derecho debajo del izquierdo del de él, embistiendo con toda mi fuerza. Rodamos hasta el cordón de la acera y el autobús se detuvo chirriando en el medio de la calle.

Me puse de pie y sentí un dolor en la pierna. El hombre se sentó sobre la acera, con un hombro apoyado contra un gran cubo de aluminio con letras negras que anunciaban:

ECHE AQUÍ LA BASURA  
CONTRIBUYA A MANTENER LIMPIA LA CIUDAD

Yo había caído sobre las rodillas y el hombro izquierdo, de modo que a la Luger no le había ocurrido nada. Quise sacarla del bolsillo y revisarla, pero no pude hacerlo en ese momento porque la gente se estaba apiñando a nuestro alrededor.

—¿Se encuentra bien? —pregunté.

No me contestó.

El chófer del autobús se acercó a nosotros dando un rodeo a la parte trasera del vehículo. Lo había dejado en el centro de la calle. Qué conductor de autobús extraordinario. Había estado marchando a demasiada velocidad y lo sabía y estaba asustado. Se reflejaba en su cara.

—¿Qué pretendía hacer? —exclamó—. Santo cielo. Mire por dónde camina. Santo cielo.

—¿Qué le sucedió? —dijo—. ¿Se le durmieron los pies? ¿O acaso fue la cabeza?

—¿Dónde hay un polizone? —inquirió el chófer, mirando frenéticamente a su alrededor.

—Probablemente está comiendo un sándwich y tomando una cerveza en alguna parte —comenté—. Como el resto de la gente. Quizá usted ya tomó la cerveza —agregué—. ¿No es así?

—Necesito un polizone —insistió el conductor. Ahora tenía una libreta y un lápiz en la mano—. Eh, usted —exclamó, dirigiéndose a una anciana con un sombrero de

paja que tenía en la mano un bolso de compras—. ¿Vio usted lo que sucedió? ¿Eh? ¿Eh?

—Sí —contestó la mujer—. Lo vi, jovencito.

—¿Cómo se llama?

—¿Cómo se llama «usted», jovencito? Usted iba a demasiada velocidad.

El conductor le volvió rápidamente la espalda, blandiendo la libreta y el lápiz. Los curiosos ya se estaban dispersando.

—Alguien tiene que haberlo visto —murmuró el conductor. Se acercó a mí—. ¿Está herido el tipo? No, no está herido. Está borracho.

El hombre sentado sobre la acera se puso de pie. Estaba muy pálido. Se inclinó hacia adelante y le dio dos o tres palmadas a su pantalón, tiró hacia arriba de su cinturón y se acercó al conductor del autobús.

—El caso está terminado —dijo suavemente.

El chófer le miró parpadeando.

—Oiga —manifestó el hombre con tono amable—, vuelva a su autobús, suba y siga el viaje —se volvió, avanzó hacia mí y me tocó suavemente en el brazo—. Venga, compañero —murmuró.

Me quedé inmóvil, mirando como se alejaba.

El hombre se detuvo, se volvió y me sonrió. Hizo un ademán con la cabeza.

—Venga —insistió—. Vamos a tomar un trago.

Lo seguí. El tipo miró a algunas de las personas que todavía nos rodeaban, y estas le abrieron paso y nos dirigimos calle arriba. Yo eché otra mirada hacia atrás. El conductor estaba subiendo a su autobús. Oí como el motor se ponía en marcha con un rugido.

Seguimos caminando. Era un hermoso día soleado de primavera, como he dicho, sin mucho tránsito y con muy pocas personas en la calle, y nosotros seguimos caminando.

El desconocido silbaba entre dientes, sin melodía, y sin que eso fuera ni siquiera un silbido. Simplemente siseaba una u otra cosa entre los dientes, mientras reservaba la melodía en algún recoveco de su mente. Marchaba con paso rápido y decidido, balanceando un poco los hombros. No era tan alto como yo, pero era ancho de espaldas y tenía un pecho amplio y brazos largos. Usaba un traje derecho gris oscuro, con la chaqueta abierta sobre una camisa blanca con el cuello desabrochado. No usaba corbata. El traje era demasiado grueso para la región, cualquiera que fuese la época del año. Parecía flamante, pero sin embargo estaba surcado por un laberinto de arrugas, como si el hombre se lo hubiese dejado puesto para dormir en una cama limpia durante quizá tres días seguidos.

Caminamos así el uno junto al otro más o menos tres manzanas, mientras él seguía silbando entre los dientes. Caminaba con demasiada prisa para el lugar. Yo sudaba abundantemente, pero él no parecía notar el calor. Tenía un aspecto pálido y frío.

—¿Ya se siente bien? —le pregunté.

El hombre giró la cabeza, sin dejar de silbar entre los dientes ni de balancear los brazos.

—Claro que sí, compañero —respondió, y empezó a silbar nuevamente mientras seguíamos caminando.

Al diablo con eso.

—Bien —manifesté—. Hasta la vista. Yo voy por aquí.

—Yo también, compañero.

Doblamos en la esquina y caminamos durante otro rato. La Luger golpeaba contra mi cadera, lo cual era empeorado por esa marcha rápida y por el sudor. Además, en la esquina próxima a la vía del ferrocarril estaba el Jake's Place. Jake Halloran era el dueño del bar y había visto la Luger y quería comprarla. Bien, quizá se la vendería. De todos modos eso me permitiría juntar un poco de dinero, el suficiente para comprar algunas provisiones. Ya no tenía muchas ganas de asaltar una gasolinera ni de hacer ninguna otra cosa. Y ahora tenía que cargar con ese tipo.

Un coche se detuvo junto a la acera y alguien gritó mi nombre:

—¡Steve!

Era Betty Graham.

Me acerqué al coche. El tipo del traje gris oscuro se quedó mirando, y después miró en otra dirección pero no se movió de donde estaba.

—¡Stevie! ¡Stevie! —exclamó Betty—. Corre hacia el hospital.

—¿Cómo?

—Ya está en marcha —dijo—. Ruby me llamó y tenía dolores y yo la llevé al hospital. El médico diagnosticó que había llegado el momento. Ruby me dijo que quizá estabas en el bar de Jake... o que por lo menos acostumbras pasar por allí. ¡Ha sido una suerte encontrarte!

—El niño —murmuré.

—Corre al hospital, Steve. Ruby está preocupada por ti.

—Sí.

—¿Quieres que te lleve en el auto, Steve?

—No, iré caminando. No está lejos. Solo un par de manzanas.

Betty sonrió detrás del volante de su viejo cupé azul. Todavía tenía puestos los *shorts* y el suéter, y su pelo rojo formaba rizados mojados sobre su frente. Miró por encima de mi hombro mientras yo me agachaba sobre la portezuela de su coche y susurró:

—¿Quién es ese tipo? ¿Está contigo?

—No lo sé —respondí—. Escucha. Iré en seguida al hospital. ¿Ruby se encuentra bien?

—Naturalmente. Se encuentra bien... —asintió Betty, frunciendo el ceño—. Pero está preocupada por ti, Steve. No quiso explicarme de qué se trata, pero está muy preocupada. ¿Tenéis algún problema, Steve?

—Ninguno. Todo marcha sobre ruedas —contesté—. Puedes irte. Yo llegaré en seguida —retrocedí, apartándome del coche—. Y gracias, Betty. Gracias por haber atendido a Ruby.

—Olvidalo.

Betty me sonrió, apretó el embrague, le echó otra mirada al tipo que seguía esperando, y partió.

—Una criatura, ¿eh?

—Sí.

—Formidable, compañero.

—Tengo que ir directamente allí.

—Naturalmente, compañero, naturalmente. Ahí delante hay un bar. Vamos a beber ese trago.

Me empujó suavemente y nos encaminamos hacia el bar de Jake. Yo necesitaba ese trago. Quizá esta era su forma de dar las gracias. Al diablo con todo. De cualquier modo eso me daría una oportunidad para vender la pistola, si Jake todavía tenía interés en ella. Estaba convencido de que quería comprarla. Después me iría al hospital con nuestros veinticinco o treinta dólares. Me sentía como si tuviese una espesa nube negra dentro de mí, me sentía vacío y enfermo y negro. Perdido, esa era la palabra; perdido y perdido y perdido. Como si hubiese estado en el cielo dentro de una pecera y Ruby me hubiese estado llamando desde abajo sin que yo encontrara la forma de descender y de ayudarla en algo. Como cuando uno necesita un trago de agua, porque de lo contrario se morirá de sed, y al abrir el grifo descubre que no sale una gota. «Bastardo loco —pensé—, vete a vender la pistola y toma un trago y come una albóndiga, y corre después al hospital y cierra el pico».

Me dije que el mundo no había cambiado, ni se había derrumbado. «Se trata, simplemente, de que tienes apetito y estás en bancarrota y necesitas un empleo y de que la vida es un poco dura para ti en este momento, de modo que deja de amargarte solo porque te has quedado sin combustible. Así que tu esposa va a tener un hijo... ¿Y qué? Para eso están hechas las mujeres, para tener hijos. Casi todas ellas tienen un hijo en un momento u otro. Tienes la casa, ¿verdad? Bien, es cierto que el que tiene la casa es el Banco, pero tú estás viviendo en ella, ¿no es verdad? Le pagarás al Banco lo que le debes y todo marchará bien. ¿Qué es esta historia de que no dejan salir a los pacientes del hospital mientras no han pagado la cuenta? Esta sí que es una broma estupenda, ¿eh? Bien, ya encontraremos la forma de pagar la cuenta. Hay una solución. Siempre hay una solución».

—¿Hay algo que le preocupa, compañero?

Me había olvidado de él. Todavía estaba a mi lado. Entonces llegamos al bar de Jake.

—No —respondí—. Todo marcha bien. Tengo que entrar aquí.

—Es un lugar tan bueno como cualquier otro.

Me dispuse a entrar. Él me tomó por el brazo y me retuvo. Me miró fijamente.

—Gracias por lo de hace un momento —dijo.

—¿Cómo?

—Gracias —repetió—. Sencillamente le estoy dando las gracias. Usted me salvó la vida. Ahora somos amigos, compañero.

—Olvídelo —respondí—. Usted no vio el autobús, y eso es todo.

—No.

—Cualquiera habría hecho lo mismo.

—No —dijo—. Cualquiera no.

—¿Qué quiere significar?

—Usted —manifestó—. Somos amigos —me palmeó el hombro—. ¿Ve? Así. Usted es mi compañero.

—Está bien.

—Me salvó la vida. No lo olvidaré nunca... Nunca.

—Está bien —asentí—. Pero... —entonces vi sus ojos y cambié de idea—. Está bien —repetí.

—Vamos a brindar por eso.

—Naturalmente. Pero yo tengo que ir en seguida al hospital.

El hombre no contestó. Entramos al local. Yo había mirado sus ojos y no había visto nada en ellos. Este era el problema. No había absolutamente nada en ellos, nada. Simplemente los ojos, como si hubiese sido un ciego. Uno podía darse cuenta de que nada se reflejaba en ellos. Unos ojos y nada más. Eran grises y estaban abiertos y esto era todo lo que se podía decir acerca de ellos.

Por lo demás parecía un hombre joven, muy vigoroso, que probablemente había trabajado bastante en una granja, dotado de mucha energía, de voz suave y rápida y que se movía mucho, incluso cuando estaba en un mismo lugar.

Dentro del bar de Jake había un ambiente fresco y con poca luz. Aquel sitio me gustaba porque era uno de los últimos bares verdaderos que uno podía encontrar en la ciudad. No había decorados de plástico rojo ni de cromo y el mostrador era íntegramente de madera. Había serrín sobre el piso, serrín sano, limpio, fresco, y uno bebía vino, cerveza o *whisky* tal como eran. Si uno pedía un *whisky* con limón, le servían un *whisky* puro. Si pedía un martini, le servían un vaso de *gin*. Y era así porque Jake no creía en los cócteles ni en mezclar «la uva», como él decía, con cualquier otra cosa que no fuera agua. Todo era «la uva» y «el agua tampoco es buena para la uva, pero si usted quiere agua, le sirvo agua. ¿Pero por qué no se despierta, hermano? Beba la uva tal como debe ser bebida naturalmente. Si usted quiere hielo, claro que tengo hielo. Si usted quiere agua helada, beba agua helada. Pero si quiere la uva, por su propio bien, beba la uva. Dios quiere que sea así». Y se llamaba Jake Halloran. Corpulento, de ojos negros, de pelo negro, de risa vigorosa, y siempre había una bandeja con queso y galletitas sobre el mostrador, y nunca quedaba vacía por mucho tiempo.

Si uno pedía *gin*, Jake lo servía y no hacía ningún comentario. Después se

inclinaba sobre el mostrador con la botella en su gigantesco puño velludo y miraba al parroquiano hasta que el vaso quedaba vacío. «¿Le gustó?», preguntaba. «Claro que me gustó», contestaba uno. «Entonces beba otro», decía siempre Jake. Y volvía a llenar el vaso. «¿Este también le gustó?», preguntaba suavemente, siempre inclinado, con la botella en la mano, mirando como uno bebía. Y para entonces uno se sentía como..., ja ja..., bien. «¿Todavía le gusta? —preguntaba Jake—. Entonces cruce la calle y vaya al Tangerine Bar & Grille y beba allí. El licor que sirven es mejor que este». Después se quedaba con la botella en la mano y miraba al cliente con expresión sobria y cuando pasaba un rato uno se sonreía porque por mil diablos uno tenía que hacer algo y se daba cuenta de que esto era precisamente lo que él estaba esperando. Él estaba esperando que uno hiciese algo, de modo que lanzaba una carcajada, y uno decía: «Sírvame un *whisky*», y él descargaba la botella de *gin* sobre el mostrador frente a uno y bebía un *whisky* con el cliente, como regalo de la casa. «La uva —decía Jake—. Es buena, ¿verdad?». Y durante todo el rato que uno pasaba en el bar, la botella de *gin* quedaba frente a uno, y cada vez que Jake pasaba de largo levantaba la botella y la descargaba sobre la madera. Bien, si esto no le gustaba al cliente, era una verdadera lástima y siempre le quedaba el recurso de irse. Porque él era el dueño del bar y esto no admitía discusión. A él no le gustaba el *gin*. Y para ese entonces a uno tampoco le gustaba. El cliente nunca volvería a beber un trago de *gin* sin mirar antes por encima del hombro.

En uno de los reservados había un hombre y una mujer; en el extremo del mostrador había dos hombres que estaban bebiendo cerveza, y un tipo alto meditaba sobre su *whisky* en el centro del mostrador. Este último parroquiano ya estaba bastante achispado.

—Bien, Steve —exclamó Jake, estrujando la bayeta—. Hace mucho tiempo que no te veo.

—Sí —contesté—. Tú entiendes. Ruby...

—Caray, eso es cierto. Desde hace cinco minutos —comentó Jake—. Tu esposa está en el hospital, Jake, y tienes que ir inmediatamente. La señora Graham vino a buscarte.

—Ya la vi.

—¿De veras?

Hice un gesto de asentimiento, y durante todo este lapso el tipo del traje gris, mi amigo, no cesaba de mirar a Jake. Entonces me tocó con el codo y se instaló sobre un taburete. Yo me senté a su lado.

—Sírveme una cerveza, Jake —dije, y me volví hacia mi compañero—. ¿Qué va a tomar usted?

—*Gin* —respondió el tipo.

Jake le miró, y después se volvió hacia mí.

—¿Crees que tendrás tiempo?

Yo estaba pensando en Ruby y no le contesté. Entonces me sirvió la cerveza y

Jake tomó una botella de *gin* de la estantería y le sirvió un vaso a mi amigo y se quedó mirándole.

—¿Así está bien? —le preguntó Jake al tipo.

Mi compañero no hizo caso de Jake y se volvió hacia mí.

—Bebamos, compañero.

Yo bebí un trago de cerveza, pensando en Ruby, y él vació su vaso y lo empujó hacia Jake. Este lo miró durante un momento.

—¿Quiere otro? —inquirió Jake.

El tipo se limitó a seguir mirándole.

Jake le sirvió otra ración.

—Escucha, Jake —dije—. ¿Conoces mi Luger?

—Claro que sí, Steve.

—¿Todavía quieres comprarla?

—Bien, no sé... —contestó Jake, mirando a mi acompañante.

Yo había estado tironeando del arma, tratando de sacarla del bolsillo. Finalmente la saqué y la miré, sobre mi mano. Tenía un aspecto formidable. Cualquiera que se interesase aunque solo fuera un poco por las armas habría quedado satisfecho con esta Luger.

—La tengo aquí conmigo —manifesté—. Escucha, Jake —agregué—, te seré sincero. Necesito el dinero y tú quieres tener una buena pistola. Esta es un arma excelente. Benny Stock, el armero de Sixth Street, la ajustó hace poco. Tú la empuñas y ella hace el resto.

—¿Quiere otro ahora? —le preguntó Jake al tipo que había vaciado el segundo vaso.

El tipo se limitó a mirarlo. Después se volvió hacia mí.

—Oiga, compañero —me dijo—, ¿qué le ocurre a su amigo?

Yo les miré alternativamente a él y a Jake, y entonces manifesté:

—Tómala, Jake, échale un vistazo. Espera, está cargada.

Saqué el cargador y el proyectil que estaba en la recámara. Le entregué el arma a Jake. Durante todo ese lapso mi compañero había estado mirando.

—Es un arma muy bonita —comentó el tipo.

—Es extraordinaria.

—¿Por qué la vende, compañero?

—Estoy en bancarrota.

—Yo también, compañero.

Le miré, pero él estaba observando la pistola mientras Jake la tomaba de mi mano. Jake levantó la pistola y miró al tipo que estaba sentado junto a mí frente al mostrador y le preguntó:

—¿Quiere otra ración de lo mismo?

El tipo estiró la mano y se sirvió solo un trago, sin dejar de observar a Jake y sin derramar una gota. Después lo bebió.

—Es una bonita arma —me dijo Jake—. ¿Cuánto pides por ella?

—Treinta dólares.

Jake titubeó.

—El precio incluye algunas balas de repuesto. Aquí están.

Saqué la caja de mi bolsillo y la deposité sobre el mostrador, junto al cargador y al proyectil extra.

—No sé si cabrá en el cajón del dinero —murmuró Jake.

Se volvió y apretó la tecla de la caja registradora. Empezó a hurgar en el cajón.

Yo miré al tipo que estaba sentado a mi lado. Él observaba la parte posterior de la cabeza de Jake. Tenía la cara mortalmente blanca y cubierta por una pálida película de transpiración. Era una cara de cera. Estaba muerta. Ni siquiera sus labios tenían un poco de color. Su pelo era negro como la tinta china y estaba cortado casi al rape, y los rasgos planos de su cara parecían haber sido pulidos con la hoja afilada de un cuchillo desde la frente hasta la mandíbula ligeramente salida y dividida por un surco. Su rostro era liso y duro y del color de la cera, tal como el de un muerto.

—Te daré veinticinco —manifestó Jake.

—Está bien.

—Permítame —intervino el tipo.

Jake le miró. Después le entregó la pistola y se volvió hacia la caja registradora. Se volvió nuevamente y me dio dos billetes de diez y uno de cinco.

—Descuenta las bebidas —dije.

Jake tomó los cinco dólares y me entregó el cambio.

—¿Ahora quiere otro? —preguntó Jake. Estaba frente a mi compañero. Hizo tamborilear los dedos sobre la botella.

El tipo se limitó a mirarle.

—¿Qué sucede? —inquirió Jake—. ¿No sabe hablar?

—Es una bonita pistola —afirmó el tipo, volviéndose hacia mí. Estiró la mano, tomó el cargador y lo insertó en la culata.

—Deme el arma —le dijo Jake.

El tipo siguió mirándole en silencio.

El borracho sentado en la mitad del mostrador se inclinó hacia nosotros y masculló:

—Esa sí que es una linda hermosa linda donde linda hermosa vean averigüen como se juega el juego ahora ahí. —Después se volvió hacia su vaso y apoyó la cabeza sobre el mostrador, la levantó nuevamente y agregó—: Soy un borracho, ¿alguien quiere pagarme una cerveza?

—¿Ruby se encuentra bien? —preguntó Jake.

—Espero que sí.

—Será mejor que vayas al hospital.

—Es lo que haré ahora mismo —respondí.

Guardé el dinero en mi bolsillo.

—Devuélvame la pistola —le dijo Jake al tipo.

El tipo permaneció inmóvil. Después tomó la corredera y despidió un proyectil a la recámara —«smack»— y siguió inmóvil.

—Soy un borracho —insistió el tipo sentado en la mitad del mostrador.

—Ahora está cargada —manifesté—. Tenga cuidado.

El tipo siguió sentado y mirando a Jake. Después levantó sencillamente el caño de la Luger sobre el borde del mostrador y le pegó un tiro en la cabeza a Jake Halloran. La bala alcanzó a Jake en la frente, entre los ojos, y atravesó su cráneo y rompió el espejo.

Jake se quedó un momento con ambas manos sobre el mostrador, apretando la bayeta con la mano izquierda. Los dos tipos que estaban en el extremo del mostrador corrieron velozmente hacia la puerta trasera. La mujer que estaba en el reservado con el hombre empezó a gritar y a forcejear para salir del compartimiento. Jake se desplomó como una roca. El mentón de Jake se estrelló con un violento crujido contra el borde del mostrador y el cuerpo rebotó hacia atrás contra el estante en el que guardaba los cigarros. Una caja de cigarros se volcó sobre su cabeza y cayó sobre su regazo.

—La mujer pasó corriendo junto a mí, chillando, pero el hombre que había estado con ella en el reservado permaneció allí, agachado. Yo había saltado al suelo y me quedé mirando al tipo que empuñaba la Luger. Él se volvió y se apartó del mostrador, apuntándome con la pistola, y se acercó a mí. Su cara estaba blanca y no sonreía. Entonces sonrió un poco sin sonreír verdaderamente y dijo:

—Compañero, yo me llamo Ralph Angers. ¿Y usted?

No conseguí articular nada, nada. Quería correr, pero no podía moverme. Sabía que me mataría o que liquidaría a cualquier otro con la misma tranquilidad con que había eliminado a Jake Halloran. Yo estaba verdaderamente asustado. La mujer seguía gritando en la calle y uno se daba cuenta de que estaba corriendo y el rugido del arma todavía parecía reverberar. Entonces se hizo el silencio.

—Soy un borracho —dijo el hombre sentado en la mitad del mostrador.

—¿Cómo se llama, compañero? Ahora somos socios.

—Steve Logan —me oí responder desde un lugar lejano donde nada importaba, donde esto no era cierto, donde todo esto no había ocurrido nunca.

—Usted me salvó la vida, compañero. Debo esforzarme por no olvidarlo. Debo esforzarme mucho por no olvidarlo nunca.

Un fragmento suelto de vidrio cayó del espejo roto y tintineó entre las hileras de botellas para terminar haciéndose trizas en el suelo, donde estaba Jake.

Pobre Jake...

Ralph Angers se volvió y se encaminó nuevamente hacia el mostrador. Recogió la caja verde de proyectiles checoslovacos y la bala suelta y lo guardó todo en el bolsillo de su chaqueta.

—Venga, compañero —dijo—. Salgamos de aquí.

Nos quedamos mirándonos. Sus ojos eran los mismos de siempre. No reflejaban nada. En ellos no había excitación, ni miedo, ni arrepentimiento, ni cordialidad. Nada. Claro que pensé en embestirlo, o por lo menos en intentar hacerlo. Pero la idea se desvaneció apenas hubo nacido. Me mataría, y eso sería todo. No habría tiempo.

—¿Usted conocía a Jake? —le pregunté.

Angers me miró impasiblemente.

—No —respondió—. Vayámonos de aquí.

Mi voz tenía una estridencia desesperada. Traté de parecer tranquilo, pero el estremecimiento del miedo no podía ser borrado de mi tono.

—Mi esposa —murmuré—. Tengo que ir al hospital.

—Ella le esperará, compañero. Tenemos que hacer cosas muy importantes —estiró la mano y me tocó el hombro con la pistola. Entonces pareció notar por primera vez que la estaba empuñando. La estudió durante un momento, y después comenzó a guardarla en su bolsillo trasero, debajo de la chaqueta.

«Ahora, Logan —pensé—. Ahora...».

Pero él dijo:

—No —y volvió a sacarla. La mantuvo apretada contra su pierna—. Una pistola es un objeto maravilloso —comentó—. Vayámonos de aquí.

Salimos a la calle. No había ninguna otra cosa para hacer. En el bar, el borracho todavía estaba sentado frente al mostrador con un vaso vacío, y el otro tipo estaba metido debajo de la mesa, en su reservado.

Resultaba difícil captar el significado íntegro de lo que había ocurrido. Todo estaba a la vista. Yo sabía con certeza qué era lo que había sucedido. Pero la auténtica percepción del hecho fue penetrando en mí poco a poco.

—Por aquí —dijo Angers—. Iremos por aquí —me empujó con su codo hacia la boca de un callejón. Yo miré calle arriba. Un polizone se aproximaba acompañado por tres o cuatro peatones, pero no pareció vernos y entonces nos internamos en el callejón.

—Tengo que ir al hospital —manifesté.

—¿Por qué?

Se había olvidado. Esa era una pregunta inocente, pronunciada y borrada de su mente con igual rapidez.

—Tengo que ir —insistí.

Un pájaro de alas pequeñas se acercó revoloteando por el callejón y me rozó suavemente y desapareció. Mi corazón tuvo un sobresalto. Un solo sobresalto, violento, y después siguió latiendo normalmente. Pero después de eso nunca volví a ser el mismo.

Caminamos a lo largo del callejón, entre las frescas sombras impregnadas de olores de desperdicios, pasando por encima de las rejas de hierro que cubrían las alcantarillas. Cuando llegamos al otro extremo del callejón, donde fuimos bañados por el fuerte resplandor del sol, doblamos a la derecha.

—¿Hacia dónde vamos? —pregunté.

—No estoy muy seguro, compañero.

Todavía era mediodía en lo que a la ciudad concernía y había pocas personas en las calles. A una manzana de la muerte reinaba la tranquilidad y el silencio.

«Podrías echar a correr —pensé—. Corre con todas tus fuerzas. ¿Quién es este hombre? ¿Qué desea? Tengo que llegar adonde está Ruby. Alguien lo verá con la pistola, y harán algo. Habrá algún polizone que lo verá con la pistola. ¿Dónde están? Cuando uno necesita un policía, nunca lo encuentra. Anímate y corre. Tú encuentras una solución para todo».

Pasamos frente a las puertas de tiendas y restaurantes, donde las personas conversaban y se reían bajo la corriente fresca de los ventiladores. Ocasionalmente alguien pasaba caminando a nuestro lado, y una mujer miró fijamente la pistola que pendía del extremo de su brazo. Ella nos sonrió, al cruzarse con nosotros, y él ni siquiera le prestó atención. No hizo ningún esfuerzo por ocultar el arma.

—Por aquí —manifestó.

Tienes que correr, me dije. Tienes que hacer algo.

—Al otro lado de la calle —insistió—. Vamos, compañero.

Cruzamos la calle. Caminábamos de prisa y hacía mucho calor. Pasamos frente a una ferretería y nos internamos por otro callejón.

—Escuche —le dije—. Le aseguro que tengo que ir al hospital.

—Claro que sí, compañero.

—Probablemente mi esposa está desesperada porque no he aparecido.

—Ajá.

—Podría volver a encontrarme con usted más tarde. Donde usted quiera. ¿Qué le parece si nos encontramos más o menos dentro de una hora? Elija el lugar. Eso no tiene importancia.

—No, no la tiene.

—Quiero decir que usted podría esperarme en algún lugar.

—Ya veremos, compañero.

Cuando habíamos llegado más o menos a la mitad del callejón se detuvo y me tocó el brazo con la pistola.

—No me gusta decir esto —manifestó.

Yo hice un gesto de asentimiento con la cabeza. Arriba había una franja de cielo claro azul amarillento entrelazado con escaleras de incendio.

—Pero tengo que decirlo —agregó.

—Yo tengo que ir adonde está mi esposa —expliqué—. Tengo que verla. Está preocupada. Usted entiende, está dando a luz un niño. Es nuestro primer hijo y ella me está esperando en el hospital. Usted tiene que entender —insistí, tratando de penetrar en su cerebro. Las palabras brotaban normalmente de mi boca—. No me encontraba en casa cuando Ruby tuvo que salir. De modo que es natural que ella... Yo también estoy preocupado, señor Angers.

—Ralph.

—No puedo evitarlo, pero yo también estoy preocupado, ¿comprende?

—Hay que hacer muchas cosas todavía, Steve —respondió él—. Y también nos divertiremos. No hay motivos para que se preocupe respecto a Ruby.

—El médico querrá hablar conmigo —dije.

—Está bien —asintió Angers—. Eso está muy bien.

—De modo que podré encontrarme más tarde con usted. Podemos citarnos aquí mismo, dentro de una hora...

Él no sonrió ni reaccionó de ninguna forma. Ahora me sentía atrapado por lo angustiante de las circunstancias. Quizá después de todo contestaría afirmativamente. Se quedó inmóvil, con la pistola colgando del extremo de su brazo, con la cara muy pálida y brillante por el sudor que parecía pintado por alguien con un pincel sobre el mármol frío. No había gotas de sudor..., esa no era más que una fría película.

—De modo que nos veremos entonces —manifesté—. Me volví y empecé a caminar.

—Espere —exclamó.

Yo no me detuve. Seguí caminando y cada palpitación de mi corazón enviaba un chorro de sangre caliente a mi cabeza y esta parecía una represa a punto de ceder.

Estaba pasando frente a la puerta trasera de un restaurante, donde había una pila de cajones, cuando la pistola disparó detrás de mí. Un proyectil pasó entre los desperdicios acumulados en uno de los cajones y rebotó sobre la pared de ladrillos, zumbando en dirección al cielo. Un trocito de lechuga cayó sobre el callejón, junto a mis pies. Me detuve y me volví en el momento en que él lanzaba una carcajada.

Esa fue la risa más siniestra que había oído en mi vida... salvaje y aguda y enloquecida como mil diablos. Se cortó en seco. Su expresión era la misma de siempre.

Se acercó hasta donde yo me encontraba.

—Venga, compañero —dijo—. Tómelo con calma.

Seguimos caminando juntos por el callejón.

—Esta es un arma estupenda —comentó.

Salimos del callejón y volvimos a doblar hacia la derecha y seguimos caminando.

—¿Cuánto dinero tenemos? —inquirió.

- No lo sé.  
—Yo estoy arruinado.  
—Tengo veinticinco o veintiséis dólares.  
—Tendremos que conseguir más dinero.  
—Usted acaba de matar a un hombre —manifesté—. ¿Lo sabe?  
—Claro que sí.  
—Lo buscarán. ¿Sabe eso?  
—Lo sé.  
—Todo el mundo me conoce en esta ciudad —dije.  
—¿Tiene un coche, compañero?  
—No.  
—Necesitamos uno.

Llegamos a una gasolinera y pasamos entre los surtidores, cortando camino por la esquina. El coche patrulla avanzaba rápidamente y lo vi. Su único ocupante era el conductor y nos distinguió y clavó los frenos y se apeó a la carrera. Sabía quiénes éramos.

—¡Alto ahí! —gritó.

Angers se detuvo en seco y miró al polizone. El agente era joven y tenía una cara rubicunda y usaba una camisa gris de mangas cortas con una resplandeciente insignia plateada y dorada prendida al bolsillo izquierdo, según la costumbre de la ciudad. Se le cayó la gorra mientras corría hacia nosotros. Entonces vio la pistola de Angers.

—¡Suelte el arma! —ordenó, y dejó de correr y subió a la acera y lo que sentía se reflejó en su cara. Era muy joven y quizá en ese momento pensó en su novia o en su esposa o en su familia, o quizá simplemente en que era un policía. Quizá no pensó en nada. Pero cuando trató de desenfundar su revólver supo qué era lo que iba a ocurrir. Y se quedó en terreno descubierto, entre dos palmeras, mientras Angers levantaba la Luger y le pegaba un tiro en la cara.

Yo me volví, corriendo. Corrí alrededor de la gasolinera, moviendo las piernas con todas mis fuerzas. El mecánico se había detenido en el portón del garaje anexo a la gasolinera. Se abalanzó sobre mí y resbaló boca abajo sobre el cemento manchado de grasa. Era un empleado formidable. Él ni siquiera lo imaginaba.

Detrás de la gasolinera había una cerca de madera. La embestí con fuerza, a la carrera, y me aferré de su borde superior y pasé por encima. Caí en un patio trasero, rodeado por el elevado cerco de tablas y con un laberinto de cuerdas para tender la ropa en su interior. En el fondo del patio y cerca del garaje había un portón. Pasé por ese portón. La cerca que había dejado atrás estaba apretada contra dos edificios de paredes de ladrillos, excepto en la parte que correspondía al portón. Un estrecho callejón pasaba entre los dos edificios. Corrí por él, tropezando con latas y botellas rotas. Desemboqué en otro callejón.

Entré al segundo callejón a toda carrera y doblé hacia la derecha.

Él estaba parado en la boca del callejón, recostado contra la esquina del edificio,

observándome.

—Venga, compañero —dijo—. Iremos a mi habitación.

Volvió a encajar el cargador en la culata, deslizó la corredera y accionó el seguro. Había cargado nuevamente la pistola. Hasta ese momento había disparado tres veces, y le habían quedado tres proyectiles en el cargador. Pero también había cuidado este detalle.

Se alojaba en el Palmdale. Este era uno de los mejores hoteles de la ciudad. Entramos por la puerta del frente y atravesamos el vestíbulo en dirección al ascensor.

—Yo tengo mi llave —anunció—. Siempre la llevo conmigo, compañero. Nunca la dejo en la conserjería.

Una muchacha de color, sonriente y de labios escarlatas, conducía el ascensor. Cuando se movía, su uniforme almidonado producía un crujiente susurro. Su pelo estaba bien aceitado y lo había peinado en grandes rizos aplastados contra su cabeza.

Nadie habló. Subimos, y Angers mantuvo el arma apretada contra sus piernas. Los dos respirábamos agitadamente, pero él no había cambiado de aspecto. Por fin nos detuvimos bruscamente en el octavo piso. Las puertas se abrieron con un zumbido y nos internamos por el corredor alfombrado. Caminamos hasta su extremo.

—Ya llegamos, compañero —manifestó Angers. Y abrió.

Oí que cerraba la puerta y que le echaba llave. Yo estaba mirando a la muchacha estirada sobre una de las camas gemelas. Al vernos, evidenciando un súbito sobresalto, manoteó desesperadamente la sábana y se cubrió con ella.

La muchacha no hizo ningún comentario. Se limitó a deslizarse hacia arriba hasta quedar apoyada contra el respaldo del lecho, con la sábana apretada contra la firme turgencia de sus pechos. Entonces vio el arma que empuñaba Angers y exclamó:

—¡Oh, Dios!

—Me olvidé de prevenirlo, Steve —manifestó Angers, junto a mí—. Esta es Lillian. Me temo que no le resulto simpático. ¿O acaso me equivoco, Lillian?

—¡No te acerques! ¡No!

La muchacha se acurrucó contra el respaldo de la cama. Era muy hermosa, y tenía una espesa cabellera color caoba, corta pero abundante. No era posible estar más asustada de lo que estaba ella. Se la veía temblar debajo de la sábana delgada y húmeda. Sus oscuros ojos azules eran grandes y redondos, y sus labios rojos formaban una O desesperada detrás de la cual tragaba saliva. Una pierna larga, de muslo carnoso, se asomaba fuera de la sábana y se movía constantemente, con pequeños espasmos, como si hubiese tenido vida propia. Un ventilador zumbaba apuntándole desde encima de la cómoda situada a los pies de la cama, pero sin embargo en su frente y en su labio superior se veían pequeñas gotas de transpiración.

Entonces su voz estalló en la habitación, estridente, asustada.

—¡Te llevaste mis ropas!

—Sí, Lillian.

—¡Para que no pudiese irme! ¡Te llevaste mis ropas!

Sus ojos se desviaron hacia mí, con una muda expresión de ruego frenético. Entonces meneó la cabeza y se tendió boca abajo sobre el lecho.

—Además colgué el cartel de «No molestar» en la puerta, Lillian —informó Angers—. Tú sabes que los hoteles respetan ese cartel.

Era una elegante habitación con camas gemelas, una cómoda, una mesa de noche, televisión, radio y dos cómodos sillones. Era muy amplia. Las sábanas de la cama situada a un costado de la de Lillian estaban retorcidas como si hubiesen sido largas cuerdas, y el colchón estaba salido a medias del lecho y se inclinaba hacia el piso. Sobre la cómoda había dos botellas de *whisky*, una vacía y otra con la mitad de su contenido. La puerta del armario estaba abierta y dentro no había nada, excepto algunas perchas de alambre torcidas. Ella levantó la cabeza y volvió a mirarnos.

—Este es un amigo mío —explicó Angers—. Steve Logan. ¿No es cierto, Steve?

Hice un gesto de asentimiento y los ojos de ella se volvieron hacia mí, cargados de súplica e imploración, y después giraron nuevamente hacia el rostro de Angers.

—Vete al baño, Lillian —ordenó Angers—. Toma una ducha o haz algo. Quiero conversar aquí con Steve.

—Pero...

—Date prisa.

—¡Quiero mis ropas! —exclamó la muchacha. No cesaba de mirarlo. Pero entonces bajó la vista y se deslizó fuera del lecho, arrastrando la sábana, y se encaminó hacia el baño. Sus muslos resplandecieron y sus caderas se curvaron en dos bellos arcos cuando desapareció por la puerta del baño.

La muchacha entornó la puerta hasta que solo quedó asomada una parte de su rostro asustado, con los ojos fijos en el arma que empuñaba Angers. Después cerró la puerta. Era obediente, como un perro bien amaestrado.

—Siéntese, Steve —dijo Angers—. Tengo que explicarle algo.

Yo estaba cansado, enfermo, desconcertado, y quizá más que un poco chiflado. Me senté a los pies de la cama, entre las sábanas retorcidas. Él se detuvo junto a la cómoda, depositó la pistola sobre el mueble, entre las dos botellas de *whisky*, y se volvió hacia mí. Apoyó los codos sobre la tapa de la cómoda y se recostó hacia atrás con su cara de mármol blanco brillante y con los ojos inmóviles y vacíos.

—Lo que tengo que decirle es lo siguiente: no trate de escapar, Steve. ¿Me entiende? Por favor, no trate de escapar ni piense en hacer cualquier cosa por el estilo —se interrumpió y sus ojos desmintieron todas las palabras que había pronunciado. Él no sabía lo que estaban haciendo sus ojos. Probablemente pensaba que al hablar conmigo tenía una expresión seria, como la que habría tenido cualquier otra persona. Y quizá esta era una circunstancia afortunada. Esos ojos eran espejos brillantes y muertos. Eran las cubiertas vacías de dos reflectores—. Yo lo mataría, compañero. Tendría que matarlo, ¿entiende? Le juro que no quiero matarlo, compañero. Se lo juro. Usted me salvó la vida y somos amigos, y usted no puede separarse de mí, compañero.

Yo permanecí sentado, escuchándolo, pensando en la muchacha que estaba encerrada en el baño. ¿Quién era? Indudablemente ella sabía en qué estado se encontraba ese hombre. Estaba aterrorizada. Le había resultado imposible escapar de la habitación. Evidentemente él preveía todos los detalles. ¿Pero por qué la mantenía prisionera?

—Ahora nos están persiguiendo —agregó Angers—. Tratarán de matarnos, pero nosotros los mataremos antes, ¿entiende? Ahora tengo que... —se interrumpió.

Los dos habíamos oído que la muchacha estaba sollozando en el baño.

—Cállate, Lillian —exclamó Angers. Lo dijo con voz suave y tranquila, sin prepotencia, sin un tono especial, y el sollozo se cortó como si ella hubiese hecho girar un grifo—. Tengo muchos planes —continuó Angers, volviéndose nuevamente hacia mí—. Y los llevaremos adelante. Ellos no quieren que lo haga. Nunca quisieron que hiciese algo, compañero. Será difícil vencerlos. Pero tengo planes. ¿Me entiende?

Se quedó inmóvil, meditando en sus planes.

Yo lo miré, y pensé en Ruby que estaba en el hospital, preguntándose dónde me encontraba yo, qué me había ocurrido. Angers siguió hablando.

—Usted me salvó la vida —repitió—. No quiero verme obligado a matarle. De modo que no se separe de mí, ¿entiende? No me obligue a hacer eso. La vida ha sido muy difícil —agregó, con sus ojos vacíos, engañosos—. Cinco días en esta habitación. Desde que llegamos a esta ciudad. Repasándolo, planeándolo. ¿De modo que usted me acompañará? ¿Haremos la repartición por mitades, compañero?

—Claro que sí —contesté—. Le acompañaré.

—Estupendo —Angers se volvió y tomó la botella de *whisky*—. Beberemos un trago. El dinero no es un problema, ¿sabe? Hay mucho dinero. Hace un momento, cuando le dije que estaba arruinado, lo estaba poniendo a prueba.

Y yo sabía qué era lo que tenía que enfrentar. Angers era un maniático. Era un psicópata criminal y su mente había sufrido un colapso. Ahora era imposible echarse atrás. No había escapatoria.

—Verdaderamente es necesario que vaya a visitar a mi esposa —dije.

Él me sonrió y después lanzó una risita gutural.

—Naturalmente —asintió—. Claro que sí. Sírvese —agregó, tendiéndome la botella—. Beba un trago.

Tomé la botella y la apoyé sobre mi rodilla, sin moverme.

—¿Sabe una cosa? —preguntó, mirando a su alrededor con esos ojos brillantes, vacíos, y frotándose las manos—. Las cosas se arreglarán maravillosamente. ¡Maravillosamente!

—Ralph.

La voz de Lillian llegó hasta nosotros desde el baño.

—Ralph, ¿ya puedo salir?

Era una voz débil, dubitativa, estrangulada. También tenía un matiz de histeria silenciosa surgida de un franco terror.

Angers cesó de hablar y se volvió hacia la puerta del baño. Durante un momento hubo un silencio total y por la ventana se veía que la primavera comenzaba con una tarde soleada y de cielo azul. Él volvió a mirarme y se encogió de hombros.

—Le aseguro que me siento muy bien —manifestó.

—Por favor, Ralph...

Yo permanecí sentado en la cama, con la botella en la mano y mirándolo. Era una sensación endemoniada, porque resultaba imposible prever lo que haría a continuación. Escuché y oí la respiración de la muchacha en el interior del baño. Evidentemente ella también estaba escuchando.

—No tengo ropas, Ralph —anunció ella desde dentro.

Casi me la imaginaba apretada contra la puerta, esperando, quizá incluso rezando. Probablemente nosotros dos, ella y yo, estábamos rezando. Este no tiene que ser necesariamente un acto consciente y no se necesitan palabras. No es más que una sensación, una comprensión.

—Ralph, ¿quieres alcanzarme las ropas, por favor?

Él me estaba mirando y meneaba la cabeza. ¿Después de todo no se comportaba como una chica cargosa?

—¿Tomaste una ducha, Lillian?

—No, Ralph.

—Entonces tómala. La necesitas. Has estado demasiado tiempo sin hacer nada.

—Está bien —hubo una larga pausa, y yo comprendí que ella estaba esperando para agregar algo—. ¿Después... después me darás las ropas? ¿Me las darás, Ralph?

—Claro que sí.

Casi inmediatamente el ruido del agua siseó detrás del zumbido del ventilador.

Ahora Angers miraba el piso, con el rostro pálido. ¿Cómo podría comunicarme con Ruby?

—Naturalmente no podemos quedarnos aquí —comentó Angers.

—¿No?

—Claro que no. No tardarán en venir. No quiero matar más gente de la necesaria. Pero tienen que aprender, y eso es todo. Seguiremos adelante.

—¿Con qué?

—Con mis planes —respondió él—. Usted verá, Steve, el tener un compañero como usted me resulta muy alentador.

—Entiendo —asentí. Bebí un trago de la botella. El líquido siguió un trayecto quemante por la garganta hasta mi estómago vacío. Casi hice una arcada y mi garganta se secó cuando olí el *whisky* puro.

Angers me estudió atentamente.

—Nadie creía en mí —explicó—. Ni siquiera ella creía en mí. No tienen interés en salvar a la gente. Lo único que quieren es ganar dinero. Solo piensan en eso. No les interesa si la gente sufre, o si padece necesidades —me sonrió—. Pero ahora usted me ayudará.

Deposité la botella sobre el piso y me incorporé.

—¿Entonces qué le parece si usted y Lillian se preparan para salir? —inquirí—. Yo iré al hospital para ver cómo se encuentra Ruby. Después me encontraré con ustedes.

—Pero cuando esté terminado lo entenderán —afirmó él, mirándome siempre con fijeza. O no había oído mis palabras o había optado por no hacer caso de ellas, convencido de que yo entendería lo que él quería significar. Lo entendía.

En ese momento se abrió una rendija en la puerta del baño y Lillian asomó la cabeza, sonriendo. Era una sonrisa valiente: ahora estaba probando un nuevo método. Por lo menos era nuevo para mí. La muchacha dijo algo, pero el ruido de la ducha ahogó su voz.

—Cierra el grifo —manifestó Angers.

El mentón de Lillian tembló suavemente, crispándose, y me pareció que iba a llorar. Pero se alejó de la puerta y el ruido del agua cesó.

—Ralph, querido —exclamó ella—, ¿quieres darme algunas ropas, por favor? Supongo que no querrás que salga como estoy.

Lillian le sonrió por la rendija de la puerta. Yo sabía que la muchacha debía haber ensayado esa sonrisa delante de la puerta, forzándola, rogando que no se disipase.

Fui a sentarme en una silla próxima a la cama. El ventilador seguía zumbando, y en algún lugar de la calle un coche hizo sonar estridentemente su bocina.

—Naturalmente, Lil —respondió Angers. Me miró, meneó nuevamente la cabeza. ¿Era una chica insoportable, verdad? Se encaminó hacia la puerta de entrada a la habitación.

Mi corazón emitió un repiqueteo suave y seco, parecido al de un pájaro carpintero taladrando una tabla delgada y floja, y después lo sentí palpar justo en mi garganta. Angers se detuvo con una mano sobre el picaporte, y después se volvió y se encaminó hacia la cómoda y recogió la pistola.

—Es imposible prever con quién me encontraré allí afuera —dijo.

Los ojos de Lillian seguían mirando por la rendija de la puerta del baño. Angers no se volvió hacia ninguno de nosotros. Se encaminó hacia la puerta, la abrió, salió al corredor y la cerró nuevamente. Lo oí alejarse por el pasillo.

Me levanté rápidamente de la silla y cogí el picaporte. Sí, le había echado llave. Me dirigí hacia el baño.

—¡Pronto! —exclamé, abriendo la puerta—. Escuche, ¡tenemos que salir de aquí!

Ella se quedó mirándome. Yo me apoyé contra la puerta, manteniéndola abierta. La muchacha era muy bonita; tenía pechos opulentos, piernas largas y estaba muy asustada. Tomó una toalla húmeda y la utilizó para cubrirse.

—Es inútil. ¿Usted está colaborando con él en esto?

—¿En qué?

—Lo sé, lo sé —exclamó Lillian con voz estridente y desesperada, y sus palabras brotaron atropelladamente—. ¡Está loco... loco!

—Cálmese. Tenemos que hacer algo.

—Por favor, por favor, ¡haga algo!

—La escalera de incendios.

—No, no —respondió ella, con una risa gutural—. No la hay. Afuera no hay más que una plataforma. La escalera de incendios está en el extremo del corredor.

—¿Quién es él? —pregunté.

—Está loco. ¿De dónde sacó la pistola? Antes no la tenía.

—Mató a dos personas en la última hora —le informé.

Ella me miró espantada. Sus dedos apretaron la toalla húmeda hasta ponerse blancos. Retrocedió lentamente y se sentó sobre los azulejos mojados, debajo de la ducha. La cortina roja y blanca del gabinete de la ducha le acariciaba los hombros.

—¡El teléfono! —exclamé. Giré en redondo y vi el teléfono sobre el piso, entre las dos camas.

La puerta se abrió y Angers entró nuevamente a la habitación. En una mano llevaba una maleta y tenía un rollo enorme e incómodo de papel debajo de ese brazo. Empuñaba la pistola con la otra mano. Me miró, sonrió, cerró la puerta y le echó llave.

—¿Trabó relación con Lil? —preguntó.

—No. Apenas.

Miré el teléfono y me maldije por no haberlo utilizado no bien había salido de la habitación. Quizá esa había sido la última oportunidad. Podría haberme comunicado con la administración del hotel para pedir que llamasen a la policía. Tal vez hubiera tenido éxito.

Angers se acercó a la cama y miró en dirección al baño. Lillian no se había movido. La puerta estaba todavía abierta y ella estaba sentada sobre el piso de la bañera, mirándonos con sus redondos ojos azules. Su pelo de color caoba estaba parcialmente mojado por la ducha y largos mechones se pegaban a su cara.

Él dejó la maleta y los papeles sobre el piso y entró corriendo al baño.

—¿No te has caído, verdad, Lillian?

—No, no me he caído.

Él se encogió de hombros, salió del baño y se dirigió hacia la cama. Tomó el

enorme rollo de papel y lo dejó sobre una silla. Después abrió la maleta.

Sacó un vestido blanco de nailon, ropa interior, medias, un par de sandalias blancas y un bolso de cuero que hacía juego aproximadamente con el color del pelo de Lillian. La maleta quedó vacía.

Angers hizo un bulto con todas esas prendas, las llevó al baño y las dejó caer sobre el piso.

—Aquí tienes tus cosas, Lil. Vístete.

Ella miró la pila de prendas que estaban sobre el piso.

Angers regresó al dormitorio y cerró la puerta del baño.

—No es un vestuario muy variado —comentó—. Pero, después de todo, lo que importa es que sea práctico.

Me senté sobre la cama, preguntándome qué era lo que se proponía hacer. El tiempo pasaba volando y Ruby estaba en el hospital y yo me encontraba en manos de un maniático.

—Apenas se vista saldremos de aquí —manifestó Angers. Empezó a pasearse por la habitación. En una oportunidad se detuvo junto a la silla y golpeó el rollo de papeles con los dedos—. Es este, Steve.

—¿Adónde iremos?

—Oh, a su casa, Steve, naturalmente —respondió Angers—. Usted tiene una casa, ¿verdad?

—Naturalmente —asentí. Ahora yo le hablaba al piso.

Entonces es allí adonde iremos. Necesitaremos tranquilidad.

—Pero ellos... —dije, y me interrumpió.

—¿Pero ellos qué? —inquirió—. ¿Quién hará qué?

—Nada —respondí. Casi se me había escapado. Si alguien me había reconocido mientras yo caminaba con él por la calle, probablemente irían a mi casa. Quizá la policía ya nos estaba esperando allá, y yo había estado a punto de revelarlo—. No habrá nadie en mi casa —manifesté—. Ruby está en el hospital.

Me puse en pie, me acerqué a él y lo miré a los ojos.

—Escuche, señor Angers...

—¡Ralph, Steve...! ¡Ralph!

—Ralph. ¡Tengo que averiguar cómo se encuentra mi esposa!

—Gire un poco su cabeza hacia la izquierda, compañero —indicó Angers.

—¿Cómo?

—Míreme. Míreme de frente, compañero.

Mi estómago empezó a contraerse. Lo miré fijamente.

—Gire la cabeza un poco más hacia la izquierda —ordenó—. Así. Oiga, compañero, su ojo derecho no está sano.

—Oh, Dios —murmuré.

—No, compañero. Mire hacia arriba..., hacia el cielo raso. Así. Claro que sí, compañero... —estiró la mano hacia mí, rápidamente. Yo retrocedí con un salto,

asustado. Por primera vez noté un tenue brillo en sus ojos, un brillo que era indescriptible y tristemente insano. Aquello se parecía a ver la llama oscilante de una vela en el extremo de un túnel largo y oscuro.

Seguí retrocediendo por la habitación mientras él me seguía, observándome, inclinando el cuello. Asentía constantemente para sus adentros y sonreía en silencio con ese resplandor enloquecido en los ojos, con el rostro duro como el mármol pulido. Estiró la mano, buscando mi cara.

—No se mueva, compañero.

—¿Por qué?

—Quédese quieto. Déjeme ver su ojo. Escuche, compañero, ¿ese ojo le duele? ¿Alguna vez le dolieron los dos ojos, compañero?

Se detuvo y dejó caer la mano.

—Un poco. Principalmente el derecho.

Él se quedó donde estaba, asintiendo para sus adentros mientras el brillo de sus propios ojos se hacía más intenso y se apagaba, resplandecía y se disipaba, casi como si estuviese respirando con ellos.

—Siéntese en esta silla —indicó—. Aquí —tomó el rollo de papel y lo tiró sobre la cama—. Siéntese, compañero. Quiero estudiar sus ojos.

—Me siento bien —dije y no me moví. Ahora tenía la espalda apoyada contra la pared, junto a la puerta. No estaba dispuesto a sentarme para quedar a merced de ese tipo.

—Es una lesión traumática —comentó—. Tendría que... Bien, vamos —se rascó la cabeza. La luz se apagó bruscamente en sus ojos y se volvió hacia el baño—. Lillian, ¿ya estás lista? Date prisa.

—Sí, Ralph. En seguida estaré allí, Ralph querido.

—Cuida que sea así, Lillian —dijo él. Se volvió hacia mí—. Todo hombre necesita una mujer —manifestó—. Usted está casado, de modo que debe saberlo.

—Seguro —asentí. Oí que ella se movía en el baño, probablemente ansiosa por terminar de vestirse. El ventilador seguía zumbando, y el rostro de Angers parecía otra vez de mármol blanco, desprovisto de toda expresión—. ¿Usted está casado? —pregunté.

—No. Lil me gusta, pero ahora no me siento seguro de que pueda ser una buena esposa. Últimamente parece un poco estúpida, compañero. Al principio, mientras atravesábamos el país, era distinta. Solo empecé a notarlo en los últimos tiempos.

—Oh, ¿usted viene desde muy lejos?

—Desde muy lejos, compañero.

Quería averiguar de dónde venía, qué significaba todo esto. Pero Angers no parecía uno de esos tipos a los que se les pueden sacar muchas informaciones. Daba la impresión de ser demasiado astuto para esto. Quizá necesitaría tiempo. Esperaba que no durase mucho. Por el momento no veía ninguna escapatoria. Si íbamos a mi casa, era posible que arribásemos a una solución rápida. Quizá la policía ya me estaba

esperando allá.

Me quedé mirándolo y casi me pareció que Angers trataba de recordar algo. Su rostro estaba desprovisto de toda expresión, pero permanecía muy quieto, con la vista clavada en la pared.

—No se preocupe, compañero —murmuró—. Le curaremos ese ojo.

Yo me zambullí. Era un momento tan bueno como cualquier otro.

—¿Usted qué opina? —pregunté.

—¿Su ojo estuvo infectado?

Le hablé rápidamente de aquel granuja de Jacksonville con su maldito pulgar. Inmediatamente lamenté habérselo contado, pero ese era mi punto flojo y yo hablaba con demasiada liberalidad respecto a él. Además, por algún motivo, me pareció que convenía hablar en ese momento. Así ganaba tiempo. Había que hablar sobre cualquier tema.

Él siguió haciendo gestos de asentimiento, mientras miraba la pared.

—Eso es lo que sospeché, Steve. Pero lo curaremos apenas se presente una oportunidad.

—¿Qué quiere significar con eso?

—Soy cirujano. Cirujano de ojos.

—Oh.

Traté de incrustarme en la pared que tenía detrás de mí. El miedo que revoloteaba por mi interior creció como un gran soplo frío. Angers se volvió y me miró. Pero la luz enloquecida ya no brillaba en sus ojos; en ese momento no se sentía interesado.

—Quizá usted podría ser el primer paciente del hospital —comentó. Pero entonces meneó la cabeza—. Sin embargo, para eso quizá se necesitará un poco de tiempo. Y ese ojo necesita atención, compañero.

Siguió mirándome.

—¿El hospital? —pregunté. Aquella no parecía mi voz.

Angers estaba asintiendo con la cabeza.

—Naturalmente. Vamos a construir un hospital, compañero —señaló el enorme rollo de papel—. Esos son los planos.

—Ya entiendo.

En aquel momento se abrió la puerta del baño y me sentí aliviado.

—Vamos a salvar vidas —explicó Angers. Su voz era seca y carecía por completo de tono.

Lillian entró en la habitación.

—¿Te gusto? —preguntó.

—Excelente —murmuró Angers, mirando el rollo de planos. Después recogió los papeles—. Ahora nos iremos.

Lillian tenía puesto el vestido blanco y tenía una expresión muy asustada, pero además estaba muy hermosa. Me pregunté cómo se había enredado con él. Rogué poder hallar una escapatoria, y por dentro sentí que la sensación de impotencia se

acumulaba para formar una ola arrolladora, porque nuestras dos vidas pendían de un hilo muy débil.

Ella me miró y después inquirió:

—¿Adónde iremos, Ralph?

—A la casa de Steve.

—Tengo que comprarme algunas ropas, Ralph —dijo ella—. Este vestido se está ensuciando y no tengo ningún otro para ponerme.

Él se limitó a mirarla. Lillian trató de sonreír, pero fracasó. Sus oscuros ojos azules estaban nublados por el miedo que le inspiraba ese hombre. Él se volvió hacia la puerta y Lillian me miró nuevamente, y después miró el arma que estaba sobre la cómoda. Sin embargo, no se acercó a la pistola. Y tampoco me acerqué yo.

Angers se detuvo con la mano sobre el picaporte, lo soltó, volvió hacia atrás y guardó el rollo de planos en la maleta. Me di cuenta de que en ese instante su mente no estaba funcionando en las mejores condiciones. Tenía momentos de relapso y experimenté la fría impresión de que él lo sabía. Tapó la botella de *whisky* y la guardó junto con los planos y cerró la maleta.

—Probablemente necesitaremos la pistola —manifestó—. De todos modos será mejor que la lleve. Esa arma me gusta, Steve.

—Naturalmente.

Metió la Luger debajo de su cinturón, y la chaqueta la cubrió.

—Bajaremos por la escalera de incendios —nos informó, cuando salimos al corredor.

—¿En pleno día? —preguntó Lillian.

—Claro que sí —contestó Angers—. No tengo dinero suficiente para pagar la cuenta. Claro que es de día.

Volvió a menear la cabeza, mirándome. Esa chica era una tonta, ¿verdad?

Bajamos al callejón por la escalera de incendios. Durante todo el trayecto sentí que los ojos implorantes y desencajados de Lillian estaban clavados en mí. Yo rogaba y rezaba pidiendo una ayuda que no veía como brindarle. Estaba tan ansioso como ella por salir de aquel aprieto, pero había comprendido que cualquier actitud violenta sería desastrosa. Nos acribillaría sin titubear.

—Iremos caminando, Steve —dijo Angers—. Quiero conocer esta ciudad lo más a fondo posible.

—¿Por qué no cogemos un taxi? —preguntó Lillian.

Él no contestó nada y salimos del callejón. Angers se detuvo y me tocó el brazo.

—¿En qué dirección, compañero? ¿Dónde vive?

Traté de hacer funcionar mi cerebro. Angers me había asustado tanto que se había convertido en una obsesión, y me resultaba difícil concentrarme en cualquier otro asunto. No sabía qué haría él a continuación, y sin embargo sabía que debía llevarle un poco de ventaja. Aquello resultaba gracioso, porque era imposible. Sus actos ya surgían de impulsos inmediatos, y en el mundo no hay nada que pueda adelantarse a los impulsos.

—Por aquí —dije—. Podemos ir por aquí.

Nos pusimos en marcha. Yo caminaba junto al borde de la acera y Lillian iba en el medio. Era agradable tenerla allí. Estaba cuerda y era sólida, y de su cuerpo se desprendía un tenue perfume que me indicaba que la cordura sobrevivía en algún lugar de ese mundo súbitamente enloquecido.

Tenía que llegar de algún modo hasta Ruby. Ni siquiera sabía cómo se encontraba. Betty Graham había dicho que me necesitaban en el hospital.

La gente se cruzaba con nosotros en la calle y parecíamos tres amigos que se paseaban, y uno de ellos, atractivo y de aspecto viril, cargaba una maleta. Sin embargo, la gente pensaría que él debía tener bastante calor con ese traje, ¿verdad?

—Me alegro de haber elegido esta ciudad —comentó Angers—. ¿No opinas lo mismo, Lillian?

Ella se había estado mordiendo el labio inferior mientras caminaba. Lo miró rápidamente.

—Oh, sí, Ralph. ¡Esta es una ciudad hermosa! —sus ojos se volvieron hacia mí y sentí otra vez el latigazo penetrante del miedo.

Seguimos caminando, y aunque él no lo sabía íbamos a pasar frente al hospital en el que se encontraba Ruby. Yo tenía que llegar hasta ella de alguna manera. Quizá algo había marchado mal. A veces los primeros partos son difíciles.

—Sí —dijo Angers—. En esta ciudad hay algo que me atrae. Es acogedora.

Quiero significar que no es industrial. Eso es importante, ¿no te parece, Lil?

—Sí, Ralph.

Dimos la vuelta en la esquina y vi que nos estábamos encaminando directamente hacia la gasolinera frente a la cual Angers había matado al policía. Traté de conservar la calma. Alguien nos vería y nos reconocería. No podía ser de otro modo.

Pero Angers también era avisado.

—¿Qué te parece si vamos por otro camino? —preguntó.

—Este es más corto.

Él me sonrió y señaló la gasolinera con un movimiento de cabeza. Él y yo teníamos un bonito secreto en común, ¿verdad?

—Iremos por otro lado, compañero. Eso no nos desviará de nuestro camino, ¿no es cierto?

—No, no nos desviará de nuestro camino.

Cruzamos la calle, volvimos a la esquina y empezamos a caminar hacia la intersección de las próximas calles.

—No es necesario tentar al destino —comentó Angers—. Alguien podría enojarse. Y yo no sería capaz de soportarlo.

Hice un gesto afirmativo mientras escuchaba el seco repiqueteo de los tacones de Lillian sobre el pavimento. Por algún motivo ella no parecía una conquista fácil. ¿De dónde había salido? ¿Cómo se había unido a este tipo?

—No hay duda que Florida es el lugar ideal —manifestó Angers—. Me alegro de que nos hayamos puesto de acuerdo sobre este punto, Lil. El clima significa mucho y la industria puede cambiar el clima —me miró—. Ese fue el motivo por el que no me decidí a edificar en Seattle. El clima no era bueno, compañero, no era nada bueno.

—¿Seattle?

Lillian se volvió hacia mí y asintió con la cabeza, con los ojos muy abiertos y los dientes apoyados sobre el labio inferior.

—Esos malditos idiotas querían edificar en Seattle. Eran idiotas, y eso es todo. Estaban ciegos. En realidad no querían salvar a nadie, no querían ayudar a nadie. Solo pensaban en sus bolsillos, y eso es todo.

Estábamos pasando junto al *parking* anexo al hospital cuando Angers descubrió dónde nos encontrábamos. Se detuvo y levantó la vista hacia el nuevo edificio que resplandecía bajo el sol. Las palmeras, recién pintadas, mejoraban el panorama. Pero el edificio en sí mismo parecía por algún motivo nuevo y crudo. Había sido terminado recientemente.

Ruby estaba allí dentro...

Nos encaminamos hacia la entrada principal.

—Fíjense en esto, por ejemplo —comentó Angers—. Indian Park Hospital —dijo, leyendo la inscripción atravesada sobre las puertas de vidrio. Sacudió la cabeza—. Puedo describirlo sin haber oído hablar nunca de él, y sin haber estado en su interior.

Nos detuvimos en la acera, frente a la entrada principal, y empecé a sudar. La

transpiración chorreaba por mis flancos y casi me pareció que podía oír como ella me llamaba.

—Traficantes —murmuró Angers—. Así es como los llamo, traficantes de hospitales. Construyen hospitales nuevos. ¿Cuánto hace que la ciudad tiene este hospital, Steve?

—Ahí está el viejo Indian Park, detrás de esos árboles —respondí—. Este fue terminado hace pocos meses. La ciudad está bastante orgullosa de él.

—No lo dudo —asintió Angers—. No lo dudo.

La luz empezaba a brillar nuevamente en sus ojos. La vi y perdí toda esperanza.

—Ralph —manifesté—, ahí dentro está mi esposa. Quiero entrar y verla.

—Es imposible, Steve —contestó Angers, meneando la cabeza—. No hay tiempo para ese tipo de cosas.

Me situé delante de Lillian y lo enfrenté.

—Voy a entrar —le informé—. Ella está dentro. Está dando a luz. ¿Alguna vez usted dio a luz?

—Déjese de bromas, compañero.

—¿Su esposa está ahí dentro, Steve? —inquirió Lillian, con tono ansioso.

—Sí. Este es nuestro primer hijo.

—Oh, Dios —murmuró la muchacha. Le tocó el brazo a Ralph Angers—. Querido, debes permitir que este pobre hombre entre a visitar a su esposa —manifestó—. ¡Tienes que permitirselo!

—No hay tiempo. Además, quiero describirle como es este edificio.

—Quizá le resultará más fácil si lo ve por dentro —insinué—. Podría entrar y esperarme. Lo único que deseo es averiguar cómo...

—¿Señor Logan?

Era una de las Damas de Gris. Era amiga de una vecina nuestra y yo la conocía un poco. Debía haber terminado de trabajar. Se acercaba hacia nosotros por el sendero de entrada, con su vestido gris y el gorrito, llevando un impermeable de plástico y algo que parecía un maletín de noche. Era regordeta, canosa, y usaba gafas. Parecía preocupada.

—Señor Logan —exclamó—. Me alegro inmensamente de que por fin haya venido. Le estábamos esperando. Sencillamente los médicos no saben qué hacer.

—Venga, compañero —dijo Angers. Me tomó por el brazo y empezó a tironearme. Yo me sentía interiormente descompuesto. Las Damas de Gris estaban enteradas de lo que sucedía dentro del hospital, y evidentemente esta sabía algo concerniente a Ruby.

—¡Espera, Ralph! ¡Espera! —rogó Lillian.

La mujer nos miró, frunciendo el ceño. No entendía qué significaba todo aquello.

Traté de zafarme de la mano de Angers, pero él se aferró a mí y me miró.

—No tenemos tiempo para esto —manifestó—. Venga, compañero.

—Señor Logan —insistió la mujer—, yo trabajo aquí, en la mesa de entradas. En

este momento vuelvo a mi casa. Pero usted debe entrar en seguida. Tal como le expliqué, los médicos...

—Por favor, váyase —le ordenó Angers—. Por favor, váyase, ¿eh? —su tono era muy amable.

—¡Ralph! —exclamó Lillian. La muchacha se acercó a la Dama de Gris y le preguntó—: ¿La señora Logan se encuentra bien?

—No, no se encuentra bien —respondió la mujer—. Y no creo que este sea el comportamiento más adecuado. Ella ha estado llamando a su esposo, y el doctor Amory necesita hablar con él.

—Lillian —dijo Ralph Angers—. Síguenos. No te lo repetiré.

Su voz era suave y letal.

La mujer canosa estaba tratando de mirarme por encima del hombro de Lillian. Sus gafas reflejaban los rayos del sol. Entonces noté que Angers se movía y vi que su mano se deslizaba por debajo de la chaqueta.

—Está bien —asentí rápidamente—. Está bien, Ralph. Sigamos adelante —me sentía descompuesto. Le sonreí y le palmeé el hombro—. Tiene razón, no disponemos de tiempo para esto. Sigamos, ¿eh?

Él me miró con expresión vacía, con su rostro pálido cubierto por una película de transpiración. La presión de su mano sobre mi brazo disminuyó lentamente y empezamos a caminar.

—¡Vaya! —exclamó la anciana—. ¡Nunca lo habría imaginado!

—Venga, Lillian —dije—. Venga, por favor.

Lillian también había visto el movimiento de la mano de Angers en dirección a la pistola. Nos siguió apresurado. Detrás de nosotros, la Dama de Gris se quedó inmóvil en la acera y meneó lentamente la cabeza. Quizá más tarde descubriría lo próxima que había estado de no salir con vida de aquel lugar.

—Lo lamento inmensamente, Steve —murmuró Lillian, a mi lado.

Yo no contesté.

Seguimos caminando. Angers pisaba con fuerza y miraba fijamente al frente.

—Es esa clase de gente —manifestó—. Se cruza en mi camino. La ignorancia. Siempre ha sido así. Debería haberla matado. Sé que debería haberlo hecho. Circulará por el mundo, diseminando su ignorancia, obstaculizando el progreso. Dicen que no se trata del individuo, pero están equivocados. ¿Lo sabe, compañero?

Hice un gesto afirmativo.

—Sí, se necesitan individuos para formar una turba. No lo olvide nunca. Y entonces la turba se convierte en el individuo. Y tiene un solo propósito. La destrucción. Destruye todo lo que es bueno.

Lillian me tomó por el brazo.

—No le ocurrirá nada a su esposa, Steve. No piense en eso. Usted no puede evitarlo. En un hospital como ese deben brindarle la mejor atención. Estoy segura de que no se trata de nada grave.

—Gracias —murmuré—. Gracias, Lil.

Algo seguía incitándome a huir. Pero sabía que sería inútil. Él me voltearía de un balazo antes que yo hubiese corrido tres metros, y esto no ayudaría en nada a Ruby. No ayudaría a nadie. Yo había sido escogido para una tarea, me gustase o no. Si Angers me mataba, seguiría su marcha liquidando a cualquier otra persona que se cruzase en su camino.

¿Pero qué era lo que le sucedía a Ruby? ¿Para qué me necesitaban ahí dentro? Quizá se estaba muriendo. Quizá había que operarla y los médicos no podían seguir adelante sin mi autorización. Me pareció recordar que había oído hablar de casos parecidos.

Seguimos caminando. Angers había recuperado su aspecto frío. La película de transpiración que le había cubierto el rostro se había secado, y exceptuando su palidez parecía completamente normal. Yo estaba ansioso por quedarme a solas con Lillian y hablar con ella. Quizá la muchacha sabía algo, quizá podría darme un indicio. Pero eso era absurdo. Lo que ella sabía carecía de interés. Nada importaba, excepto el momento mismo.

—¿Falta mucho, compañero?

—No, no estamos lejos.

Traté de no pensar en Ruby. Era la única solución. Pero no podía dejar de recordarla. Eso era muy sencillo. Me dije que prometería cualquier cosa a cambio de que me permitiese verla. No le contaría a nadie lo que sabía acerca de él. Pero me di cuenta de que sería una promesa imposible de cumplir. No se trataba solo de detener a ese tipo. Había que detenerlo para siempre.

—Esta es una linda ciudad —comentó Angers—. Una buena ciudad, una ciudad limpia. Me gustan las ciudades limpias, compañero.

No tardamos en llegar a la calle donde yo vivía. Todavía estábamos a varias manzanas de mi casa. Pero a lo lejos, en la acera, vi unos *shorts* azules y un suéter rojo.

Betty Graham. Quizá encontraría la forma de comunicárselo, de dárselo a entender. Ella podría llamar a la policía. Estaba en la casa de al lado. Si por lo menos conseguía ponerme en contacto con Betty. Ella me había visto aquella mañana con Angers, y algo me decía que ese tipo no le había resultado simpático.

—Ralph —dijo Lillian—, ¿no crees que deberíamos ir a algún lugar para comer? No pruebo un bocado desde ayer. El teléfono del hotel no funcionaba.

—Yo lo desconecté —le contestó Angers, sonriendo—. ¿No te parece que habría sido un poco estúpido dejarlo conectado?

—En mi casa no hay nada para comer —manifesté—. Quizá podríamos ir a un restaurante, Ralph. Tengo un poco de dinero.

Angers se volvió y me miró.

Al frente, Betty Graham estaba todavía en la acera. Regaba nuevamente el césped con su manga. Estábamos a una manzana y media de distancia, pero ella vio que nos

acercábamos. Hizo señas con la mano y vi que cruzaba el jardín para cerrar el grifo.

—¿Esa no es la mujer que le habló hoy en la calle? —inquirió Angers—. ¿La del coche?

—Efectivamente.

—Ya entiendo.

Betty Graham se adelantó hacia nosotros a través del jardín. Tenía el ceño fruncido. Miró fugazmente a Lillian y después clavó la vista en Angers. Me di cuenta de que lo había reconocido. Finalmente me miró a mí.

—Todavía no has ido al hospital, Steve.

Nos detuvimos en la acera y Angers la estudió.

—No. Estuve ocupado, Betty.

—Oh.

—¿No te has enterado de nada?

Betty meneó la cabeza.

—Simplemente de que te necesitan en el hospital, Steve. Creo que deberías ir inmediatamente. Pensé que ya lo habías hecho hace varias horas.

—Sí.

—Sigamos adelante —dijo Angers.

—Vivo allí —le informé a Angers—. En la casa de al lado.

—Steve, ¿quiénes son estas personas? —preguntó Betty—. ¿No podrías presentarme?

—Son amigos, Betty.

Nos quedamos allí, mirándonos los unos a los otros. Sabía que a Lillian le habría gustado decir muchas cosas y que Betty estaba sospechando algo. Tenía derecho a desconfiar. Sabía que el no haber ido al hospital no era una actitud lógica en mí.

—De modo que es ahí donde vive —comentó Angers. Estaba mirando a Betty Graham. Avanzó por el sendero que conducía al porche de su casa—. Venga, compañero. Tú también Lil. He cambiado de idea. Nos alojaremos aquí. En aquella casa podrían surgir inconvenientes. Pero si surgen... —se encogió de hombros—. Estaremos alertas, ¿verdad?

Se volvió y nos esperó. Lillian y yo cambiamos miradas y nos encaminamos hacia donde estaba él.

—¿De qué se trata? —preguntó Betty—. ¿Qué significa todo esto, Steve?

—No puedo explicarlo —contesté—. Todavía no. Haz lo que él ordena, y eso es todo.

—Pero no lo entiendo, Steve.

—Escuche —intervino Lillian. Cuando le habló a Betty su expresión fue muy seria—. Se trata de que vamos a entrar en su casa.

—En marcha —insistió Angers—. Entremos. Quiero quitarme esta chaqueta. Me da calor.

Betty no sabía qué decir. Quería comprender, pero aquello estaba un poco más

allá del alcance de su entendimiento. Leía en su rostro que estaba intuyendo algo. Pero no sabía con certeza de qué se trataba.

—Naturalmente, Steve —exclamó—. Entren. Sam no tardará en llegar.

—¿Sam? —inquirió Angers, deteniéndose en la escalinata del porche.

—Mi esposo —le explicó Betty.

—Oh —comentó él y atravesó el porche. Hubo una fracción de segundo durante la cual pude emitir un susurro sin que él lo oyese.

—Obedece sus órdenes —le dije a Betty—. No hagas preguntas.

—¡Pero, Steve!

—Venga, compañero —manifestó Angers desde la puerta, volviéndose hacia mí.

Lillian y yo subimos por la escalinata y nos encaminamos hacia la puerta. Betty se quedó en el sendero de entrada, mirándonos.

—Usted también —indicó Angers—. Entre.

—Estoy regando el jardín —respondió Betty. Ahora tenía la certeza de que ocurría algo raro—. Me reuniré en seguida con ustedes.

—Naturalmente —asintió Angers—. Pero venga ahora. El jardín no tiene importancia.

—Por favor, querida —imploró Lillian—; por favor, entre y haga lo que le pide Ralph.

Betty subió por la escalinata del porche y entramos todos a la casa. Ella seguía mirándome y yo sabía que las preguntas se desbordaban de sus labios. Rogué que permaneciese callada. Yo no quería líos, y era imposible prever qué haría Angers.

—Esta parece una linda casa —comentó Angers—. Viviremos aquí.

Atravesamos un pasillo corto y entramos a la sala. Esa era una casa típica de Florida. Betty y Sam la iban mejorando a medida que ahorraban el dinero necesario, y era muy confortable. Estaban orgullosos de su casa. Sam Graham era empleado del Edificio City Power.

—Lindos amigos te has echado —manifestó Betty—. ¿Qué te parece si me presentas, Steve? Este tipo es un caso. Dice que va a vivir aquí.

—Sí, Betty. Esta es Lillian, y este es Ralph Angers.

Los dos hicieron inclinaciones de cabeza.

Ralph depositó la maleta sobre el piso de la sala y se quitó la chaqueta. La arrojó sobre una silla y Betty se quedó mirando la pistola que se asomaba por encima de su cinturón.

Lillian suspiró y se dejó caer en un sillón junto a las ventanas del frente. Había algunas alfombras modernas, un amplio sofá de bejucos, una mesita para café, sillas, lámparas y un aparato de televisión próximo a la chimenea.

—¿Vino alguien a mi casa, Betty? —pregunté.

Ella meneó la cabeza.

—¿Cómo se llama usted? —inquirió Angers, mirando a Betty.

—Betty. Betty Graham.

—Bien, señora Graham, no sé cuánto tiempo permaneceremos aquí, pero quizá será por una buena temporada. ¿Qué le parece si nos prepara algo para comer? ¿Está de acuerdo?

Ahora todo rastro de sonrisa se había borrado del rostro de Betty. Ella miró a Lillian y Lillian me miró a mí.

—Lamento causarle todas estas molestias, señora Graham —agregó Angers—. Pero ya se dará cuenta de que lo hace por una buena causa. Echaremos un vistazo a la cocina, ¿le parece bien?

Betty desechó todo lo que estaba sucediendo. Era demasiado fantástico. Se limitó a aferrarse a eso que las mujeres tienen en sus cabezas y bajó la cortina sobre el asunto. Lo tachó de sus libros.

—Steve —dijo—, ¿irás inmediatamente al hospital? Yo podría llevarte en el coche.

—Siéntate, Betty —le indiqué.

—Pero si no quiero sentarme.

En la habitación reinaba un gran silencio. Angers caminó algunos pasos, sacó la Luger de abajo de su cinturón y la depositó sobre el aparato de televisión. Betty le siguió con la mirada.

—Por favor siéntate, Betty —repetí.

La tomé por el brazo y la conduje hasta el sofá. Nos sentamos. Angers siguió paseándose por la habitación. Finalmente se encaminó hacia su maleta, la levantó y la dejó caer sobre una silla. La abrió, sacó el rollo de papel y la botella de *whisky*, y depositó ambas cosas sobre el piso. Después cerró la maleta y la llevó al pasillo.

—Haz lo que él te ordena —le dije rápidamente a Betty.

No pude agregar nada más porque Angers volvió a la sala.

En la casa reinaba un profundo silencio. Lillian estaba sentada con las piernas cruzadas y miraba el bolso que tenía sobre su regazo. Angers tomó el rollo de planos y lo depositó sobre la repisa de la chimenea, y después volvió a la silla y se sentó. Levantó la botella de *whisky*, la destapó y bebió. Después volvió a taparla y la dejó nuevamente sobre el piso.

Betty y yo estábamos sentados en el sofá.

—¡Pero Steve! —exclamó ella.

—Sí.

—Está bien. Iré a buscar algo para comer.

—Todavía no —dijo Angers—. Quédese un minuto quieta. Tengo que explicarle algo, señora Graham. Lo había olvidado.

Su cara estaba tan desprovista de expresión como siempre. Su camisa blanca estaba empapada en sudor. La Luger estaba al alcance de su mano, sobre el aparato de televisión.

—¿Cuándo volverá su esposo, señora Graham?

—Oh, no lo sé. Más o menos dentro de una hora.

—Entiendo. Bien, señora Graham, no creo que sea conveniente que nos prepare algo para comer.

—Pero me pareció que usted había dicho...

—Esperaremos a su esposo.

—¡Steve! —exclamó Betty, volviéndose hacia mí—. ¿Qué significa esto?

—No quiero verme obligado a matarla, señora Graham —manifestó Angers—. Pero le ruego que no pierda los estribos, ¿entiende?

—¡Steve! —exclamó Betty. Ahora estaba un poco encolerizada—. Si esto es una broma, ya has pasado el límite. Soy capaz de reírme de cualquier cosa, pero ya estás exagerando, Steve. ¿Qué significa esto?

—Trata de prestar atención —le contesté—. Y cree lo que vas a oír. El señor Angers ya mató a dos personas en el día de hoy, Betty. Por favor, serénate y obedece a lo que él te diga.

No miré a Angers. No sabía cómo lo tomaría. Lillian siguió con los ojos clavados en su cartera.

—¿Mató? ¿Mató? —repitió Betty.

Sus ojos estaban dilatados y redondos y el miedo que yo había visto en Lillian empezaba a reflejarse ahora en Betty. Era notable cómo uno podía comprobar cuando ellas comenzaban a asimilar la verdad. El miedo se introducía lentamente en sus ojos, y uno sabía que empezaban a entender. Betty no era una de esas personas que se quedan sentadas y toman las cosas tal como se presentan. Ella tenía que meter el dedo en el pastel. Y si el pastel no era de su gusto, se empecinaba en cocinar otro. De modo que querría cambiar este. Pero el miedo estaba allí y ella seguía esforzándose por rechazarlo, por no creer lo que no podía dejar de creer. ¡Estas cosas no le sucedían a la gente! Uno las leía en los diarios, o quizá las oía por la radio. Pero nunca le ocurrían a uno. No eran reales. No sucedían nunca.

—¿Quieres insinuar que este hombre no te permitió que fueses a visitar a Ruby al hospital? —inquirió Betty.

—No lo considera necesario —le expliqué—. En este momento el ir al hospital no es lo más importante.

Betty se pasó una mano por la frente. Ahora su tono iba cambiando poco a poco. Yo había hablado con mucha seriedad, y ella estaba empezando a comprender lentamente, muy lentamente.

Bajó la mano y miró a través de la habitación, con la vista perdida en el vacío.

—Steve —dijo Angers—, esperaré al esposo de la señora Graham antes de mostrarle los planos. No me gustan las interrupciones.

—Muy bien.

Betty se puso en pie lentamente. Me miró, y después empezó a caminar a través de la habitación.

—¿Adónde va, señora Graham? —preguntó Angers.

—Voy a salir de aquí —respondió ella—. Esta es mi casa. Si quiero caminar por

mi casa, supongo que puedo hacerlo.

—Vuelva a sentarse —ordenó Angers—. Steve —agregó—, yo no había contado con todo esto.

Ahora yo estaba empezando a reconocer ese algo distinto en su voz; era el pequeño cambio de tono que me hacía saber que estaba preocupado. Había llegado el momento de proceder con cautela.

Lillian también lo captó. Se levantó de la silla y atravesó el cuarto para alcanzar a Betty antes que esta hubiese llegado a la puerta. Cualquiera cosa podría haber ocurrido si ella hubiese salido por esa puerta. El hecho de tener a alguien a quien ayudar, el hecho de tener una compañera para su miedo, animaba un poco a Lillian.

—Ven, querida... —murmuró la muchacha—. Vuelve a tu silla. Por favor, querida.

Se esforzó por alertar a Betty con la mirada. Pero ¿quién podía prevenir a alguien respecto de una situación como esa?

—No lo entiendo —manifestó Betty. Ahora estaba pálida, y sus ojos estaban un poco asustados.

Angers volvió a apoyar la cabeza contra el respaldo de la silla. Tenía la mirada clavada en el techo.

—No lo entiendo —insistió Betty—. Sencillamente no lo entiendo.

Evitó mirar a Angers. Ella giraba la cabeza hacia él, pero nunca le veía porque no quería verle. Estaba empezando a contagiarse de nuestro estado de ánimo.

—¿Saben una cosa? —comentó Angers—. Hace varios días que no duermo. Y sin embargo no \_\_ estoy cansado. Es maravilloso, ¿verdad? Es el resultado de tener algo que mantiene despierto el interés. Todo el mundo debería tener un *hobby*. ¿No cree que tengo razón, compañero?

—Quizá es así —contesté.

—Claro que en mi caso no se trata de un *hobby*. Es algo más importante.

—Naturalmente.

Betty Graham volvió hacia mí y se sentó a mi lado, en el sofá de bejucos. Lillian me miró y meneó la cabeza. Entonces Betty se echó a llorar. Estaba muy rígida en su asiento, con la mirada perdida en el espacio, y las lágrimas le chorreaban por las mejillas. Nunca había visto a Betty en un estado semejante, pero ahora yo sabía cuál podía ser el efecto del miedo auténtico. Ella no entendía qué significaba todo aquello, pero súbitamente había empezado a creer lo peor y a temerlo. En ese momento era un autómatas, como todos nosotros, controlado por el maniático instalado en la silla.

En realidad él no tenía personalidad. Yo había presenciado sus cambios, había captado las contradicciones y confusiones de su mente. Incluso en medio del terror que inspiraba, no podía dejar de preguntarme quién era. No me gustaba considerar la posibilidad de que fuese un cirujano de ojos. Quizá esto era otro delirio absurdo de su mente enloquecida. De todos modos, no deseaba que se acercase a mí. Quería conservar la poca vista que me quedaba.

Y ese hospital al que se refería. ¡Qué divertido! Quería salvar a la gente. Y quizá su próximo movimiento consistiría en sacar esa maldita Luger para cometer un asesinato.

Sam Graham no sospechaba lo que encontraría en su casa.

Miré a Angers. Él seguía contemplando el techo, con la cabeza recostada contra el respaldo de la silla. Calculé la distancia que tendría que cubrir para empuñar la pistola. Y de alguna manera comprendí que si le atacaba, él sería el primero en apoderarse del arma. Y me mataría. Muy sencillo.

¿Y qué ocurriría si él no alcanzaba la pistola?

No era un tipo flojo. ¿Por qué estaba tan pálido? ¿Habría salido de la prisión? Angers había estado en algún lugar en el que había poco sol, y yo no podía creer que se tratase de la cárcel.

—Este es un lugar tranquilo, ¿verdad? —comentó Angers.

—Sí.

Betty no emitía ningún sonido, pero las lágrimas rodaban por sus mejillas. Todos estábamos sentados, esperando.

Sabía que Lillian y yo estábamos pensando en tácticas y métodos. Betty debía estar pensando en Sam.

Procuré que mi tono fuese cordial, para complacerle. Era imposible prever sus reacciones.

—¿Cuánto tiempo hace que se conocen con Ralph, Lil?

Ella giró la cabeza hacia mí, y la abundante cabellera de color caoba susurró sobre sus hombros. Se humedeció los labios con la lengua y miró a Angers.

—Oh, hace mucho tiempo. Conocí a Ralph en Seattle.

—Viejos amigos —comenté.

—No tan viejos.

Volvió a hacerse el silencio en la habitación. Betty cesó de llorar. Sacó un pañuelo del bolsillo de sus *shorts* y se secó las mejillas y los ojos, mirando siempre a través del cuarto. Sus muslos regordetes estaban salpicados por las lágrimas. Los secó, y desplegó el pañuelo sobre sus rodillas. Lanzó un profundo suspiro y se volvió para

mirarme. Su cabeza osciló un poco hacia arriba y abajo, y después se controló nuevamente.

—¿Qué... qué harás respecto a Ruby? —preguntó.

—No lo sé.

—Tienes que verla. Llamaron dos veces desde el hospital, Steve. Sucedió... sucedió algo, y te necesitan.

—Lo sé.

—Se me acaba de ocurrir una idea —exclamó Angers, poniéndose en pie—. Vengan todos conmigo.

Le miramos.

—Vengan —repitió—. Empezaremos por aquí. Es una vergüenza que tenga que hacer esto, pero no se puede confiar en nadie. Sé que puedo confiar en usted, compañero —me miró con su cara pálida—. Pero es igual. Vengan conmigo.

Nos pusimos todos en pie.

Empezó a caminar alrededor de la habitación. Cerró herméticamente todas las ventanas abiertas.

—Ahora la puerta de enfrente —manifestó—. Síganme.

Salimos todos al corredor y Angers le echó la llave a la puerta de entrada. Después hicimos un recorrido por toda la casa, guiados por él, y cerramos puertas y ventanas.

El teléfono estaba sobre un pequeño estante del bar, situado entre la cocina y el comedor. Betty me llamó la atención cuando lo miré. Habría que esperar.

—Volvamos a la otra habitación —dijo Angers—. Esperaremos a su marido. Después podremos relajarnos y Steve y yo revisaremos los planos.

Regresamos a la sala. Durante todo este tiempo la pistola había estado sobre el aparato de televisión. Pero Angers era astuto. No pasaba por alto nada de lo que ocurría a su alrededor. Vigilaba a todos... con una atención quizá demasiado exagerada.

Había estado observando especialmente a Betty.

Se instaló en su silla, y cuando Betty pasó frente a él, Angers la tomó por la mano. Ella quedó paralizada.

Angers la miró, desde donde estaba sentado. Betty tenía un cuerpo bien redondeado, y la piel de sus piernas surgía suave y turgente debajo del borde de los *shorts*. Tenía pechos amplios y caderas abundantes.

—Usted es muy bonita, señora Graham —comentó Angers.

Betty se quedó rígida. Angers se inclinó hacia adelante, sin soltarla, y estiró la otra mano y le acarició el muslo. Su mano se deslizó a lo largo de toda la parte posterior de su pierna. Betty no se movió. Él volvió a deslizar la mano hacia arriba y le dio una palmada. Levantó la vista hacia ella.

—Tiene mucho de lo que a mí me gusta, señora Graham. Lillian parece una serpiente, ¿no es cierto, Lil?

—No hables de eso, Ralph.

Angers no se sonreía. No había nada en sus ojos.

—Apuesto a que usted hace muy feliz a su esposo. ¿No es cierto, señora Graham?

Ella no contestó y se quedó inmóvil, con la vista clavada en un punto de la pared situado encima de la cabeza de Angers. Yo tampoco sabía qué hacer. No había nada para hacer.

—No confío mucho en Lillian —manifestó Angers.

Lillian se levantó de su silla y atravesó el cuarto. Tenía los dientes clavados en el labio inferior. Betty permanecía inmóvil y Angers le retenía la mano.

—Me gusta su cuerpo —dijo Angers—. Es un cuerpo excitante, señora Graham.

Su voz era tan seca e inexpresiva como siempre.

Lillian se estaba deslizando hacia el costado de la silla de Angers, cerca del aparato de televisión. Me puse tenso.

—Ralph —murmuró Lillian—, ¿ya no te gusto?

—Vuelve a tu asiento, Lil.

Ella se detuvo y le miró. Angers levantó la vista en dirección a ella. Lillian sonrió y siguió acercándose a él.

—Vuelve a tu silla —ordenó Angers en voz baja.

Lillian se volvió e hizo lo que él le indicaba.

Betty seguía junto a él, y Angers todavía le apretaba la mano. Entonces estiró el brazo y lo pasó alrededor de las caderas de ella. Betty estaba rígida como una tabla, pero me miró y vi algo en sus ojos. Se volvió bruscamente hacia Angers y se acercó a él.

—Si te gusto, ¿por qué no lo demuestras? —preguntó—. Ya eres un chico crecido.

Betty estaba muy cerca de él. Angers bajó su brazo y ella meneó apenas las caderas.

—O acaso te estás burlando de mí —insistió Betty—. Quizá no son más que palabras. Quizá lo único que quieres es pasar el tiempo.

La mirada que le dirigió Betty habría derretido la manteca.

—Tienes razón —afirmó Angers—. Me interesas.

Ella volvió a ondular un poco las caderas y después señaló el pasillo con la cabeza.

—Mi dormitorio está al otro lado, querido.

Betty se apartó de él, tirando de su mano, mirándole con toda la concupiscencia que pudo simular.

—Ven, querido. Quizá pueda enseñarte algo.

El corazón se me atascó en la garganta. Si ella conseguía arrastrarlo hasta el dormitorio... ¡Qué oportunidad! Pero sus ojos, su cara, no reflejaban nada. Uno no podía averiguar lo que estaba pensando.

—Estaríamos cómodos y a solas —le dijo Betty—. A mí... también me gustas.

Ven, querido. Entremos al dormitorio. No puedo hacer lo que quiero mientras ellos nos están mirando.

Desvié los ojos hacia Lillian. Sus dedos apretaban el asiento de la silla y los nudillos estaban blancos por la tensión. Todos los músculos de su cuerpo estaban tensos.

Betty estiró la pierna derecha y la frotó contra la de Angers.

—No me hagas esperar —susurró suavemente.

Él se rio. Echó la cabeza hacia atrás y lanzó una risa salvaje, enloquecida, aguda. La risa de un loco. Era la misma risa que había escuchado esa tarde en el callejón.

—Ramera —dijo él secamente. Soltó la mano de Betty y le dio un empujón brutal. Ella retrocedió a través de la habitación, perdió el equilibrio y cayó sentada violentamente.

La campanilla del timbre sonó insistentemente y un hombre gritó:

—¡Betty! ¡Eh, Betty! ¡Por favor, abre!

La campanilla siguió sonando y repicando sobre la pared próxima al sofá.

Betty se sentó en el piso, mirando entre sus piernas. Sus hombros se sacudían. Se había esforzado, se había esforzado a fondo, pero había fracasado. A veces, Angers se comportaba casi como una criatura. Casi...

—¿Dónde estás, Betty? ¡Abre la puerta!

—Vaya a abrir la puerta, señora Graham —dijo Angers—. Es su esposo, ¿verdad?

Ella se incorporó sobre las rodillas y le miró.

—¿No es su marido?

Ella asintió con la cabeza, mirándole. Angers se levantó de la silla, la tomó por el brazo y la ayudó a levantarse.

—Venga —manifestó—. Los dos saldremos a recibir a su esposo, señora Graham —se acercó al aparato de televisión, recogió la Luger, se volvió y me sonrió—. Venga, compañero. Y tú, Lillian. Iremos todos a recibir al esposo de la señora Graham. ¿Les parece bien?

Sam Graham se quedó en el vano de la puerta abierta y nos miró. Frunció el ceño y entonces me vio y sonrió.

—Hola, Steve. ¿Cómo se encuentra Ruby?

—Muy bien.

Entró a la casa y Angers cerró la puerta y le echó la llave, y Sam vio la pistola encerrada en la mano de Angers.

—¿Qué significa esto? —inquirió.

Nadie habló ni se movió.

Sam tenía una cara redonda, era corpulento y tenía pelo castaño ondulado y unos ojillos centelleantes que parecían cuentas. Siguió sonriendo, porque así era su carácter. Su cara estaba roja y despellejada por las quemaduras del sol y llevaba en el brazo la chaqueta de su traje azul claro. Tenía desabrochado el cuello de la camisa y parecía cansado y acalorado.

—Puede llamarme Ralph —manifestó Angers—. Me llamo Ralph Angers. Esta es Lillian, señor Graham, y este es Steve Logan, mi amigo. La muchacha de *shorts* es su esposa, señor Graham. Ahora, ¿qué le parece si entra y nos sentamos?

La sonrisa de Sam se desvaneció en un extremo de su boca.

—¡Santo cielo! —exclamó—. Usted es...

—Oh, Dios, Sam... Sam... —sollozó Betty, y se arrojó hacia los brazos de su esposo, ocultando su rostro en el hombro de Sam. Ella era un poco más alta que su marido. Él la rodeó con el brazo, sosteniendo la chaqueta con la mano, y miró a Angers por encima del hombro de ella.

—Usted es el hombre que mató a Jake Halloran, ¿verdad?

—Por favor —dijo Angers—. Entremos en la sala y sentémonos.

Nadie se movió.

—Eso será lo mejor —manifesté—. Es preferible que hagamos eso.

Yo estaba tratando de prevenir a Sam con la mirada, tal como Lillian lo había hecho con Betty. Sam palmeó el hombro de su esposa y se encaminó hacia la sala.

—¿Te hizo daño, nena? —inquirió Sam.

—No, Sam, no, no, no.

Lillian estaba a mi lado y Angers nos seguía. Me habría gustado hablar con ella. No cesaba de pensar en esto, ¿pero de qué serviría el hablar?

—Hay demasiada gente, Steve —comentó Angers—. No había previsto algo así.

—No tiene importancia —respondí.

—Simplemente no me gusta, compañero. Tenemos que ponernos a trabajar con esos planos. Debo enviar un cable respecto a los fondos del hospital. Tendremos que conseguir un contratista.

—De todos modos no podremos hacer nada ahora —contesté—. Por lo menos hasta mañana.

—Eso es cierto. Es cierto, Steve. Dedicaremos la noche a estudiar los planos. Usted se entusiasmará con los planos, compañero. Se trata de algo nuevo, de algo que nunca se ha hecho. No se reirán cuando lo vean, compañero.

Lillian se estremeció a mi lado y yo vi la expresión de sus ojos. Súbitamente sentí deseos de apretarla contra mí. Entre todas esas personas, Lillian era la que sentía más próxima. Por algún motivo sospechaba que si había que hacer algo, eso quedaría en nuestras manos. No sabía cómo reaccionaría Sam Graham. Evidentemente había oído hablar de Angers y de sus crímenes, e incluso había oído mencionar su nombre. De modo que la noticia estaba circulando por la ciudad. Si nos quedábamos bastante tiempo donde estábamos, la llegada de la policía sería solo cuestión de tiempo. No me gustaba pensar en esto. La situación sería muy complicada.

Todos volvieron a sentarse, exceptuando a Sam Graham, que dejó caer su chaqueta sobre el sofá, le hizo una seña a Betty para que se sentase, y se quedó mirando a Angers.

Angers volvió a depositar la Luger sobre el aparato de TV. Después se instaló en

su silla. Mientras miraba a Sam, sus ojos tenían una expresión vidriosa.

—Usted tiene una linda esposa —comenzó Angers—. Todos nos alegramos de que haya vuelto a casa, Sam. Quizá ahora podamos cenar.

—¿Quién cree ser usted? —preguntó Sam.

Lillian volvió la mirada hacia él. Después me miró a mí, y comprendí qué era lo que pasaba por su mente.

—Cálmate, Sam —dije—. Y siéntate.

—¿Tú estabas con este tipo cuando mató a Halloran? —inquirió Sam—. ¿Y a Lyttle, el policía?

Hice un gesto de asentimiento. Sam frunció el ceño.

—Eso fue lo que pensé. La policía también opina lo mismo. En el bar había un tipo que le oyó pronunciar tu nombre. La noticia ha circulado por toda la ciudad. Alguien creyó haberte reconocido en su compañía. No tiene mayor importancia, Steve. La policía invadirá esto.

Lamenté que hubiese dicho eso. Angers se limitó a mirarme y después desvió los ojos.

—¿Cuál es su juego, caballero? —le preguntó a Angers.

—Cállate, Sam —dije.

—¿Por qué estás con él? —inquirió Sam, volviéndose hacia mí.

Me limité a menear la cabeza.

—Él no está con este hombre, Sam —manifestó Betty—. Por favor, haz lo que te dice, Sam.

—No entiendo qué significa todo esto —murmuró Sam—. Pero usted ha matado a dos personas y no le quiero en mi casa.

Angers le miró en silencio.

Yo no sabía cómo hacer callar a Sam. Se estaba poniendo belicoso y esto era grave. Angers no lo toleraría; si había algo que no le gustaba era que le contradijesen.

—¡Tienes que hacer algo! —exclamó Betty—. Steve, haz algo.

Lillian se puso de pie, dio un rodeo hasta el otro extremo de la habitación y se detuvo junto a la ventana.

—Si no se va ahora mismo —manifestó Sam—, llamaré a la policía. Le prevengo que usted no me asusta.

—Siéntese, señor Graham —ordenó Angers.

—¿Cree que nos atemoriza? ¿Es eso lo que cree?

—Por favor, Sam —dijo Betty. Su voz estaba casi tan desprovista de tono como la de Angers, aunque por un motivo distinto. Ella ya había empezado a perder la esperanza.

—Esta es mi casa —continuó Sam—. Váyase de aquí.

Empezó a atravesar el cuarto. Angers estiró la mano y recogió la Luger de encima del aparato de televisión. Sam se detuvo y le miró, erguido en el centro de la habitación. Su cara estaba muy roja, sudaba y no se sentía muy seguro de sí mismo.

Se comportaba como un chiquitín, pero yo no sabía qué hacer.

—¿Me oyó? —le preguntó a Angers—. Esta es mi casa.

Durante todo ese tiempo, desde el momento en que Sam había entrado a la casa, yo había dado por sobreentendido que él sabía que Ralph Angers estaba loco. Ahora comprendí que no lo sabía. No sospechaba contra qué se estaba enfrentando. Y aunque habíamos conversado frente a Angers respecto a muchos temas, no sabía cuál sería su reacción si alguien manifestaba que estaba loco. Esta era una palabra que todos habíamos evitado.

Angers se había instalado en la silla, manteniendo la Luger sobre su regazo. Estaba mirando fijamente los pies de Sam Graham.

—Steve —dijo Lillian.

Yo la miré. Ella estaba todavía de pie junto a la ventana. Me hizo una seña y Angers no levantó la vista mientras yo atravesaba la habitación.

—Mire —susurró.

Un coche patrulla se había detenido frente a mi casa, al otro lado del jardín. Dos agentes se apearon y se detuvieron en la acera. Conversaron durante un minuto y después miraron hacia la casa. Afuera estaba anocheciendo y la luz era muy tenue.

—Le repito que se vaya de esta casa —insistió Sam, detrás de nosotros—. Hablo seriamente. Es posible que haya matado a dos hombres, pero yo no le tengo miedo.

—¿Por qué no se calla ese idiota? —susurró Lillian.

Los dos policías avanzaron por el sendero hacia el porche de entrada de mi casa. Entonces uno se detuvo en la galería y otro apretó el timbre.

Sam seguía repitiendo detrás de nosotros que quería que Angers se fuese de la casa. Angers no había pronunciado una palabra. Yo no me atrevía a mirarle.

—Vendrán aquí —murmuró Lillian—. Tienen que venir aquí... Steve, Steve, ¿qué harán?

—¿Qué están haciendo ustedes dos? —preguntó Angers—. ¡Lillian!

Uno de los agentes volvió a apretar el botón del timbre. El otro sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno a su compañero, que lo rechazó. El agente encendió su cigarrillo y permanecieron allí, mirando ahora el sendero. Entonces uno de los agentes caminó hasta el extremo de la galería, e inclinándose hacia la baranda miró hacia la casa en la que nos encontrábamos. Estaba mirando directamente hacia la ventana frente a la cual estaba yo, pero no se veía nada.

—¿Qué ocurre, Steve? —inquirió Angers.

Lillian no le había contestado, de modo que yo la imité. Ella estaba muy cerca de mí, apretando mi mano con sus dedos fríos y duros. Cada vez oscurecía más.

—No creo que ni siquiera se atreva a usar ese juguete —dijo Sam a Angers.

Lillian y yo miramos cómo los policías conversaban durante un minuto en el porche de mi casa. Entonces el del cigarrillo se encogió de hombros y bajaron del porche y se encaminaron hacia el coche.

Lillian masculló una retahíla de tristes injurias.

—¿Qué has dicho, Lil? —preguntó Angers.

—No la complique a ella en esto —dijo Sam.

Los dos polizontes subieron al coche y este se puso en marcha y empezó a alejarse. Lillian y yo le vimos partir y sentí que se desmoronaba otro fragmento de mi ser.

La pistola rugió tres veces detrás de nosotros. Los disparos fueron metódicamente espaciados y Betty Graham empezó a gritar. Me volví a tiempo para ver como Sam caía de rodillas, a treinta centímetros de la silla de Angers. Sam se estaba apretando el flanco izquierdo y la sangre borboteaba entre sus dedos. La sangre manaba también de su garganta y su oreja izquierda había desaparecido.

Betty cesó de gritar bruscamente y Angers manifestó:

—Steve, ¿quiere hacer el favor de encender la luz? Se está poniendo oscuro.

Lillian no se había apartado de la ventana. La celosía veneciana empezó a sacudirse ruidosamente al compás de su temblor. Tenía los labios crispados sobre los dientes y su mueca parecía casi una sonrisa.

Me acerqué como en un trance hipnótico a la lámpara vecina a la chimenea y la encendí. La luz amarilla se diseminó cálidamente por la habitación, cambiando la posición de los objetos, haciendo variar los colores y las actitudes. Miré hacia abajo y la oreja izquierda de Sam Graham estaba sobre la alfombra, junto a mi pie.

Betty emitía sonidos guturales. Se parecían a una especie de gemido. Se arrastró por el piso, sobre las manos y las rodillas, desde el sillón hasta donde se encontraba su marido. Sam Graham estaba arrodillado frente a Angers, con la cabeza doblada hasta tocar el piso. Parecía estar rezando.

—Está muerto —dijo Betty. Su voz era fría, remota—. Está muerto, les digo que Sam está muerto.

—No me di cuenta de que estaba oscureciendo tanto, compañero —manifestó Angers—. ¿Usted lo había notado?

—Dios mío —murmuró Betty. Se quedó sentada en el piso junto a su esposo muerto, y apoyó una mano sobre el hombro de él. Sam se inclinó y quedó tendido cuan largo era sobre la espalda.

Angers miró a Betty y se puso de pie. Tanto el cadáver como Betty estaban cruzados en su camino. Pasó por encima del cadáver y se volvió para mirarla nuevamente a ella. Betty empezó a perder los estribos al asimilar lo que había ocurrido. Tenía el corazón destrozado y le gritó a Angers con voz salvaje.

Yo me acerqué a la ventana junto a la que estaba Lillian y miré hacia afuera. No vi señales del coche policial.

La voz de Betty era un interminable balbuceo de angustia.

—¡Está loco! —exclamó—. ¡No tuvo necesidad de hacerlo!

—¡No, Ralph, no! ¡Ralph!... —gritó Lillian con voz estridente.

El arma rugió.

Lillian se calló y empezó a deslizarse contra las celosías venecianas, sollozando,

hasta que se desplomó sentada sobre el piso, contra la pared.

—La mató también a ella —dijo Lillian.

Ahora reinaba el silencio en la calle. De pronto los faroles callejeros se encendieron y fue de noche.

—Lillian —dijo Ralph Angers—, no me gusta verte en ese estado. ¿Quieres hacer el favor de terminar?

Ella estaba sentada en el piso, contra la pared, con los ojos secos y sollozando. Mantenía los ojos fijos en mí, y estaban llenos de esa terrible desesperación impotente.

—Basta, Lil —repitió Angers.

—¿Por qué hizo eso, Ralph? —pregunté.

—¿Qué? —inquirió él. Estaba en el centro de la habitación, con el arma colgada de los dedos, y me miraba—. ¿Se refiere a eso? —señaló con la pistola los dos cuerpos tendidos en el piso. Se encogió de hombros—. Levántate, Lil. Nos iremos de aquí.

—Yo no iré a ninguna parte —contestó Lillian, meneando la cabeza.

Le eché una mirada a la expresión de desesperada rebeldía de sus ojos y me acerqué a ella y la tomé por el brazo y la levanté. Lillian osciló junto a mí, mostrando las escleróticas de sus ojos.

—¡Lillian! —exclamé. La sacudí con fuerza y la cabeza de ella se bamboleó hacia todos lados sobre sus hombros. La apoyé con fuerza contra la pared y le apliqué dos bofetadas.

—Está bien —murmuró ella, y me miró a la cara.

—Así me gusta —asintió Angers.

La tomé por el brazo y la conduje a través de la habitación hasta el pasillo en sombras. En la casa reinaba un silencio de muerte, y cada vez que alguno de nosotros se movía oíamos el eco de las pisadas.

—Estoy aturdido —comentó Angers—. Esta es una pistola poderosísima, Steve. Oí que le decía a aquel tipo que la había hecho ajustar por un armero.

No le contesté. Froté los brazos de Lillian en el corredor. Ella seguía mirándome, contemplando la oscuridad.

—Vuelva en sí —susurré. Miré hacia la sala. Angers estaba junto a la repisa de la chimenea y tomaba el rollo enorme de planos con una mano, mientras miraba la Luger, que empuñaba con la otra—. Escuche —agregué en voz baja—, cuando se presente la primera oportunidad usted tratará de huir. Buscará ayuda. Explique todo lo que sabe respecto a él. Es necesario... —me interrumpí.

Angers se estaba acercando. Cuando entró en el pasillo, Lillian empezó a asentir con la cabeza. Había oído mis palabras y seguía asintiendo.

—¿Qué le ocurre a ella? —inquirió Angers, mirándola.

—Nada. Se le pasará.

—Será mejor que se le pase.

Lillian le miró y dejó de mover la cabeza. Su rostro estaba tan desprovisto de expresión como el de Angers. Sus labios estaban pálidos y sus ojos estaban dilatados y opacos y sus hermosos pechos palpaban agitadamente debajo del vestido blanco.

Angers fue a echar una mirada al dormitorio situado al otro lado del corredor.

—Saldremos por la parte trasera —manifestó—. Vengan.

—¿Adónde iremos? —preguntó Lillian. Su voz estaba ahogada por la conmoción y ella se aferraba a mi brazo.

Angers no contestó. Se limitó a hacer una seña para que atravesásemos la casa delante de él. Al llegar a la cocina se detuvo junto al refrigerador y abrió la puerta. En medio de la oscuridad, el interior resplandeciente se reflejó sobre su cara de mármol blanco.

Lillian estaba entre Angers y yo. La empujé nuevamente hacia atrás y la aparté hacia un costado. Angers estaba agachado, estudiando los víveres guardados en el refrigerador.

Cuando me acerqué a él, Angers se irguió, se volvió y me miró. Después depositó el rollo de planos y la pistola sobre el refrigerador y metió la mano adentro, sin dejar de mirar.

—Tome, compañero —dijo, y me alcanzó una pata de pollo—. Lil —agregó—, sírvete un poco de pollo —le dio dos alas—. Esperen un minuto —volvió a meter la mano, sacó otra pata, mordió un bocado y empezó a masticar—. Muy bien, pongámonos en marcha.

Cerró violentamente la puerta. La luz de un farol callejero se filtraba en el interior de la cocina y vi que tomaba el arma y el rollo de papeles.

—Abra la puerta, Steve.

Dejé caer mi trozo de pollo sobre el cantero próximo al porche trasero. Lillian había dejado el suyo adentro, sobre la mesa de la cocina. Angers masticaba constantemente.

—Será mejor que cortemos camino —dijo Angers.

—Angers —manifestó la muchacha—, ni siquiera sabes hacia dónde nos dirigimos.

—Quizá no.

Se detuvieron en el jardín trasero, mirándose el uno al otro.

—No... no podemos marcharnos sin dirección, Ralph.

Noté que ella no llevaba su bolso. Lo había dejado en la casa. Pero no sabía si en su interior guardaba algo que pudiese ayudar a la policía a encontrarlos. Probablemente no. Según parecía, ni siquiera los vecinos habían oído los disparos de Angers. La casa, construida con bloques de cemento, había apagado las detonaciones. Angers también había dejado la maleta adentro, pero estaba vacía. Y se había puesto otra vez la chaqueta. El traje era de lana, y con ese calor agobiante él debía estar nadando en sudor. Sin embargo, a pesar de todo, me parecía frío.

Ya había cuatro personas muertas. Era urgente detenerle. ¿Pero cómo? No ganaría nada saltando \_ bruscamente sobre él. Muy bien, ¿qué podía hacer entonces? No sabía si Ruby estaba viva o muerta. La ciudad conocía las actividades de Angers y sospechaba que yo le acompañaba. Esto quería decir que quizá nos estaban buscando a los dos, y que si nos descubrían tirarían a matar. No esperarían. Nunca lo hacen cuando están muy excitados por algo.

—Compañero, tenemos que encontrar un lugar donde podamos sentarnos y conversar —manifestó Angers. Tragó el último bocado de su pata de pollo y arrojó lejos el hueso. Lo vi rebotar en el pasto en sombras, resplandeciente y pálido—. Suceden demasiadas cosas simultáneamente. No hemos tenido un momento de reposo. Y ya ha oscurecido.

—Volvamos al hotel —insinuó Lillian.

—Lil, te creía más inteligente —exclamó Angers.

«Ya es de noche —pensé—, ¿cómo se encontrará Ruby?».

Era imposible averiguarlo. Me pregunté si él erraría el tiro en caso de que yo echase a correr por la oscuridad. Era posible que fallase.

No corrí. Por algún motivo uno no puede decidirse. Habían ocurrido demasiadas cosas, y constantemente me corroía la preocupación de que él podría quedar en libertad. Ahora estaba más tenso, no se comportaba con la serenidad de la que había dado muestras antes. Llamaba la atención, después de todo, la forma en que tenía consciencia de lo que estaba ocurriendo, de que la policía le estaba buscando, y el hecho de que sin embargo se creyese invencible. Esa era la situación. Nada parecía importarle.

—Nos estarán esperando en el hotel —manifestó—. Nos estarán buscando por todas partes. Ya has oído lo que dijo ese tipo, Graham. A partir de ahora tendremos que proceder con cautela.

—Ralph —murmuré—, ¿cómo podremos trabajar en el proyecto del hospital mientras la situación se mantenga así?

—Bien, ya trabajaremos, eso es todo.

Lillian me miró, con el semblante consumido y pálido, casi tan pálido como su vestido blanco. Me encogí de hombros. Estábamos en la oscuridad del jardín trasero y los grillos empezaban a cantar.

—Tratarán de matarme —explicó—. ¡Los muy idiotas! Pero yo los mataré antes. No puedo culparles porque no entienden. No saben lo que estoy tratando de hacer. Quiero ayudarles.

—¿Construyendo el hospital?

—Naturalmente, Steve. El hospital. Será lo más maravilloso que conocerán en sus vidas. Entonces me haré famoso, todos me conocerán. Pero todavía no se dan cuenta.

Era la primera vez que descubría un rasgo de egoísmo en sus planes. También pensaba en su propia fama.

—Me gustaría que dejases de hablar de eso —comentó Lillian.

—¿No te gusta? —preguntó Angers.

—Claro que sí, Ralph. Claro que me gusta.

—Espere a verlo, compañero —me dijo Angers, volviéndose nuevamente hacia mí. Se metió el rollo de papel debajo del brazo—. Yo mismo dibujé estos planos. Puse en ellos todos mis conocimientos. Tengo las donaciones para el fondo y todo lo demás. Hay dinero para construir dos hospitales como ese.

—Está bien —asintió Lillian—. Entonces pongámonos en marcha.

Empezamos a atravesar el jardín trasero, pasando frente al garaje, y Angers se detuvo al llegar a un alto cerco de pinos australianos.

—Y no me he olvidado de su ojo, compañero —manifestó Angers—. No se preocupe, no le abandonaré. Usted me salvó la vida.

—Naturalmente —respondí—. Sigamos caminando.

Rogaba al cielo que se olvidase de mi ojo. Sus comentarios acerca de mi ojo no servían para levantar mi ánimo.

—Nunca me olvidaré de eso, compañero. Nunca.

—¿Estuvo usted en la guerra, Ralph? —pregunté.

Puesto que íbamos a quedarnos allí, charlando, quizá lo mejor sería prolongar la conversación. Quizá aparecería alguien. Entonces comprendí que no deseaba que apareciese nadie. La situación ya era bastante complicada, sin que fuese necesario empeorarla.

Angers me contestó con voz suave:

—No me hable de la guerra, compañero. —Miró hacia el cielo, con el rollo de papel debajo del brazo y la pistola en la mano—. Sí, estuve en la guerra. Ya lo creo que estuve.

—¿Nos quedaremos aquí? —preguntó Lillian.

Angers la miró tranquilamente.

—Estaba pensando —murmuró Angers—. La señora Graham tiene un coche.

Sencillamente me quedé mirándole. Eso se parecía a estar amarrado a una mesa, viendo como un techo de puntas afiladas bajaba lentamente, mientras uno conversaba sobre el estado del tiempo.

—Claro que sí —contesté—. Aquel cupé azul. Un cupé club.

Angers tenía una memoria extraordinaria. Yo habría preferido que no la tuviese. Me pregunté si recordaba a los muertos tan bien como recordaba las otras cosas.

—Apuesto a que está en este garaje —comentó.

—No necesitamos un coche —dijo Lillian.

Ahora estaba cerca de ella, y la tomé por la cintura desde atrás y ella se calló. Había que dejar que subiese al coche. Angers se encaminó hacia el garaje y yo acerqué rápidamente la boca a su oreja.

—Esta es su oportunidad. ¡Cuando llegue el momento, eche a correr! ¡Desde el coche!

Lillian se puso rígida y su perfume resultó tenue pero agradable. Me aparté de ella

cuándo Angers se volvió.

—Vengan —dijo.

Nos encaminamos hacia el garaje. Las puertas estaban abiertas y el coche de Betty estaba efectivamente allí. Yo seguí pensando: «Quizá se le presentará una oportunidad para escapar». Me pregunté si estaría dispuesta a correr ese riesgo.

—Bien —manifestó Angers—, esto es perfecto, ¿verdad?

En el garaje reinaba una oscuridad absoluta. La luz de los faroles callejeros no llegaba hasta allí. Nos hizo entrar en el garaje por el lado izquierdo. Abrió la portezuela del coche y tanteó en su interior.

—Las llaves no están aquí —murmuró.

De modo que tuvimos que volver a la casa. Las llaves estaban sobre la cómoda del dormitorio de delante. Cuando pasamos por el corredor, frente a la sala, miré hacia adentro y el aliento se cortó en mi garganta. Habría jurado que vi como Betty Graham se movía. No la había mirado para saber dónde la había herido. Había dado por descontado que Angers había tenido la extraordinaria puntería de siempre y había sentido un poco de repugnancia como para mirar. Ella estaba caída de bruces junto al cadáver de Sam, y cuando pasamos por el corredor me sentí seguro de que se incorporó un poco y luego volvió a caer. Si conseguía moverse después de todo ese tiempo, todavía tenía probabilidades.

—Conduzca usted —dijo Angers—. Usted y Lil se sentarán delante. Yo ocuparé el asiento trasero.

Subió al coche y se sentó en medio del asiento trasero, con la pistola en una mano y con el rollo enorme de papel atravesado sobre las rodillas.

El coche era un viejo Dodge. Lillian me miró y después pasó por detrás del volante y se deslizó hasta llegar junto a la otra portezuela. Yo me senté frente al volante y me quedé allí.

—Tome —manifestó Angers.

Me entregó las llaves. Inserté la que correspondía en la cerradura del encendido y puso el auto en marcha. El cupé arrancó inmediatamente y entonces lamenté haber optado por el coche. Podría convertirse en una trampa.

Di marcha atrás por el camino en sombras, rozando algunos arbustos, y salí a la calle.

—¿Adónde? —pregunté.

—Simplemente dé algunas vueltas —me indicó Angers.

En el momento en que partía, una mujer atravesó el jardín de la casa vecina a la de los Graham. Era Mary Fadden. En la manzana nadie la apreciaba mucho porque era una chismosa terrible. Ocupaban una parcela doble y su jardín era muy amplio. Ahora estaba decidida a detener nuestro coche.

—¡Betty! —gritó, haciendo señas.

Aparentemente Angers no la vio o no la oyó, porque no hizo ningún comentario. La mujer corrió hacia el auto. Lillian estiró la mano y me apretó el muslo con dedos que parecían garfios de acero. Yo apreté el acelerador y nos alejamos velozmente. Miré por el espejo retrovisor y noté que Mary Fadden se había detenido en la acera, mirándonos. Después se encaminó lentamente por el sendero de los Graham hacia la puerta delantera de la casa. Aquella fue la primera y única vez en mi vida que me alegré de que hubiese mujeres entrometidas.

Los dedos de Lillian se relajaron y los retiró.

Oí un ruido metálico seco y miré hacia atrás. Angers me sonrió y levantó la pistola.

—Llené el cargador —anunció—. El proyectil de nueve milímetros es maravilloso, compañero. Los que tiene aquí son más poderosos que los comunes fabricados en nuestro país, ¿verdad?

Eran poderosos, pero no contesté. Seguí conduciendo el coche, sintiéndome hueco y corrompido por dentro. Esa era mi pistola. Yo era el culpable desde el primer momento de que todo aquello estuviese ocurriendo. ¡Si hubiese dejado que el autobús atropellase a ese hijo de perra!

«Estás desvariando nuevamente —pensé—. Métetelo en la cabeza. No lo sabías. Nadie podría haberlo sabido. Está bien, pero tú tenías la pistola, ¿no es cierto? Claro que tenía la pistola. ¿Y entonces? Tú no deberías haber llevado esa pistola encima, recuérdalo. Es una ley, hermano. ¿Recuerdas lo referente a las armas ocultas? Permisos de portación. ¿Lo recuerdas? Te reíste de eso, pero no habría sucedido nada de lo que está sucediendo si tú no te hubieses estado paseando con la pistola».

—Me gustaría que no hablastes de esa pistola —dijo Lillian.

Di la vuelta con el coche por la esquina, enfilando hacia los barrios céntricos, donde habría gente. A Angers no parecía importarle la dirección que tomábamos. En realidad nada preocupaba al tipo. Simplemente seguía embebido en su sueño descabellado con su maldito rollo de planos.

Y ya había vuelto a cargar dos veces la Luger sin que yo pudiese sorprenderle desprevénido. Era astuto. Decidí que eso no volvería a ocurrir.

—Podríamos detenernos en el hospital —comenté—. Yo entraría a ver a Ruby.

Lo dije con el tono más indiferente posible, tratando de ocultar la tensión de mi tono.

—No, Steve —respondió Angers—. No tenemos tiempo para eso.

Apreté el volante hasta que me dolieron las manos.

—Oiga —exclamé—, de todos modos estamos dando vueltas sin dirección. No tardaría más de un minuto.

—Deberías permitirte —intervino Lillian—. Steve tiene que entrar para ver cómo se encuentra su esposa, Ralph. Tú lo sabes.

Angers no contestó, y esa fue una mala señal. Le toqué la pierna con la mano y ella no insistió en el tema. Lillian estaba empezando a dar pruebas de su coraje. Era

una buena chica, y si había estado con él durante semanas, como contaba, su vida debía haber sido un infierno. Y ahora se había producido el desborde. Antes no había matado nunca. Ahora había terminado de desquiciarse.

Mantuve la mano sobre el asiento, entre nosotros, y después volví a tocarle la pierna. Ella se puso tensa; yo sentí la rigidez de su pierna sobre el asiento. Era la primera vez que le tocaba una pierna a una muchacha en esas condiciones, y no resultaba nada divertido. Esta vez le apreté el muslo con fuerza. Me di cuenta de que me estaba mirando y yo señalé hacia la portezuela por encima de su regazo. Ella se deslizó un poco por el asiento, hacia mí, relajándose, y después apoyó su mano sobre la mía y la apretó. Estaba muy fría y sus dedos parecían de hielo.

Pero me había entendido. Me dijo que ella se arriesgaría, apenas se presentase una oportunidad. Sin embargo, no tardé en desear que no lo hiciese. Estaba seguro de que él la mataría. La acribillaría con la Luger y no ganaríamos nada. No valía la pena hacerlo.

¿O acaso me equivocaba? Salí de Ninth, doblando por Central, y entré en la zona comercial de la ciudad. Estaba iluminada por los carteles fluorescentes y la gente estaba sentada en los bancos verdes y se paseaban en una y otra dirección, mirando los escaparates, o sentada frente a ellos para contemplar los espectáculos de TV. Últimamente la ciudad se estaba convirtiendo en un reducto del hampa. Los delincuentes habían recibido la llamada y estaban llegando desde todos los puntos del país. El condado de Pinellas se estaba metiendo en una ciénaga. Todo había empezado con los robos de bolsos, pero ahora bastaba nombrar un delito y nosotros podíamos ofrecerlo. Todos los días alguien se zambullía desde una ventana y se rompía la cabeza, y todas las noches alguien era asesinado o desvalijado.

Cualquiera creería que la gente se acostumbraba a eso. Pero no era así. Uno no se acostumbra nunca a la muerte. Yo había empezado a pensar en lo cierto que es esto, cuando fuimos detenidos por una luz roja. Nos encontrábamos frente a una gran tienda de radios que tenía un aparato de TV montado sobre la entrada. Lo veíamos perfectamente y el parlante funcionaba a todo volumen. La acera estaba atestada de gente.

—Escuche —dijo Angers—. Escuche eso, compañero.

No podíamos dejar de escuchar. Hablaban de nosotros. En la pantalla aparecía Bill Watts, de WSUN, por el canal 38, y estaba abriendo las cartas sobre la mesa. Watts tenía a su cargo un programa de noticias, pero parecía estar dedicando todo su tiempo a Ralph Angers y Cía. En esta oportunidad, Watts estaba más serio que de costumbre.

—Enciérrense en sus casas y no atiendan las llamadas a la puerta —decía Bill Watts. Estaba inclinado sobre su escritorio y miraba a todo el mundo—. La última noticia, que acabamos de recibir, informa que la señora Betty Graham está viva. La policía ha partido hacia allí, y probablemente muchos de ustedes pueden oír la sirena de la ambulancia. De modo que esto es algo que sucede muy cerca. Esta vez no se

trata de una cuestión que se puede desechar fácilmente, damas y caballeros. Sabemos que hay tres personas: una mujer conocida solo como Lillian; un hombre de esta ciudad que indudablemente muchos de ustedes conocen, Steve Logan, y Ralph Angers. Angers es el asesino. Hasta el momento mató a tres personas y la vida de una mujer está pendiente de un hilo. Si la señora Graham sobrevive y puede agregar algún nuevo dato, se lo haremos saber. Repito que viajan en un cupé club Dodge, azul, matrícula número... —Bill consultó unas anotaciones que tenía sobre el escritorio—, cuatro-W-uno-uno-ocho-cinco-ocho.

Detrás de nosotros un coche empezó a hacer sonar la bocina. La luz se había encendido, la luz verde. Puse el Dodge en marcha y avanzamos lentamente. La voz de Bill Watts se apagó detrás de nosotros:

—La esposa de Steve Logan está en el hospital, y si él escucha este comunicado deberá hacer todos los esfuerzos posibles por...

Entonces no se oyó nada más y nos encontramos en medio de la columna de vehículos que seguían avanzando por Central.

—Trate de no preocuparse por ella —murmuró Lillian—. Debe hacer un esfuerzo, Steve.

Yo tenía un nudo en la garganta. Watts había dicho algo acerca de Ruby y yo no podría saber nunca de qué se trataba. Apreté el acelerador, conduciendo por el centro de la calle.

—Vaya más despacio, compañero —dijo Angers—. Nos detendrán por exceso de velocidad.

—¡Tengo que ver a mi esposa!

Él se inclinó sobre el respaldo del asiento y apoyó la mano sobre mi hombro.

—No se trata de nada importante —manifestó—. Usted está excitado, y eso es todo. Cualquiera se pondría en ese estado después de escuchar un mensaje como ese. Ahora saldremos de la zona comercial. No debemos permitir que nos detengan, porque yo tengo que construir el hospital, ¿recuerda?

—¡El hospital! ¿No se da cuenta de que es una locura? Usted no puede pensar en hacer semejante cosa. ¡Nunca adelantará un paso su maldito hospital!

Doblé con el auto hacia la izquierda y enfilé hacia el norte por First Street.

Angers permaneció callado.

—Cálmese, Steve —murmuró Lillian—. Tiene que calmarse.

—Sí, sí —contesté.

—Todo depende de esto —afirmó Angers—. Siga conduciendo por esta calle. Este es un lugar bonito y tranquilo.

—Naturalmente —respondí, y ahora la amargura se reflejó en mi voz. Giré la cabeza hacia Lillian y vi que ella me estaba mirando. Meneó imperceptiblemente la cabeza y volvió a morderse el labio. Ella no sabía cómo reaccionaría Angers si yo empezaba a comportarme tercamente. Bien, yo tampoco me sentía muy seguro al respecto. Pero estaba empezando a saturarme. Claro que la vida es algo precioso.

Pero después de un tiempo uno empieza a no darle valor. Uno puede llegar a un estado de excitación en el que le importe un bledo todo lo que ocurra. Y yo estaba empezando a opinar así. Tenía que ver a Ruby, tenía que averiguar qué estaba sucediendo en el hospital.

Ahora conducía a gran velocidad, pero entonces recordé que quizá Lillian intentaría escapar. Esto era algo importante. Yo ya no creía que pudiese tener éxito, y ni siquiera quería que lo intentase. Probablemente la muchacha no pensaba en otra cosa. Doblé hacia la bahía. Empezamos a bordear el inmenso parque que hay en esa zona. La gran extensión de césped tenía un tono gris, apagado y frío, en medio de la oscuridad. Más allá se veían las luces de Tampa, que brillaban con destellos rojos y esfumados contra el negro cielo de la noche, del otro lado de la bahía. Ahora el aire oía a sal y desde la bahía llegaba una brisa refrescante que no amainaba. Por esa calle no había mucho tránsito.

—Necesito esto —comentó Angers—. Los paseos en coche son buenos para el cerebro. Uno piensa mejor. Por lo menos a mí me producen ese efecto. Supongo que se trata de la marcha del coche.

—Claro.

Estiré la mano y apreté fuertemente el muslo de Lillian. Repetí la maniobra dos veces, y señalé enfáticamente la portezuela. Ella volvió a estrujar mi mano con sus dedos fríos.

Por el espejo retrovisor descubrí que Angers estaba recostado contra el respaldo del asiento, con la cabeza echada hacia atrás.

Empecé a disminuir poco a poco la velocidad del coche. Ya estábamos llegando al final del parque, donde la calle doblaba hacia la izquierda para bordear la costa. En el lugar donde terminaba el parque, y hacia la derecha, había muchos matorrales espesos y palmeras.

Volví a tocar la pierna de Lillian, y con la mano hice una serie de indicaciones, apuntando hacia adelante, describiendo una curva y haciendo ademán finalmente de abrir la portezuela del coche. Ella estaba muy rígida en el asiento. La miré y me di cuenta de que había entendido. Quizá la estaba enviando a la muerte, pero sabía que teníamos que correr ese albur. De todos modos era probable que ella muriese, y esta era una oportunidad que tenía que aprovechar. Yo no quería que lo hiciese. Pero sabía que era lo único que podíamos intentar. Era imposible prever lo que sucedería si ella tenía éxito.

Me acerqué al costado derecho de la calle, disminuyendo la velocidad, con una mano suavemente apoyada sobre el muslo de Lillian, reteniéndola y a la expectativa.

—¿Sabe una cosa, compañero? —manifestó Angers—. También tengo que buscar el terreno para la edificación. Debe estar situado en una zona céntrica.

—Es cierto —asentí.

Mantuve la mano sobre la pierna de ella y nos acercamos a la curva. Un coche nos pasó, alejándose velozmente. Me acerqué al borde de la acera situada a la

derecha. Los matorrales casi rozaban el costado del coche. Y entonces empecé a doblar. Le pegué una palmada en el muslo y la empujé hacia la portezuela.

Lillian tiró hacia abajo de la manija de la portezuela. Esta se abrió, y antes de que yo hubiese terminado de doblar, la muchacha había saltado del coche. Primero corrió un poco en dirección paralela a la que llevábamos nosotros, y después se desvió hacia los matorrales.

Clavé el pie sobre el acelerador, apretándolo contra el piso.

—¡Lillian! —gritó Angers.

La portezuela se cerró con un golpe y el coche empezó a tomar velocidad. Era un coche viejo, y el motor estaba exhausto. El exceso de gasolina lo ahogó, y yo comencé a maldecir.

—¡Deténgase, Steve! Detenga el coche.

Yo seguí acelerando.

Angers bajó la ventanilla de su lado, se inclinó hacia fuera, y la Luger rugió por encima del ensordecedor rugido del motor. Miré una vez hacia atrás, escudriñando el camino. La vi correr, con el vestido blanco claramente recortado contra la noche. Ella estaba bordeando los matorrales en dirección a las palmeras.

Oí que el arma disparaba y después enmudecía. Angers se echó contra el respaldo del asiento.

—¡Descargada! —dijo—. ¡Maldita mujer!

Ahora viajábamos a mucha velocidad, a lo largo del muro de la costa. Y la pistola de Ralph Angers estaba descargada.

El camino seguía bordeando la costa a lo largo de más o menos una milla y media. Estábamos en un barrio residencial y hacia la izquierda había grandes mansiones que se levantaban frente a la bahía. Ocasionalmente surgían de la costa largos muelles, y había embarcaciones amarradas a algunos de ellos. Decidí alejarme lo más posible de Lillian antes de intentar hacer algo. No podía permitir que cargase nuevamente la pistola. Los neumáticos patinaban sobre el pavimento resbaloso y después volvían a encontrar apoyo.

—¡Detenga el coche, Steve! —ordenó Angers. Estiró la mano y me tomó por el hombro—. Lillian se ha quedado atrás. ¡Detenga el coche!

Muy bien. Decidí detener el coche. Clavé los frenos con todas mis fuerzas y perdí el control del cupé.

Patinamos hacia la izquierda, nos subimos a la acera y zigzagueamos como locos sobre un amplio y hermoso jardín. Les erramos por poco a dos cocoteros y tironeé del volante.

—¡Steve! —le oí gritar a Angers. Algo me golpeó en la parte posterior de la cabeza.

Entonces solté el volante. Me volví en el asiento y me abalancé sobre Angers. Me golpeó con la pistola, gritando algo. El coche volvió a bajar a la calle, marchando ahora a menor velocidad, y enfiló hacia el paredón de la costa. Chocó contra el bajo muro, trepó sobre él, lo siguió y se detuvo con un chirrido, balanceándose. La portezuela de la derecha se había abierto nuevamente, y el coche estaba inclinado hacia allí.

Angers estaba montado sobre el respaldo del asiento delantero, y empezamos a resbalar hacia el agua. Nosotros solos, sin el auto. Yo traté de sostenerme, pero pasamos por la portezuela y caímos directamente a la bahía.

Caímos en un lugar donde el agua tenía un poco más de medio metro de profundidad. Yo sabía que uno o dos pasos más allá de la barranca el agua era mucho más profunda.

—¿Qué le ocurrió, Steve?

Me abalancé sobre él. Estaba apoyado contra el paredón. Pero no conté con la pistola. Traté de esquivarla, pero él la descargó contra mi frente. Me castigó la cabeza con la Luger, una, dos veces. Me tambaleé hacia atrás y caí. Eso era tremendamente doloroso. Oí que él hablaba, pero no alcancé a distinguir las palabras.

Yo seguía esforzándome por levantarme, pero el fondo era borroso y resbalaba constantemente. Caí hacia donde el agua era más profunda. Me arrastré en dirección al muro de la costa y vi que él estaba llenando el cargador de la maldita pistola,

mientras me hablaba. En medio del dolor que me atormentaba la cabeza le oí decir:

—No debería haber hecho eso, Steve. No se comporte en esa forma. Sé que se pone nervioso, pero no hay ningún motivo para que se desahogue con su compañero, Steve.

Alguien gritó desde arriba:

—¡Eh! ¿Hay alguien ahí abajo?

Ninguno de nosotros contestó. Me acerqué a Angers. Él estaba terminando de llenar el cargador. No podía moverme con rapidez sobre el fondo lodoso y mis pies resbalaban una y otra vez. Oí que el esfuerzo y el fracaso me hacían sollozar. Sollozaba mientras él estaba de pie contra el paredón, guardando la caja de proyectiles en su bolsillo e insertando el cargador en la culata de la Luger.

—Venga, Steve —dijo—. Ahí hay una escalera.

Nos encontrábamos cerca de un muelle y yo seguía oyéndome sollozar. El coche estaba montado sobre el muro de la costa, con el radiador inclinado hacia abajo, con el costado derecho asomado sobre el agua y con la rueda derecha atascada sobre el muelle de madera. Si el muelle no hubiese estado allí, habríamos caído hasta el fondo. Maldito muelle...

—Venga, compañero. Suba por la escalera.

Angers me empujó hacia la escalera y yo empecé a subir. Todavía estaba muy aturdido por los golpes que me había pegado con la pistola. Esperé a que yo llegase al muelle, y entonces dijo:

—Siga adelante, compañero. Camine hasta la calle.

Era un bicho astuto, después de todo. Sus ojos brillaban al pie de la escalera, mientras él permanecía con las piernas metidas en el agua. Ahora estaba alerta. Yo me alejé del rellano de la escalera y Angers subió rápidamente, mirándome.

—No debería haber hecho eso, Steve —dijo.

Un hombre se dirigió hacia nosotros. Pasamos por encima del muro de la costa y salimos a la calle. El hombre siguió acercándose. Estaba en mangas de camisa y llevaba una pipa en la mano. Tenía probablemente alrededor de sesenta años, y su expresión era de gran ansiedad. Nos miró por encima de sus gafas con montura metálica y dijo:

—¿Se encuentra bien? Ha sido un accidente terrible.

—Escuche —respondí, tambaleándome—. Vuelva en seguida a su casa.

—De modo que estuvieron bebiendo, ¿eh? —comentó el tipo.

—Los planos —dijo Angers.

—Oí el ruido... Estropearon una buena parte de mi jardín —manifestó el hombre—. Fue un accidente grave. Me extraña que no se hayan matado.

—Por favor, vuelva a su casa —insistí.

—Tendrán que denunciar lo ocurrido —continuó el tipo, sin hacerme caso—. Les prestaré mi teléfono.

—Por favor —rogué. Angers estaba cerca de mí, mirando al hombre.

Angers se encaminó hacia el coche. El tipo se volvió y le tocó el brazo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

Angers giró sin detenerse y le pegó un tiro en el pecho. Le metió una sola bala y siguió caminando hacia el coche. El viejo se desplomó sobre la acera de ladrillos. La pipa saltó de su mano y rebotó contra el muro costero. La oí hundirse en el agua con un chapuzón.

—Están a salvo —dijo Angers.

Yo le miré. Estaba junto al coche, con sus queridos planos debajo del brazo. El enorme rollo de papel había salido indemne.

—Venga —manifestó—. Nunca conseguiremos sacar el coche de aquí.

—Quizá podamos hacerlo —contesté, tratando de ganar tiempo.

—Venga —repitió Angers. Se acercó a mí, y le echó una mirada al hombre tendido sobre la acera. Desde la dirección contraria un automóvil se estaba acercando velozmente—. Cruce la calle, compañero.

Cruzamos la calle frente al coche.

—Siga caminando —indicó Angers—. Dentro de un rato habrá aquí una multitud.

Atravesamos un jardín. Nuestras ropas estaban empapadas y apestaban a olor a pescado y a lodo. Cada vez que daba un paso mis zapatos producían un chapoteo. Seguimos caminando.

El coche se había detenido y un hombre exclamó:

—Hay un hombre en el suelo. Debe haber sido un accidente.

Miré hacia atrás. Un hombre y una mujer se apearon del coche y se encaminaron hacia el lugar donde estaba el viejo. Me pregunté si estaba muerto. Probablemente sí.

—¡Eh, ustedes! —gritó el hombre. Nos había visto.

—Siga caminando —murmuró Angers suavemente—. No se vuelva y no se detenga, compañero.

—¡Eh! ¿Van a telefonar para denunciar lo ocurrido? Será mejor que se den prisa. ¡Pidan una ambulancia!

—No está muerto —manifesté. Oí mi propia voz desde algún lugar muy lejano—. ¿Entiende? No está muerto.

—Sí —contestó Angers gritando—. Vamos a pedir una ambulancia ahora mismo.

Atravesamos la amplia extensión de césped suave y dimos un rodeo por el costado de una casa inmensa. Yo estaba aturdido. Angers me había liquidado. No me quedaba nada por hacer. Me sentía vacío por dentro y completamente desanimado, sin fuerzas, sin esperanzas.

Me detuve junto al costado de la casa. Estábamos en un patio lateral que desembocaba en una calle. Alcancé a ver el sendero que se extendía frente a nosotros, con un color pálido bajo el resplandor azafranado del farol callejero. Oí que otro coche se detenía junto a la orilla.

—No puedo caminar más —le dije.

—Termine con eso, compañero. Claro que puede caminar. Tiene que hacerlo.

—Estoy agotado —murmuré.

—Se le pasará. Conseguiremos ropas limpias en algún lugar y...

—¿Ropas limpias? ¿Dónde?

—Ya las encontraremos. Ahora venga, compañero. Sigamos caminando.

Caminamos. Abandonamos el patio y salimos a la acera. Enfilamos calle arriba, caminando ahora hacia el oeste. Estábamos a una manzana y media de la costa, marchando por una calle inclinada, transversal. Por allí nos alejaríamos cada vez más del lugar del accidente. Me pregunté vagamente dónde se encontraba Lillian en ese momento. ¿Estaría a salvo? ¿Todavía estaba corriendo en busca de la policía? ¿Qué ganaríamos con eso?

Angers no parecía ni remotamente cansado. Los dos teníamos un aspecto lamentable, pero él seguía caminando con la misma decisión con que lo hacía cuando nos habíamos encontrado por primera vez. Parecían haber transcurrido años desde aquel momento. Y sin embargo había ocurrido hacía apenas unas pocas horas.

—Dentro de poco se sentirá bien —manifestó él.

—Nunca volveré a sentirme bien.

—Claro que sí. Escuche, ¿recuerda lo que le he dicho?

—¿Respecto a qué?

—A lo que ocurriría si usted intentaba huir, compañero. No lo hará, ¿verdad? ¿Por qué se comportó en esa forma?

No contesté y cruzamos una calle y empezamos a caminar por la manzana siguiente. Los árboles susurraban y se balanceaban a merced de los golpes de brisa que llegaban desde la bahía. El aire se estaba refrescando y era una hermosa noche, después de todo. Una hermosa noche de primavera.

—Lo sé —comentó Angers—. Lo excitó la actitud de Lillian, ¿no es cierto? ¿Fue eso, compañero?

Le miré fijamente. Quizá él no lo sabía, pero su mente desvariaba en una forma cada vez peor. Si hacía varios días que no dormía, lo que necesitaba ahora era descansar y dormir, lo supiese o no. El cuerpo humano tiene un límite de resistencia.

—Supongo que Lillian estaba asustada —agregó—. Con todos estos tiros e historias, no la culpo por eso.

—¿No la culpa?

—Después de todo es una mujer. No se puede pedir que una mujer soporte lo que aguantan los hombres. Ella no comprendía lo importante que es esta misión —explicó Angers. Y agregó—: Nadie parece percatarse de este hecho. Pero con el tiempo se darán cuenta. Bien, de todos modos usted nos salvó de despeñarnos por ese paredón, compañero.

No se me ocurrió nada para contestar.

—Ojalá todas las personas fuesen como usted, Steve —manifestó Angers—.

Serenas. Si no se enojasen conmigo, y no se cruzasen en mi camino... Eso es lo que hacen, Steve, y tengo que matarlas. Es la única forma de cerrarles la boca. En realidad no es nada complicado. Si por lo menos entendiesen... Es tan inmensamente sencillo.

«Oh, inmensamente», pensé. Lo miré a hurtadillas y vi que estaba tratando de pensar. Su rostro permanecía inexpresivo, pero con las horas yo había aprendido a descubrir cuándo los engranajes giraban en su cerebro revuelto por la locura. Estaba tratando de aferrarse a algo para poder darme una explicación.

—Ese viejo no estaba enojado con usted —comenté.

—Claro que sí. Estaba enojado por lo que le habíamos hecho a su jardín. Se estaba preparando para decirnos cuánto le debíamos por haberle estropeado el césped. No le entendía. A veces razonaba en una forma completamente normal.

—Además quería detenerme —continuó Angers—. Era un obstáculo. Quería hablarme de sus problemas. No me interesan los problemas ajenos, Steve. Me basta con los míos.

Seguimos caminando, cruzamos otra calle y marchamos por la manzana siguiente. Ahora el frescor estaba empezando a hacerse más penetrante. El viento traía desde muy lejos el gemido apagado de una sirena que gradualmente se iba haciendo más potente. La ambulancia.

—Quizá no murió —comenté—. Me refiero a ese viejo. Quizá lo salvarán.

—Si no murió —contestó Angers—, esta será una lección que no olvidará en toda su vida.

—Supongo que tiene razón.

—Claro que tengo razón. Me dijeron que trabajaba demasiado. Estaban equivocados. Siempre se equivocan. No comprendían cuántos sacrificios puede soportar el cuerpo humano. Y tampoco lo descubrirán, porque no tienen el coraje necesario para hacer la prueba. Me dijeron que necesitaba un descanso. Muy bien. ¿Pero quién haría el trabajo? Solo yo. Los fondos permanecían intactos. Lo único que querían hacer era hablar, o quedarse sentados y llenar sus bolsillos. Eso era todo. De modo que seguí trabajando y todavía lo estoy haciendo. Construiré el hospital, Steve, y les daré una lección.

Caminamos durante un largo rato entre los árboles, y la luz de los faroles callejeros parpadeaba entre las ramas. A veces nos cruzábamos con alguna persona que pasaba caminando. Nadie nos prestaba atención. Había gente sentada en las galerías, jugando a las cartas, o conversando, o simplemente descansando. A ratos se oía la música que llegaba desde alguna radio encendida en una de las casas. De vez en cuando un coche pasaba velozmente, y yo había oído enmudecer la sirena que después de un rato había vuelto a tomar volumen para perderse en dirección al centro de la ciudad. Llevarían al hombre al mismo hospital en el que se encontraba Ruby. Quizá estarían incluso en el mismo piso, y hasta era probable que él la viese.

Ahora nos encontrábamos en un barrio residencial muy tranquilo. Era una de las

zonas más aristocráticas de la ciudad. Las casas eran inmensas, con extensos jardines y con grandes robles cubiertos de musgo de Florida. Las altas palmeras reales se alineaban en las aceras como flacos gigantes grises que vigilaban el religioso silencio.

Angers tenía todavía la pistola en la mano, apretada contra la pierna y balanceándose al compás de su marcha. Debajo del otro brazo llevaba el rollo de papel. Su paso era siempre el mismo, con un balanceo de hombros, rápido, como si verdaderamente se hubiese estado encaminando hacia algún lugar definido. Y quizá tenía efectivamente una meta.

Entonces se detuvo. Yo hice otro tanto y le miré.

—Escuche —dijo—. Escuche eso.

Yo presté atención, pero no oí nada. Un pálido farol callejero le iluminaba el rostro.

—¿Oye?

—No. Quizá es el viento.

—No me refiero al viento, compañero. Haga un esfuerzo y escuche.

¿Qué otra cosa podía hacer? Me pareció oír la melodía de un piano que llegaba desde algún lugar. Eso era todo. Quizá se trataba de una radio. Yo no me sentía seguro. La música era muy débil. Pero sí, efectivamente era un piano.

—No oigo nada —respondí. Me sentía descompuesto. Al diablo con todo.

—Espere. ¿Oye ese piano?

—Claro que lo oigo.

—Es maravilloso, compañero.

—Está bien —asentí—. Es maravilloso. Quizá se trata de una radio.

—Es un piano —contestó él, meneando la cabeza.

Se quedó mirándome bajo el farol callejero, y escuchaba con la cabeza ligeramente inclinada hacia un costado. Les aseguro que era todo un espectáculo. Un bonito espectáculo, si se tiene en cuenta lo que yo sabía acerca de aquel tipo.

—Tengo que encontrarlo.

Maldición.

—Me gustaría saber dónde está —escuchó durante otro rato—. La música viene de algún lugar situado en esa dirección. Sígame.

—¿Por qué?

—¿No oye lo que están tocando?

Ahora me había inducido a escuchar. Los dos nos detuvimos y prestamos atención. No pude especificar qué estaban tocando. Lo único que escuchaba era una vaga melodía interpretada en un piano, y eso era todo.

—Es *Bailando en la oscuridad* —manifestó.

Esta vez le miré fijamente. Pero nunca se podía descubrir nada. Era imposible.

—Dese prisa —exclamó—. Tengo que averiguar de dónde viene.

Avanzamos por la acera. Angers me empujó para que subiese al césped.

—Camine sin hacer ruido —dijo—. Trate de descubrir de dónde viene. Es algo

hermoso. Esa es mi melodía favorita, y de todos modos es maravillosa. ¿La oye, compañero?

—Sí —contesté—, la oigo.

Bien, avanzamos por la calle en esas condiciones, caminando sobre el césped para no hacer ruido. Solo se oía el roce de nuestras suelas. Allá reinaba el silencio de los barrios residenciales en las primeras horas de la noche, y desde algún lugar llegaban los compases de *Bailando en la oscuridad* interpretados al piano. Efectivamente, esa era la melodía. Ahora que él me lo había dicho, la había reconocido. Pero todavía era tan débil y lejana que apenas cosquilleaba los oídos. A ratos le miraba de reojo mientras caminábamos, pero su rostro no me indicaba nada.

Era extraña la persistencia que ponía en la historia de su hospital, y sin embargo cualquier detalle que surgía ante nosotros lo desviaba por una tangente. Yo me sentía un poco más desanimado que de costumbre desde que Angers me había recordado que no debía intentar huir. Después de todo él conocía mis intenciones, y el episodio de la bahía no había contribuido a mejorar la situación. Cielos, cuánto lamentaba que el coche no se hubiese precipitado al agua. Quizá habría rodado sobre la parte menos profunda y se habría hundido donde las aguas eran verdaderamente hondas. Quizá él se habría quedado allí abajo, o por lo menos habría perdido su maldita pistola. Entonces se me habría presentado una oportunidad. Pero tal como estaban las cosas, cualquiera que se atreviese aunque solo fuera a fruncir la nariz delante de él, estaba perdido.

—No se hace más fuerte, Steve —comentó.

—Tiene razón. Abandonemos la búsqueda.

—No, compañero. Tengo que saber de dónde viene.

Me rozó el brazo y seguimos caminando lentamente por los jardines que se extendían frente a las grandes mansiones. Rogué que la melodía se interrumpiese. Si enmudecía en aquel momento, él no sabría hacia dónde marchar y podríamos olvidarnos del asunto.

—Escuche —dijo.

Nos quedamos inmóviles y volvimos a escuchar. Sí, ahora se oía mejor la música.

—Venga.

—Está bien —respondí. Estaba cansado. Todavía apestábamos con el olor del fondo barroso de la bahía. El lodo se había pegado a mi pelo, y ahora se estaba secando un poco. Nuestras ropas estaban impregnadas de limo. Todavía tenía los pantalones mojados, pero ya estaban empezando a ponerse duros.

Cuanto más cansado estaba, más me preocupaba por Ruby y por todo lo demás. Me parecía que aquella aventura había empezado hacía siglos, pero entonces recordaba que esa misma mañana había estado con Ruby y había decidido cobrarle mi dinero a Aldercook amenazándole con la pistola, y esto me atormentaba aún más.

—Viene desde el otro lado —manifestó Angers—. Venga, compañero, cortaremos camino por aquí.

—Diablos, no es más que un piano —exclamé.

Él se volvió y me miró con los ojos un poco vidriosos. La llamita de la locura estaba brillando en el fondo de las pupilas.

«Te estás poniendo nervioso —pensé—. Deja de pensar. No es bueno para tu salud». De modo que cuando me hizo una seña le seguí en silencio.

Cruzamos otro jardín debajo de algunos pinos y el terreno estaba húmedo y blando debajo de nuestros pies. Llegamos a los fondos de una casa enorme y vi a un hombre y una mujer sentados en la cocina, brillantemente iluminada, bebiendo café y comiendo un trozo de pastel. La mujer estaba hablando con la boca llena y blandía el tenedor delante del hombre, con el codo apoyado sobre la mesa.

Las notas del piano resultaban ahora mucho más claras. La interpretación era buena, pero quizá un poco mecánica. Había algo que sabíamos con certeza: no se trataba de una radio. Angers había acertado en esto.

—Por aquí —dijo.

Entonces empezamos a caminar por los jardines traseros. Y hay algo que debo aclarar, aquellos jardines eran verdaderos parques. Nunca había visto antes algo parecido. Indudablemente se podían comprar muchas cosas con dinero. Sí, dinero. Bien, esa era la situación y yo tenía aproximadamente veintiséis dólares, ¿no es cierto? El dinero había perdido su valor. Si los billetes que tenía hubiesen estado secos podría haberlos usado para encender cigarrillos, y esto no habría tenido ninguna importancia.

No cesaba de pensar que lo que había ocurrido en la bahía había sido muy extraño. Él había aceptado mi embestida como algo normal. Era cierto que ahora estaba un poco más alerta, pero simplemente creía que yo me había excitado. Me pregunté si esto era verdaderamente lo que pensaba.

—Está al otro lado de la calle —dijo.

De modo que cruzamos algunos jardines más y atravesamos la calle bajo la luz de los faroles. La melodía del piano partía de una casa situada media manzana más adelante. Era fácil de situar. Ahora las notas se oían con toda claridad.

—Cielos, qué maravilla —exclamó—. Venga, compañero.

—¿Por qué no nos quedamos aquí y escuchamos?

—Tengo que ver quién toca el piano.

Empecé a experimentar una sensación extraña en la boca del estómago. Ya hubiera tenido que estar acostumbrado a eso.

Avanzamos por la acera y poco después llegamos al frente de la casa. Si algo diferenciaba a las mansiones de esa calle, esto consistía en que eran más amplias y lujosas y en que tenían jardines más extensos y con más árboles que las que habíamos dejado atrás.

La casa se levantaba en la curva de un camino interior en forma de U, y las únicas

luces que alcanzábamos a ver a través de los árboles partían de una inmensa habitación con paredes formadas por ventanales, parecida a un solarío, situada hacia la derecha.

—Venga, compañero —dijo Angers. Su voz era dura y suave como el vidrio. Esperó hasta que yo estuve a su lado y entonces empezamos a atravesar el jardín. Pasábamos debajo de pinos y cedros. El césped estaba cubierto por una resbalosa alfombra de agujas de pinos, y cada tanto uno tropezaba con una piña que saltaba y rebotaba por el suelo.

Entonces la melodía se interrumpió.

Angers se detuvo como si le hubiesen pegado, y me miró.

—Espere —murmuró.

Aguardamos durante un minuto. Entonces la persona que estaba tocando el piano empezó a hacer sonar una tecla lentamente, una y otra y otra vez. Angers me hizo una seña y seguimos acercándonos a la habitación iluminada. Las luces eran tenues y se filtraban por la ventana con un débil resplandor anaranjado. La casa era de piedra, según yo podía ver ahora. Estas construcciones no eran muy comunes en la ciudad y este solo detalle era un indicio de riqueza. Bien, atravesamos el camino interior y la persona que estaba dentro siguió golpeando lentamente la misma tecla. Esto, sumado a todo lo demás, empezó a crisparme los nervios.

Junto a la habitación había unos grandes arbustos recortados en forma oval, con espacios intermedios. Entre los arbustos el terreno estaba despejado y cubierto por las sombras, segregado del césped recién cortado.

Le tomé por el brazo.

—Escuche, no tenemos necesidad de hacer esto.

—Debo ver a la persona que toca el piano.

—Quiquiera que sea, ahora está jugando —manifesté—. ¿No oye? ¿Qué importancia tiene esto?

Entonces la persona que estaba en la habitación empezó a interpretar nuevamente *Bailando en la oscuridad* y sentí que el brazo de él se ponía tenso y duro como una roca debajo de mi mano, y el rollo de papel que tenía debajo de la axila crujió y se dobló.

Yo oía su respiración. Jadeaba agitadamente, y lo que vi cuando miré sus ojos fue horrible. Entonces ya no sentí deseos de volver a mirar sus ojos.

—Venga, compañero.

Pasamos entre los arbustos y nos detuvimos junto a las ventanas. Había celosías venecianas y unos cortinados espesos, pero estos estaban corridos y teníamos el campo visual despejado.

Se trataba de una niña.

Sus pies ni siquiera alcanzaban los pedales del gran piano de concierto que estaba en el centro de la habitación. Estaba sentada sobre el borde del ancho taburete, con la espalda vuelta hacia nosotros. Los largos bucles dorados colgaban sobre su espalda y

ella seguía tocando, balanceando un poco los hombros, divirtiéndose con lo que hacía. Y además lo hacía bien. Muy bien. Naturalmente no era perfecta, pero lo hacía bien.

—¿Quiere oír eso? Escuche cómo toca —exclamó Angers—. Preste atención.

—Será mejor que nos vayamos —dije—. Ya la hemos visto. No nos quedemos aquí.

Él no contestó. Permaneció inmóvil, escuchando y mirando, y después se volvió y me hizo salir de entre los arbustos. Me daba constantemente golpecitos sobre el brazo con la pistola, como si me estuviese empujando hacia el frente de la casa. Nuestros pies hicieron crujir las piedrecillas del camino cuando llegamos a la parte del frente.

La entrada se parecía a la de un hotel. Había dos grandes puertas de vidrio y uno alcanzaba a ver un corredor muy débilmente iluminado. Alcancé a distinguir las pequeñas lámparas de luz tenue alineadas a lo largo de la pared del corredor.

—¿Qué piensa hacer? —pregunté.

—Vamos a entrar —respondió.

—Oiga, no podemos hacer eso. No podemos entrar en una casa ajena. Nos echarán a puntapiés —manifesté. Me reí, haciendo un esfuerzo, tratando de penetrar en su entendimiento, y me sentí más asustado que nunca.

—Apuesto a que está sola en la casa —dijo—. Entremos.

Me hizo subir por la escalinata que conducía al porche. Estábamos frente a la puerta. Él estiró la mano e hizo girar el picaporte. La puerta se abrió pesadamente, sin ningún ruido. Ahora podía percibir el olor de la casa. Era el olor de la riqueza.

—Escuche —murmuré—. Escuche, Ralph. No entre.

Él me dio un golpecito en el brazo con la Luger, y me miró y al mismo tiempo no me miró. Su cara era la misma de siempre; no había cambiado, pero en sus actos se reflejaba un rastro de ansiedad.

Entré. Nos encontrábamos en una especie de recibidor y él empujó la otra puerta que comunicaba con el corredor. Se abrió en la misma forma que la primera, pesada y suavemente, sin ningún ruido.

Entramos al pasillo y ahora pude oler mejor la atmósfera de la casa. Debía ser maravilloso tener una mansión como esa. Sin embargo, no sabía si resultaría satisfactorio. Eso se parecía a vivir en una biblioteca, o en un museo.

La música siguió llegando hasta nuestros oídos.

En el corredor había un espejo inmenso, y las tenues luces anaranjadas de los artefactos de pared hicieron que nos reflejásemos sobre su superficie. El susto me dejó petrificado. La distinta perspectiva me mostró en toda su plenitud la expresión enloquecida de Angers, y mi aspecto no era mucho mejor. Él tenía la cara pálida, macilenta, y llevaba el rollo de papel debajo del brazo y la pistola en la mano. Él también miró nuestra imagen y me sonrió por el espejo. Después me hizo una seña para que me adelantase.

Sabía cual era su intención. No me gustaba, ¿pero qué otra cosa podía hacer?

¿Atacarle? Naturalmente, échate sobre él.

—Venga, compañero —susurró.

Atravesamos la amplia sala, con cuadros en sombras colgados de la pared. Sobre uno de los cuadros había una luz encendida. La pequeña lámpara había sido instalada especialmente para el cuadro y resplandecía en la habitación en penumbras, iluminando un violento contraste de colores chillones. Producía la impresión de que el artista se había colocado a tres metros de la tela y había arrojado bolas de pintura contra ella con una honda. Cualquier color que tuviese a su alcance, y sin que importara dónde hacía impacto.

Pasamos por la sala y después atravesamos un pequeño recinto en el que había macetas con plantas gomeras y helechos. Finalmente llegamos a la habitación en la que estaba el piano.

Era efectivamente un cuarto inmenso, con sillones a lo largo de los ventanales. Sobre aquellos se apilaban en distintos lugares los almohadones. Había una biblioteca adosada a la pared correspondiente a la puerta por la que entramos. El resto del perímetro estaba ocupado por los ventanales. Había un gran combinado, abierto, con montones de discos apilados sobre él. Vimos más discos diseminados por el piso, junto a álbumes abiertos.

Angers entró directamente a la habitación y se encaminó hacia el piano.

La niña levantó los ojos y le vio. Después me descubrió a mí, y volvió a mirar a Angers y dejó de tocar.

—Continúa —dijo Angers.

La niña tragó saliva y vi que era lo bastante grande como para asustarse. Observó la pistola que él empuñaba y volvió a tragar saliva, sin moverse de donde estaba. Abrió la boca para decir algo, pero no consiguió articular ningún sonido.

—Toca —insistió Angers—. No te detengas, pequeña. Sigue tocando. Quiero oír cómo lo haces.

En la casa reinaba un silencio agobiador.

—¿Conocen a mi mamita? —preguntó la criatura.

—No —respondió Angers—. No conocemos a tu mamita. Toca el piano —ordenó—. Toca.

Ella se quedó sentada, mirándole. Yo no me moví. La pequeña tenía grandes ojos azules, muy redondos, y en ellos había una expresión intrigada y asustada. Quizá tenía once años y usaba un vestido blanco con limares rojos. Siguió mirando a Angers y no se movió ni un centímetro. Su boca era un pequeño redondel rosado.

—Toca, chiquilla —repitió Angers—. Toca la misma pieza. La que estabas interpretando. Adelante, pequeña.

Ella se deslizó hasta el extremo del taburete, haciendo chirriar la piel desnuda sobre la madera suave y pulida. Saltó al piso y, sin mirarnos ni a él ni a mí, empezó a caminar rápidamente hacia la puerta.

—Aquí —dijo Angers.

La criatura siguió caminando. Sus bucles dorados bailaban sobre su espalda.

Angers corrió hasta ella y la tomó por el hombro. La niña se detuvo, pero no se volvió. Él la hizo girar lentamente y ella se quedó con la mirada fija en la pistola que empuñaba Angers.

—Solo deseo oír cómo tocas —manifestó Angers—. Tienes que tocar para mí.

—No quiero seguir tocando.

—Por favor.

—No —exclamó ella. Se zafó de su mano y volvió a dirigirse hacia la puerta, sin correr pero caminando de prisa.

—Tienes que tocar —insistió Angers, alcanzándola.

Sentí que mis entrañas se crispaban.

Me acerqué a ellos y dije:

—¿Quieres ser buena y tocar para él? ¿Un poquito?

La criatura me miró con sus ojos redondos. Diablos, yo no podía hacer otra cosa. ¿Qué recurso me quedaba? La pobre chiquilla estaba aturdida por el pánico. No lloraba ni hacía nada parecido, pero no sé cómo reprimía las lágrimas.

—Ahora ven y toca —manifestó Angers, con la voz inexpresiva de siempre.

—¿Cómo entraron? —preguntó la chiquilla.

—No interesa —respondió Angers—. Entramos y eso es todo. Ahora quiero oír cómo tocas. ¿Cómo te llamas, pequeña?

—Joan.

Lo dijo sin pensarlo, mirándole.

—Es un lindo nombre —comentó él—. Acércate al piano.

Yo no me moví. Angers me miró y me hizo un guiño. Pareció el guiño de un muñeco, o quizá de un robot.

La tomó por el hombro y la condujo hasta el piano. La niña arrastraba los pies, pero él la llevó hasta donde quería y entonces ella subió al taburete.

—Toca, Joan —insistió Angers—. Toca *Bailando en la oscuridad*.

—No quiero —respondió ella, mirando las teclas del piano.

—Pero yo te lo pido.

Angers se inclinó sobre el piano y depositó el rollo de papel sobre la tapa, y después dejó la pistola, colocando la mano junto a ella. Se irguió, sin apartar la mano del arma.

—Sí... si toco para usted..., ¿volverá a su casa?

—Sí, claro que sí. Ahora toca.

Ella empezó a tocar. Pero la pieza no era *Bailando en la oscuridad*.

—Espera —dijo él, y Joan se interrumpió—. Quiero oír la otra.

Joan empezó a interpretar *Bailando en la oscuridad*. Angers se quedó inmóvil, escuchando.

La chiquilla tocaba de prisa. Lo hacía bien, sin saltar una nota, pero se apresuraba demasiado. Nadie dijo una palabra y Angers se quedó allí, escuchando. Por fin Joan terminó y levantó la vista hacia él.

—¿Ahora volverá a su casa? —inquirió.

—Vuelve a tocar —manifestó Angers—. Hazlo como antes, pero un poco más despacio. Toca bien.

—Supongo que lo interpreté demasiado rápido —comentó Joan.

—Sí.

—Está bien. Tocaré una vez más. Después tendrá que volver a su casa. Esto no le gustará a mamita.

Angers no dijo nada. Se quedó mirándola.

Ella volvió a tragar saliva, levantó ambas manos para apartar los bucles del cuello, donde se habían humedecido un poco, y empezó a tocar nuevamente.

Fui a sentarme en uno de los sillones adosados al ventanal. Si sus padres volvían a la casa y nos encontraban allí, ocurriría una tragedia. La miré y empecé a rezar.

Angers continuaba junto al piano. No se había movido. Estaba escuchando y en su rostro no se reflejaba ninguna emoción. Ninguna. Mientras ella tocaba, él recogió su pistola, fue a buscar una silla, la arrastró hasta el piano, y la colocó mirando hacia la pequeña. Entonces se sentó con la Luger en la mano, observándola y escuchando.

Se veía en los ojos de ella: era una especie de miedo terrible que lentamente iba creciendo en el interior de su cerebro. Si hubiese sido bastante mayor, probablemente habría empezado a gritar. Si hubiese sido más pequeña, quizá ni siquiera se habría asustado. Aquel habría sido un motivo de diversión. Pero tenía la edad exacta en que todo hacía efecto en su sensibilidad. Salteó una nota.

Le miró como si acabase de cometer un delito imperdonable. Angers no movió un músculo. Joan retomó la melodía donde la había dejado, y salteó la misma nota. Entonces repitió el trozo y por fin lo sacó correctamente y continuó tocando. Ahora sus manos estaban empezando a temblar.

—Bueno —dijo cuando terminó—. ¿Es así cómo le gusta?

—Sí —asintió Angers—. Fue maravilloso, Joan. ¿No te parece que es una pieza muy bonita?

Ella hizo un gesto de asentimiento, echó sus bucles húmedos hacia atrás, tragó saliva y empezó a apearse del taburete.

—Vuelve a tocar —pidió él.

La chiquilla se quedó tal como estaba, salida a medias del taburete. Le miró y las lágrimas empezaron a brotar.

—Date prisa —exclamó él—. Quiero volver a oír la pieza. Toca el piano, simplemente.

Joan volvió a trepar al taburete y se quedó sentada mientras las lágrimas rebalsaban las pestañas y empezaban a correr por sus mejillas. Ella se volvió y me miró y yo bajé la vista.

—¿No le parece estupenda, Steve? —preguntó Angers—. Me refiero a su técnica de interpretación.

—Sí. Pero quizá está cansada.

—Estoy cansada —dijo ella—. Por favor, estoy cansada. Mamita...

—Vuelve a tocar, Joan —insistió él—. No estás cansada, y tú lo sabes. Vaya, ¿quién podría cansarse? ¿Usted está cansado, compañero? —preguntó, volviéndose hacia mí.

—Sí.

—Es obra de su imaginación.

—Yo estoy cansada —repitió Joan—. Mamita volverá a casa y...

—Vamos, Joan. Toca el piano. Toca *Bailando en la oscuridad*, Joan.

La chiquilla volvió a mirarme y yo hice un gesto afirmativo con la cabeza. «Por favor, chiquilla —pensé—, toca el piano hasta que te salga sangre de los dedos. No dejes que nada te detenga. Por lo menos hasta que él te lo ordene».

Joan empezó a tocar nuevamente y eso siguió y siguió y siguió. Ella se detenía y le miraba, y Angers sonreía y la chiquilla volvía a empezar. Era un espectáculo macabro. Finalmente ella empezó a saltar las notas constantemente, con regularidad. Pero esto parecía haber perdido toda importancia para Angers. Le bastaba con que ella tocara. Permanecía sentado, mirándola, y cada tanto hacía un ademán de aprobación con la cabeza, cuando un pasaje le parecía particularmente satisfactorio. Angers no daba la menor muestra de cansancio.

La pequeña seguía tocando, y ahora se doblaba sobre el teclado. Lloraba y sollozaba y se equivocaba en todas las notas. Sus sollozos se mezclaban con la melodía.

—Escuche, Ralph —dije—. Será mejor que nos vayamos. Deje descansar a la pobre criatura.

«Quizá si lo trato como a un tipo normal...», pensé. Pero ya lo había intentado. Era inútil.

—No —contestó él—. Vaya a sentarse.

—Pero, Ralph...

—Quédese tranquilo. Quiero oír cómo toca.

Joan oyó nuestras voces y levantó las manos del teclado.

—Toca —dijo Angers dulcemente.

Ella sacudió la cabeza, mirando las teclas. Estaba temblando incontinentemente, y era evidente que apenas podía mantenerse sobre el taburete.

Angers se incorporó, levantó la pistola y descargó un golpe sobre la tapa del piano. El llanto de la criatura se hizo más desgarrador.

—¡Toca! —gritó—. ¡Toca el piano!

Me puse en pie y avancé hacia él. No pude evitarlo.

—¡Eh, Ralph! —exclamé.

Él se volvió lentamente hacia mí, sin mostrarse sorprendido, y yo seguí hablando lo más tranquilamente posible, bajando la voz.

—¿Qué haremos con su hospital, Ralph? No nos queda mucho tiempo. Ellos tratan de detenerle y si usted quiere demostrarles que están equivocados, será mejor que se ocupe del hospital.

Angers avanzó hacia mí. Sus ojos no reflejaban nada. Entonces murmuró:

—Tiene razón, compañero. Será mejor que nos vayamos. Quiero telefonar a una agencia de propiedades.

Joan seguía sentada sobre el taburete del piano.

Angers fue a recoger el rollo de planos y miró a la chiquilla.

—Gracias, Joan —dijo—. Fue hermoso.

Ella no le miró. Angers me hizo una seña y salimos de la habitación y de la casa.

No se oía ningún ruido. Solo el viento que soplaba arriba, entre los pinos.

Estábamos en el jardín lateral, caminando hacia la calle, cuando un coche entró por el camino de piedrecillas y se acercó por el otro lado de la casa. Se detuvo delante de la puerta de entrada y esta se abrió bruscamente y la chiquilla bajó por la escalinata, gritando:

—¡Mamita! ¡Mamita!

Una mujer salió corriendo del coche y se arrodilló y la criatura se echó entre sus brazos.

—Dese prisa —dijo Angers—. Por aquí.

—¿Adónde?

—A esa casa.

Me empujaba a través del jardín, entre los arbustos y los árboles, y después a través de otro extenso jardín. Se trataba de la casa vecina a aquella en la que habíamos estado. Era tan amplia como la primera y estaba a oscuras. No había absolutamente ninguna luz encendida.

Yo trataba de buscar una oportunidad para saltar sobre él y arrebatarle la Luger. Pero Angers no estaba dispuesto a correr más riesgos, como lo había hecho en el auto. Y se movía rápida y cautelosamente. Siempre me mantenía dentro de su campo visual. Quizá yo era su compañero y todo lo demás, pero la desconfianza, sin duda, acechaba en su cerebro.

Sabía que ahora la chiquilla le contaría todo a su madre y que la zona sería invadida por la policía. Era una oportunidad estupenda. O por lo menos esto fue lo que pensé.

El único problema consistía en que yo no quería morir. Es algo que se apodera de uno. Estaba tan asustado que el miedo se había convertido en mi forma de vida.

Ya habíamos llegado a la casa. Entre los árboles vimos que las luces se encendían en la otra mansión, sucesivamente, a medida que alguien caminaba a través de las habitaciones y accionaba los conmutadores. Quizá pensaban que todavía estábamos allí.

—Está clausurada —dijo Angers.

—¿Qué?

—La casa, compañero. Todas las persianas están cerradas, ¿ve?

Tenía razón. El dueño de la casa se encontraba probablemente en el Norte. Todas las ventanas tenían las celosías cerradas y el césped estaba descuidado. Se trataba de una casa de dos pisos.

—Entraremos —dijo.

Pensé que probablemente los polizontes llegarían apenas aquella gente diese la

alarma. En realidad no tenía importancia, porque yo estaba convencido de que él se saldría con la suya.

—Está bien —asentí—. Entremos.

Él me sonrió y dijo:

—Así me gusta más, Steve. Me agrada oírle hablar así. Durante un rato usted estuvo jugando contra mí, allí dentro, ¿verdad?

—Se trataba de esa pobre criatura.

—No me refiero a eso. De todos modos ella se encuentra sana y salva.

—Bien, cuando Lillian...

—Olvédelo, Steve. Entremos a esta casa. Quizá podamos encontrar algunas ropas limpias. Quizá dejaron muchas cosas dentro.

—¿Cómo entraremos?

—Diablos, no lo sé.

Fuimos hasta la puerta y él probó el picaporte. Estaba cerrada con llave, naturalmente, y nos quedamos un rato allí. Angers estaba pensando, o por lo menos esto era lo que parecía.

—¿Sabe una cosa...? —comentó Angers—. Esa chica tocaba muy bien el piano. Siempre me emociono cuando oigo esa melodía. Siempre, compañero. No puedo evitarlo. Me siento como si todas las cosas agradables que conocí en mi vida estuviesen volviendo a mi mente. Recuerdo muchas cosas distintas cuando oigo esa canción. Y son todas cosas buenas. Eso me produce una especie de desahogo. Casi se parece al sueño. Es como cuando uno ha dormido bien durante la noche.

Yo no tenía inconveniente en que se quedase en el porche. Todavía recordaba a la chiquilla mientras tocaba el piano. Eso era algo que recordaría siempre.

Me reí en voz alta.

—¿Qué ocurre, compañero?

—Nada. Simplemente estaba pensando —respondí. Estaba pensando en la situación en que me encontraba en ese momento. Yo había creído hacía algunas horas que la situación no podría empeorar. Ahora tenía pruebas de mi error.

Angers atravesó el porche y me miró de reojo, esperando que le acompañase. Le seguí. Estudió las ventanas. Las celosías estaban cerradas, pero cuando tiró de una, esta se abrió. Esa es la suerte que tienen. La suerte de los locos.

—Bien —dijo—, veamos qué se puede hacer.

Terminó de abrir las celosías. Estaban cubiertas de telarañas. Empujó la ventana y la encontró cerrada. De modo que levantó la pistola y el vidrio se hizo trizas y cayó tintineando a nuestros pies. Hizo todo esto con un solo movimiento.

—Bien —comentó. Estiró la mano hacia dentro y soltó la falleba y levantó la ventana. No se atascó y subió muy dócilmente—. Recoja los vidrios rotos, Steve —ordenó—. Tírelos al interior de la casa.

Me miró y yo titubeé. Después recogí los cristales y los arrojé hacia adentro. No hicieron ningún ruido al caer. Fue como si los hubiese lanzado a un pozo oscuro y se

hubiesen desintegrado.

—Muy bien —manifestó—. Entremos. Pase delante.

Entré y él me siguió rápidamente.

—Esto no me gusta —dijo Angers—. No podremos ver.

—No muy bien —asentí, pensando que quizá ahora se presentaría mi oportunidad.

—Bien —murmuró.

Permanecimos un rato en el mismo lugar, sin movernos. El resplandor que llegaba desde la calle iluminaba débilmente el cuarto, y esto era suficiente. Si yo intentaba moverme él me vería.

—Necesitamos una luz —dijo—. Por el momento es lo principal. Ahora, Steve, camine delante de mí y trate de encontrar la cocina.

Dejó caer el rollo de planos sobre una silla. Miré a ese hombre que estaba erguido frente a mí, y me pregunté qué pensaba.

—¿Por qué quiere encontrar la cocina? —inquirí.

—En una casa como esta —respondió—, deben tener una linterna guardada en algún lugar.

Me dio un golpecito en la espalda con la Luger. Supongo que no fue más que un gesto cordial. Caminé a través de la habitación y todo parecía negro o gris, pero sin embargo uno podía ver los contornos de las cosas. Me encaminé hacia una arcada que parecía conducir hacia algo que daba la impresión de ser un corredor. Allí la oscuridad era total. Si conseguía que él entrase en el corredor conmigo quizá se me presentaría una oportunidad. Angers no podía ver mejor que yo.

Llegamos a la arcada y sentí que el caño de la pistola se apretaba contra mis costillas.

—Me duele hacer esto, compañero —manifestó Angers—, pero usted entiende cuál es la situación.

No contesté.

—Esto me hace sentir ridículo, compañero... —agregó—, pero después de lo que sucedió en el coche usted me tiene intranquilo. En esta forma me siento más seguro, y ninguno de nosotros se excitará innecesariamente. ¿Le parece bien, compañero?

—Naturalmente —respondí.

Miré hacia la oscuridad. Me pareció que había llegado el momento de que él actuase. Casi deseé que apretase el disparador. Quizá erraría, o simplemente la bala me rozaría la piel. «Claro —pensé—, solo me rozará la piel..., será una herida superficial». Así ocurre siempre, cuando la víctima se vuelve y arranca la pistola de la mano de su enemigo y los dos hombres forcejean y se zambullen sobre el arma y quizá la víctima le pega en la cabeza con la culata a su adversario. Y después sale triunfante. «Claro que sí —pensé—. Adelante, Logan, date vuelta...».

—Usted me salvó la vida —manifestó Angers—. No lo olvidaré nunca. Desearía que usted tampoco lo olvidase. Necesitaré ayuda y tengo que tener cerca una persona con la que pueda conversar y que entienda cuáles son las dificultades que se cruzan en mi camino. Todos tratan de impedir que termine lo que he planeado. Usted lo sabe. ¡Pero le juro que lo haremos!

—Naturalmente.

—Siga adelante —dijo Angers—. Simplemente quise que lo recordase. Ahora tenemos que encontrar la cocina.

Se trataba de una habitación amplia sin celosías en las ventanas, de modo que la luz de un farol callejero situado a alguna distancia barrió con todos los planes que yo pude haber trazado. Aunque esto no significaba que hubiese trazado alguno. Pero me sentía constantemente rebelado. Quizá no bastaba con la rebelión. A todo lo largo del corredor oscuro él había mantenido esa maldita pistola apretada contra mi espalda, y había respirado sobre mi nuca. A un costado de la cocina había una alacena con mucho espacio para cajones. Ahí fue donde encontramos la linterna. Ese tipo no erraba nunca. Había tres linternas.

—Bastará con una —dijo Angers.

—Solo una de ellas funciona —le informé, después de haberlas probado.

—Enciéndala solo cuando la necesite. Tenemos que volver a la habitación delantera para cerrar la persiana.

—Está bien.

—Indudablemente la policía vendrá a husmear por aquí —dijo Angers—. Pero no nos encontrarán.

Volvimos a la habitación delantera y esperé mientras él se encaminaba hacia la ventana para cerrar las celosías. Se detuvo con una mano estirada hacia la celosía, sin perderme de vista.

—Venga aquí, Steve..., ¡pronto! —exclamó, volviéndose hacia mí.

Me acerqué a él.

—Al porche —susurró—. Pronto.

—Pero...

—¡Salga! —la pistola se apretó fuertemente contra mi flanco. Salí al porche por la ventana y él me siguió—. ¡Agáchese junto a la baranda! —ordenó.

Yo me agazapé y entonces empecé a maldecir interiormente. Alguien se estaba acercando a través del jardín, lentamente, pasando de un árbol a otro. Y quienquiera que fuese esa persona, usaba un vestido blanco. Lillian. Me puse tenso, y la pistola se clavó entre mis costillas.

—¿Le gustaría verla huir, no es cierto, compañero?

No dije nada.

—No haga ningún ruido —ordenó.

Ella se acercó al costado de la casa, mirando la ventana que habíamos roto. No alcanzaba a vernos agazapados en la sombra de la balaustrada. Me pregunté qué se proponía hacer. Bien, fuera lo que fuese, estaba liquidada.

Avanzó por el costado del porche y después se deslizó bordeando la baranda del frente, sin desviar los ojos de la ventana. Se aproximó a nosotros, tocando la balaustrada del porche con la mano. Llegó casi hasta donde estábamos y pudimos ver su rostro claramente. Angers no se movió.

Lillian se quedó mirando la ventana, con una mano sobre la baranda del porche. No nos separaba una distancia mayor de dos metros y medio. Ella se acercó un poco más, sin dejar de mirar, y su rostro estaba tenso. Sus dientes se clavaban en su labio inferior. En una oportunidad algo hizo un ruido en el jardín, detrás de ella, y se volvió como si la hubiesen pinchado.

Entonces estudió nuevamente la ventana, escuchando. Avanzó un paso más y Angers se irguió y estiró la mano y la tomó por el brazo.

Lillian gritó. No fue un grito fuerte. Pero estaba cargado de miedo. Pensé que se iba a desmayar, pero me equivoqué. Angers se limitó a aferrarla por el brazo y la levantó hasta la altura de la balaustrada.

—¡Oh, Dios! —murmuró la muchacha. Repetía continuamente esa frase. No trató de resistirse porque sabía que habría sido inútil. Se arrastró contra la baranda y él la pasó por encima como si hubiese sido una bolsa de patatas.

Durante todo el tiempo yo había estado alerta, a la espera de un descuido. Pero Angers tuvo la precaución de no brindarme ninguna oportunidad. Lillian estaba entre nosotros dos y Angers me sonrió, con los ojos un poco brillantes, tal como se ponían cuando estaba excitado.

—¡Nos has seguido! —exclamó Angers—. ¡Maldita seas!

—¡Por favor! ¡Por favor! Suéltame.

—Debería matarte, Lil..., ahora mismo.

Ella sollozaba histéricamente, con los ojos clavados en los de él. Sollozaba y trataba de zafarse de su mano. Vi que él hacía un esfuerzo y la tomaba por el brazo con la mayor firmeza posible. Lillian empezó a lanzar débiles gemidos, entrecortados por los sollozos.

—Entra a la casa —ordenó él.

Le dio un empujón brutal hacia la ventana. Ella cayó despatarrada contra el antepecho. Estaba sollozando y todo su cuerpo temblaba inconteniblemente. Fue a caer sobre las rodillas, y de pronto se incorporó y echó a correr directamente hacia el otro lado del porche.

—¡Lillian!

Angers avanzó rápidamente y la cogió con fuerza. Se aferró a ella y Lillian giró con la velocidad de un latigazo. Estaba llorando y mantenía la cabeza echada hacia atrás, mirándole a la cara.

—¡Adentro! —espetó Angers.

Volvió a arrojarla hacia la ventana. Yo ya me había colocado allí y la atajé entre mis brazos.

Miré a Angers. Ahora no estaba sonriendo. Movía la pistola hacia arriba y hacia abajo como si hubiese sido la manija de una bomba de agua.

—Adentro —repitió él. Su voz resultó nuevamente seca y apagada, y siguió levantando y bajando el arma.

—Obedece, querida —le dije a Lillian—. Ven conmigo. No temas. Entra por la ventana.

Ella estaba débil y temblorosa, y trataba de decir algo. Entonces cedió y se arrastró hacia dentro.

Cuando estuvimos los tres en la habitación, Angers cerró las persianas y nos quedamos a la expectativa. Todos respirábamos agitadamente. Lillian siguió llorando, y esto me conmovió más que el oír a la chiquilla. Los sollozos brotaban de lo más profundo de su ser, y era evidente que la atormentaban.

—¿Qué querías hacer, Lillian? —preguntó Angers.

Ella estalló en sollozos frenéticos y yo la apreté contra mi cuerpo. Estaba asustada y se comportaba como una criatura. Empecé a preguntarme si alguna vez dejaría de llorar.

—Suéltela, Steve.

Retiré los brazos de alrededor de su cuerpo y la muchacha siguió llorando. Nunca vi a nadie tan asustado y desesperado como lo estaba Lillian en ese momento.

—Te pregunté qué querías hacer —insistió Angers.

—¡Oh! ¡Vete! ¡Por favor, vete!

—Las mujeres son todas iguales —comentó Angers. Pensé que podía confiar en Lil, compañero. ¿Pero se da cuenta? Usted tampoco debería pensar en su esposa, compañero. Al diablo con ellas.

Permanecí callado.

—Les..., les seguí —gimió Lillian, con voz entrecortada.

—No importa —contesté.

—¡Quiero que él lo sepa! —exclamó ella—. ¡Quiero que lo sepa!

—Lo sé sin necesidad de que me lo digas —manifestó Angers.

—No —dijo ella—. Te seguí porque... Y entonces te perdí. No podía encontrarte. Te seguí desde el lugar donde tuvisteis el accidente, pero te perdí, y durante todo ese tiempo tú estabas en la casa vecina —Lillian empezó a levantar nuevamente la voz—. ¡Oh, si por lo menos lo hubiese sabido! Te busqué por todas partes. Después te vi salir de allí y te dirigiste hacia esta casa.

—Con eso basta —la interrumpí.

Lo había entendido perfectamente, y no quería que agregase nada más. Probablemente él también lo había entendido. No tenía importancia. Pero el hecho de que siguiese hablando probablemente le saturaría hasta el punto de que la acribillaría con la pistola.

—Entonces podrías haber llamado a la policía, ¿no es cierto? —preguntó Angers—. Y tú venías a investigar para asegurarte de que nos quedaríamos aquí durante el tiempo que necesitarías para llamar a la policía, ¿no es verdad?

Ella no respondió. Sin embargo, alcancé a percibir su miedo. Parecía emanar de su cuerpo hacia el mío, y la tensión que reinaba en la casa se intensificó.

—Es una lástima —comentó Angers—. Te tomaste todo ese trabajo inútilmente.

Ella tenía razón. Ella no habría ganado mucho al abandonar el coche en la forma que lo había hecho. No habría podido comunicarle a la policía nada de verdadera importancia. De modo que tomó la persecución en sus propias manos y trató de seguirnos, de localizarnos. Pero no logró ponerse en contacto con la policía.

Nos había perdido cuando entramos en la casa vecina por culpa de aquel maldito piano.

Ahora todos nosotros estábamos bailando en la oscuridad...

Ella se habría salvado si se hubiese mantenido alejada. Esto era lo que me conmovía. Si se hubiese mantenido alejada y no hubiese sido tan terriblemente audaz. Pero en cambio había querido demostrar su valentía.

—De todos modos dos valen más que uno —comentó ella.

Le miré para ver cómo tomaba esto. Angers entendió lo que ella había querido expresar, pero no respondió nada. Uno podía decir cualquier cosa delante de él. Quizá no hacía nada porque nada había que hacer.

—Escuchen —manifestó—. Siento algo raro. No quiero matarles a ustedes dos.

Le miramos atentamente. Noté que ella se ponía rígida junto a mí.

—Usted es mi compañero —continuó Angers—. ¿No es así? Diablos —agregó—, no me obliguen a matarles. No lo hagan.

No sabía qué contestar. El tono con el que hablaba parecía indicar que se estaba conteniendo.

—Bien, ahora has vuelto, Lil —dijo inexpresivamente—. Todavía me gustas.

Probablemente eso habría carecido de importancia incluso si él hubiese visto la mirada de pánico que Lillian le dirigió en ese momento. Yo no sabía qué hacer. Quizá ella pensaba que dos valían más que uno contra Angers, pero yo no estaba de acuerdo. Solo, quizá habría tenido una oportunidad. Pero en cambio a partir de ese

momento tendría que cuidarla a ella. Esto no me gustaba. Ya era bastante complicado tener que cuidarme a mí mismo.

—¿Por qué no seguiste corriendo después de saltar del auto? —inquirí.

—Quizá debiste haberlo hecho, Lil. Quizá Steve tiene razón.

—No podía...

No sabía cómo arreglar la situación. Tenía que reconquistar la confianza de Angers. Si tenía alguna confianza en mí. Notaba algo nuevo en su actitud. Parecía haber empeorado. El ambiente estaba muy tenso. Quizá era la consecuencia del episodio de Lil, del encuentro en esas condiciones. Él no toleraba más de un desliz. Yo había cometido el mío en el coche. Ella también. Pero uno no podía prever las reacciones de aquel hombre.

Tomó su rollo de papeles y lo metió debajo del brazo.

—Ahora subiremos a buscar ropa limpia —dijo.

—Muy bien, Ralph.

No había escapatoria. No había podido atacarle porque él no se descuidaba. Incluso en el porche no había dejado de apuntarme con la pistola. Estábamos atrapados, todo lo atrapados que se podía estar. Y durante todo aquel tiempo yo trataba de no pensar en Ruby, porque el pensar en ella me enfurecía.

Esperó a que nos pusiésemos en movimiento, con el rollo de papeles debajo del brazo y con la linterna en una mano y la pistola en la otra. Estaba demasiado tranquilo.

Entramos al corredor. Junto a la escalera había una mesita con un teléfono, y Angers nos ordenó que esperásemos un momento. Nos detuvimos junto a la escalera, con el círculo de luz de la linterna enfocado sobre nuestros pies.

—Tuve que hacerlo —me susurró Lillian. Había dejado de sollozar, pero su mentón seguía temblando—. ¡Sencillamente tuve que hacerlo, Steve!

Angers había levantado el auricular.

—Funciona —comentó—. Lo usaré más tarde.

La gente acostumbraba dejar el teléfono conectado cuando salía de la ciudad. En caso contrario podía tener problemas para recuperar la línea al volver. Había demasiadas solicitudes.

Lillian y yo empezamos a subir por la escalera. Me tomó por la mano y yo deseé poder ayudarla de alguna manera. Angers nos seguía.

—Tú trataste de matarme, Ralph —manifestó ella, volviéndose y soltando mi mano.

Lillian estaba recuperando el control de sí misma, pero lamenté que hubiese dicho eso. Quizá estaba aturdida.

—No hables de eso —ordenó Angers.

Llegó hasta donde estábamos nosotros y se detuvo. Su linterna enfocaba los peldaños.

—¿Por qué hiciste eso, Ralph?

—Te pedí que cambies de tema.

Le tomé el brazo, tratando de prevenirla. Ese era el problema: Lillian estaba tan asustada que no tenía consciencia de sus actos.

—Subamos —dije.

—Tienes que tener fe... —manifestó Angers, acercando su cara a la de Lillian—. Fe en lo que estoy tratando de hacer. Tienes que tener fe —repitió—. ¡Fe!

—Naturalmente —asentí. Tiré del brazo de la muchacha.

Ella le estaba mirando, y empezó a retroceder escaleras arriba. Entonces giró en redondo y habría echado a correr si yo no la hubiese retenido. Su respiración era agitada y poco profunda. Me volví y caminé junto a ella. No era nada agradable estar de espaldas a Angers.

—Tenemos que conseguir ropas limpias —le expliqué a la muchacha—. Nos caímos al agua, ¿no es cierto, Ralph?

—Sí, compañero.

Cuando llegamos al rellano de la escalera y nos volvimos para doblar por el pasillo, oí que un coche pasaba por la calle.

—Vamos a revisar los armarios —dijo Angers.

Entonces oí que pasaba otro coche y que se detenía cerca de la casa en la que estábamos. A continuación llegó un tercer coche y se detuvo. No hice ningún comentario, pero Lillian también los había oído. Tocó mi mano con la suya. Rogué que fuese la policía. Pero quizá me equivocaba de ruego. Si hubiese habido alguna forma de alertarles, de hacerles saber dónde nos encontrábamos... Pero uno nunca podía prever como reaccionaría Angers.

—Vacío —murmuró, estudiando el interior de un armario y apuntando con la linterna hacia abajo.

Las ventanas de los dormitorios del primer piso no tenían celosías. Si no notaba que había coches fuera, quizá dirigiría accidentalmente la luz hacia alguna de las ventanas. La policía no necesitaría más. Hasta el momento solo había usado la linterna para revisar el armario.

Salimos nuevamente al pasillo y recorrimos el piso. En un armario había muchas ropas. Trajes, vestidos, y un montón de camisas blancas apiladas sobre un estante. En el armario flotaba un penetrante olor a naftalina.

: Nos hizo escoger las prendas que usaríamos, incluso a Lillian, y seleccionó un traje para él.

Nos estábamos vistiendo cuando ululó la sirena. Supongo que algún polizone maldijo profusamente por haber apretado el botón con un movimiento involuntario. El gemido se pareció al del viento, pero cualquiera podría haberlo reconocido como el de una sirena.

—Están aquí —comentó Angers—. Tardaron bastante.

Lillian se estaba vistiendo junto con nosotros. Bajo la débil luz pude comprobar que tenía un cuerpo hermoso. Sus piernas eran largas y su ropa interior era muy

ajustada. Sus pechos se erguían hasta alcanzar un tamaño parecido al de los de Ruby. Angers la estaba mirando con mucha atención.

—Lil —murmuró Angers—, casi me había olvidado. Pasó mucho tiempo desde anoche, ¿verdad?

En ese momento ella estaba estirando el vestido sobre sus caderas. Era de punto. Antes que él apagara la linterna, el vestido había parecido rojo bajo el rayo de luz. Ahora era imposible distinguir su color. Pero se ceñía fuertemente a su cuerpo. Esto era evidente.

—¿Me oyes, Lil? —preguntó Angers—. Casi me había olvidado de lo hermosa que eres. Convendría que me lo recordases de vez en cuando. No entiendo como puedo olvidarme de esas cosas.

Ella permaneció en silencio.

Angers tenía puesto nuevamente un traje. Su aspecto era el mismo de siempre.

Nos condujo por el pasillo hasta un dormitorio delantero, desde el que se podía ver el jardín y la calle.

Efectivamente, estaban abajo.

—Miren —dijo Angers—. Mírenlos.

Nos detuvimos junto a la ventana, contemplando a los policías. Vi cuatro a cinco coches, alineados en la calle, todos con faros sobre el techo. Dos de ellos tenían encendidas las luces de posición. Se apagaron mientras las mirábamos. Uno alcanzaba a ver a los hombres que se paseaban por afuera, con las linternas encendidas. Se comportaban como si hubiésemos estado en Navidad.

Angers se volvió de espaldas a la ventana.

—Será mejor que se sienten —dijo—. No podremos hacer nada hasta que se vayan.

—Quizá no se irán, Ralph —dijo Lillian. Ya no sollozaba. Su voz había recuperado el tono de antes, y esto me recordaba con cuanta serenidad se había comportado en la casa de los Graham.

—Se irán —afirmó él.

—Es imposible de prever —insistió ella—. Quizá entrarán aquí.

—Sería una lástima.

—Claro —dijo Lillian—. Apuesto a que entrarán aquí.

Él lanzó una especie de risita gutural.

—Lillian tiene razón —manifesté.

—¿Sabe por qué no entrarán? —preguntó Angers—. Porque todavía no he terminado mi trabajo. Hay mucho por hacer, compañero.

Lillian y yo nos sentamos sobre la cama, desde donde podíamos mirar por la ventana. Afuera los polizontes seguían dando vueltas, en su mayoría hacia la izquierda, cerca de la casa en que vivía la chiquilla.

Angers se sentó a medias sobre el antepecho de la ventana, manteniendo la pistola sobre las rodillas. Podíamos ver la silueta negra de su cara contra las sombras más pálidas. Tenía una mandíbula llamativa. Se inclinó hacia adelante y depositó el rollo de planos sobre el piso, junto a la pared.

—Quería mostrarle esto —dijo Angers, golpeando el rollo con el dedo—. Pero tendremos que postergarlo un poco.

Lillian y yo permanecimos sentados. Yo había sacado un peine de mi otro traje y también había transferido los billetes mojados al pantalón limpio. Usaba una camisa blanca demasiado ajustada y unos costosos pantalones de gabardina. No sabía de qué color eran. Me saqué el barro del cabello con el peine, en la mejor forma posible, y dejé caer el peine al piso.

Lillian suspiró y se recostó sobre la cama. La miré. Tenía los ojos cerrados. En la casa reinaba un profundo silencio. Desde afuera llegaba ocasionalmente una voz, y a ratos un coche pasaba por la calle.

—Hemos tenido un día muy movido, ¿no le parece, compañero?

—Sí.

Lillian se movió sobre la cama. Era agradable sentirla tan cerca. Eso servía para confirmar que todavía había cosas buenas en el mundo, que todavía no todo el mundo había perdido la razón.

Angers nos miró y después desvió la vista. Empezó a golpearse la rodilla con el caño de la Luger, mirando un poco por la ventana y mirándonos otro poco a nosotros. Ahora la respiración de Lillian se estaba haciendo más pausada y rítmica.

—No lo había planeado en esta forma —comentó Angers—. Así todo resulta más complicado. Pero apenas hemos perdido un día..., solamente un día, compañero.

—Tiene razón.

Lillian se movió junto a mí y después hubo otro rato de silencio. Entonces encendieron súbitamente los faros. Uno de ellos iluminó directamente la ventana. En la habitación brilló una luz clara y resplandeciente, parecida a la del sol, y Angers se arrojó rápidamente al piso. El rayo de luz pasó de largo. Solo había durado un instante. La policía estaba enfocando toda la extensión de las calles, las copas de los árboles y las casas que rodeaban la zona.

Angers lanzó una risita y se sentó nuevamente en el antepecho de la ventana.

Uno de los coches patrulla se puso en movimiento y retrocedió hasta quedar justo frente a la casa en la que nos encontrábamos nosotros. Entonces se detuvo. Vimos el resplandor de un cigarrillo en la penumbra del coche. El motor quedó silenciado y no se apeó nadie.

Los faros dieron vueltas durante más o menos cinco minutos. Después se apagaron. Uno de los coches se puso en marcha y se alejó, rugiendo en medio de la noche.

Dos polizontes estaban en la acera, conversando. Finalmente subieron a un coche y también se fueron.

—Aquí vienen —dijo Angers.

Lillian se movió junto a mí y la oí murmurar:

—Por favor.

Miré por la ventana y vi que tres agentes avanzaban hacia la casa, por el jardín. Marchaban entre los árboles y no hablaban. Uno de ellos empuñaba una linterna, pero la apagó cuando estuvieron más cerca.

Angers se irguió junto a la ventana.

Observé la marcha de los policías por el jardín. Mi corazón empezó a palpar. Si Angers me volvía la espalda, yo aprovecharía la oportunidad. Pero era demasiado astuto para cometer ese desliz.

Los tres hombres se detuvieron afuera y miraron hacia la casa. Bajé la mano y apreté el brazo de Lillian. La muchacha empezó a sentarse. Estaba rígida como una tabla. Los vio y me miró. Quizá podríamos hacer un ruido, pero eso sería fatal. Bastaba «pensar» para que él reaccionase.

—Escúchenme, ustedes dos... —murmuró Angers—. No sé qué se proponen esos idiotas, pero quédense callados, ¿entienden? Les juro que les mataré. No les miento. No quiero hacerlo, pero les prometo que lo haré. Todo depende de lo que yo haga.

Lillian se acurrucó contra mí.

Afuera los tres agentes volvieron a caminar y oímos sus pisadas. Seguían

callados.

—¿Me entienden? —preguntó Angers. Estaba moviendo nuevamente la pistola como si hubiese sido la manija de una bomba de agua.

—En una época fui policía —contesté—. En Jacksonville.

—Nunca me habría gustado ser policía —manifestó Angers.

Entonces quedaron ocultos de nuestra vista. Se estaban acercando al porche y la ventana de aquella habitación estaba situada sobre el techo del porche. Les oímos llegar a la puerta.

—Diablos, no están aquí —dijo uno de ellos—. A esta hora deben estar en Georgia.

—De todos modos tenemos que entrar. Esas son las órdenes.

Angers se acercó a nosotros. Le oíamos respirar. Su respiración era ronca, como si no pudiese aspirar bastante aire, y percibíamos el olor de la pistola. Esto indicaba lo cerca que estaba. Mi corazón empezó a descarriarse. ¡Si por lo menos hubiese habido una forma de revelar nuestra presencia! Lillian estaba muy apretada contra mí, y su cuerpo irradiaba calor. Tenía las manos empapadas en transpiración cuando tocó las mías.

—Recuerden —dijo Angers—. Por favor, recuerden.

—Sí, Ralph —asintió Lillian—. Sí, Ralph querido, sí.

—No me gustaría encontrarme con ese tipo —comentó una voz—, especialmente cuando recuerdo como mató a Bud Lyttle.

—Es un hombre como cualquier otro.

Sus pies se movieron.

—La puerta está cerrada. Espera... probaré estas llaves... Es inútil.

—Déjame probar a mí. Tú no tienes práctica.

—Diablos, deben estar en Georgia.

—Ya lo sé. Mira.

Todos nos pusimos en tensión. La puerta se abrió en el piso de abajo y las voces resultaron mucho más claras. Sus pisadas entraron al corredor.

—¿Crees que el tal Logan anda con él?

—¿Qué significa «anda con él»?

—¡Te juro que le acribillaré!

Entraron en una habitación y sus voces se convirtieron en un murmullo ininteligible. Después volvieron al corredor. Permanecieron un momento en él y resultó evidente que estaban usando una linterna.

—Diablos, uno no puede afirmar nada con certeza —comentó uno de ellos—. Uno no puede estar seguro de nada. La muchacha no estaba con ellos cuando estuvieron en esa casa.

—De todos modos fue una situación endemoniada, ¿eh?

—Me pregunto dónde estará la muchacha.

—Probablemente la despacharon.

—La señora Graham dice que Logan no está enredado con ese tipo.

—¿Qué podría saber ella?

—¡Qué lío!

Caminaron por el corredor hacia el fondo de la casa. Oí que sacudían la puerta de la cocina.

Angers no se había movido. Estaba frente a nosotros, empuñando la pistola, y nosotros tampoco nos movimos. Si por lo menos hubiese habido una forma de alertar a esos hombres... Si subían al primer piso, Angers se abriría paso a tiros. Yo sabía que esto era lo que haría.

Se inclinó hacia nosotros, con su cara junto a las nuestras.

—Recuerden —susurró—. Lo que dije no era una broma —después se irguió y se quedó así.

—Yo estaba durmiendo —manifestó uno de los policías—. Durmiendo tranquilamente.

—A mí también me sacaron de la cama. Qué organización tenemos.

—Me pregunto si es bonita.

—¿La muchacha?

—Bonita y difunta, supongo.

—Qué lástima.

Se rieron. La risa reverberó por toda la casa y después hubo un momento de silencio. Estaban en el pasillo, junto al pie de la escalera.

—La señora Graham no puede hablar mucho todavía, ¿verdad?

—Está viva y eso es todo.

—Nunca ocurrió nada parecido en la ciudad.

—El jefe se muerde los codos.

—¿Quién no lo haría? Él es el responsable. O por lo menos todos opinan así. Bien, no están aquí.

—Están en Georgia.

—El tipo tira bien con esa pistola.

—¿Qué se traerá entre manos?

—Ya oíste decir que está loco.

Miré a Angers. No se movió. La pistola permaneció junto a nuestras cabezas. Nos estaba vigilando, mientras escuchaba la conversación que se desarrollaba en el piso de abajo.

—¿Qué harías si les vieses en este instante?

—Tenemos orden de disparar sin rodeos.

—¿Y el tipo que le acompaña?

—Salgamos de aquí. Al diablo con esto.

—Será mejor que echemos un vistazo arriba. ¿Y si están allí?

—Tenemos orden de disparar sin rodeos. El jefe dijo que no perdamos el tiempo tratando de atraparlo con vida. Nadie conoce bien a ese tipo Logan. Te aseguro que

yo dispararé sin pensarlo dos veces, hermano. Rápido.

—Tú y tu rapidez.

—Es una lástima. Además es médico. ¿Qué opinas de eso? Le identificaron. Un cirujano de ojos de Seattle. ¿Lo sabías?

—Salí antes de cenar. Ni siquiera he comido.

—Un médico de Seattle. Según cuentan se volvió loco. Trabajó demasiado o algo parecido. Ya tuvo una crisis anterior, en Corea. Es un veterano.

—Echaré un vistazo en el piso de arriba.

—Ahora sí que es un veterano. ¿Y qué saben de la muchacha?

Oímos que el hombre empezaba a subir por la escalera. Marchaba lentamente, y su linterna empezó a iluminar incluso las paredes del dormitorio delantero. Angers no se movió. La pistola apenas se levantó un poco. Me apuntaba directamente entre los ojos. Lillian estaba tan rígida por efecto del pánico que yo dudaba que pudiese moverse, aun cuando hubiese querido hacerlo. Me pregunté si esto podría desbocar a Angers. Quizá dispararía solo por el gusto de disparar. Generalmente lo hacía así. Siempre me había producido esa impresión.

—No hay muchas noticias sobre ella —dijo uno de los polizontes mientras su compañero seguía subiendo por la escalera—. Lo único que saben es que trabajaba como bailarina en Seattle. Según dice el informe, nunca nadie la vio con él. Actuaba en un *cabaret* de Seattle. Era bailarina.

—¿Ves algo?

—Aquí arriba todo está tranquilo.

—Sigue adelante y echa un vistazo.

El hombre estaba en el rellano de la escalera. Avanzó un par de pasos y entonces Angers cambió de actitud. Uno podía percibirlo sin necesidad de ponerle la mano encima..., era algo parecido a una carga de electricidad. La luz bañó el vano de nuestra puerta, entró a la habitación y volvió a salir.

—Al diablo con esto. Aquí arriba no hay nadie.

Lillian empezó a sollozar ahogadamente y Angers estiró la mano y le tocó la frente con el caño de la pistola. Ella se calló, conteniendo la respiración. El pánico y la esperanza contenidos la hacían vibrar.

El policía bajó por la escalera pisando ruidosamente. La puerta se cerró con violencia. Atravesaron el porche y no tardé en verles caminando por el jardín en dirección a la calle. Se detuvieron al llegar al frente y Angers se agachó rápidamente. Encendieron la linterna y pasearon su rayo alrededor de la casa. En una ocasión la luz brillante enfocó la ventana. Entonces se apagó y los hombres se volvieron y caminaron hacia los coches aparcados junto a la acera.

—Bien —comentó Angers—. Han cumplido con su deber. Ya no volverán.

Respiraba profundamente y lanzaba grandes bocanadas de aire.

Me sentí traicionado. Tenía la impresión de que habían arrancado de mi ser un pedazo enorme de confianza, dejando solo una negra desesperación convulsiva. La

desesperación estaba mezclada con miedo, y yo sabía que Lillian debía experimentar algo parecido. Nosotros dos habíamos concebido muchas ilusiones y habíamos elevado muchas plegarias durante los últimos minutos. Todo había resultado inútil. Sin embargo, si nos hubiesen encontrado, allí habría ocurrido una tragedia. Aquello se habría parecido a la guerra, y Lillian y yo habríamos estado en medio del campo de batalla.

Quizá debíamos alegrarnos de que no nos hubiesen encontrado.

Me quedé sentado, mirándole, mientras Lillian parecía estremecerse por debajo de la piel, a mi lado.

—¿Oyó lo que decían, compañero?

—Sí.

—Casi todo era cierto, compañero. Pero yo no me he vuelto loco ni nada parecido... Falta mucho para eso.

Lillian lanzó un débil gemido. Él no pareció oírla.

—Eso solo era... bien, parte del plan —manifestó Angers.

—Ya entiendo.

—Al principio era un secreto, ¿sabe?

—Naturalmente.

Lillian se apretó contra mí.

—Me criticaban —continuó Angers, con voz inexpresiva—. Me criticaban por la forma en que me apasionaba con mis cosas, con mis sueños —su voz se pareció al agua tranquila, a un nido de víboras dormidas, y uno podía percibir la furia demente encerrada en ella—. Siempre me criticaban, aun cuando hacía obras extraordinarias. Ahora estoy haciendo algo extraordinario. Pero no me criticarán. Si lo intentan, les mataré. La ignorancia... No hay espacio para ella en mis planes. Nada de espacio.

Se quedó allí, respirando profunda y lentamente, y me di cuenta de algo. Eso era lo que debía haber quebrado su cordura. Las críticas. No podía soportarlas. Le hacían perder los estribos. Claro que no se trataba solamente de eso, pero aquel era el mecanismo disparador.

Pobre de quien disintiese con ese tipo.

—No saben ni la mitad de la historia. No saben como bailas, ¿verdad, Lil?

Ella no contestó.

—Se están yendo —agregó Angers mirando por la ventana—. ¿Ven?

Tenía razón. Se estaban yendo. Solo quedó un coche. Estaba aparcado enfrente de la casa vecina, aquella en donde vivía la pequeña Joan.

—Ahora podremos ponernos en movimiento... —manifestó Angers—. Tenemos ropas limpias y todo lo demás. Voy a telefonarle a un agente de propiedades.

—¿Eh?

Lillian me miró en la pálida oscuridad, con los ojos dilatados.

—Claro, compañero. Así es. ¿Usted conoce a alguno que me pueda recomendar? Aunque eso no tiene importancia. Ya sé cuál es el punto exacto donde construiré el

hospital.

Lillian estaba inmóvil, mirándole. Los dos le observábamos.

—Descubrí el lugar cuando pasábamos frente a aquel parque —nos explicó. Sus ojos tenían un brillo opaco en la habitación mal iluminada—. Hay un buen terreno de cinco manzanas, sin ninguna construcción en él. Enfrente del parque. Y además tenía un cartel que decía SE VENDE.

En ese momento me di cuenta de algo. Hasta entonces no le había demostrado el miedo que tenía. Había aprobado algunos de sus actos, y a veces incluso me había enfrentado con él y había disentido. Y como no había pensado en eso, quizá el miedo no se había reflejado en mí.

Me pregunté entonces qué haría Angers si descubriría alguna vez lo asustado que estaba yo en realidad. ¿Qué ocurriría si lo leía en mis ojos?

Muy bien, ¿qué debía hacer yo ahora? No había nada para hacer. Tenía que complacerle hasta que me encontrase enfrentado con el cañón de mi propia Luger y sintiese el impacto del plomo y oyese el estampido mientras el pálido rostro inexpresivo me miraba desde arriba. Era una agradable sensación. Estupenda. Y ahora le iba a telefonar al agente de propiedades.

—Bajaremos mientras yo telefono —dijo él.

Yo estaba de pie junto a la cama y Lillian estaba sentada, mirando por la ventana. La tomé por la mano y tiré de ella mientras se incorporaba.

—Tiene algún dinero, ¿verdad, compañero?

Le recordé los veinticinco dólares que Jake Halloran me había pagado por la Luger.

—Magnífico. Los necesitaremos.

—¿Cómo irá a examinar un terreno si no tiene dinero?

—Oh, el dinero no constituye un problema —contestó Angers—. Tengo todo el que pueda necesitar. Dios mío, hay cientos de miles de dólares. Millones.

—Entiendo. Bien, en ese caso no hay ningún problema.

Recordé a Harvey Aldercook, y un instante después le estaba contando toda la historia, acerca de como yo necesitaba el dinero y él me debía doscientos setenta dólares y todo lo demás.

—Un pordiosero, hermano. No tiene ninguna importancia —lanzó una de sus enloquecidas carcajadas en dirección al techo—. Dinero —comentó—. Dinero. Usted no vio nunca tanto dinero. Puede estar seguro de que construiremos ese hospital. Hay mucho dinero, compañero. Yo mismo me dediqué a juntarlo. Tengo todo el dinero que pueda necesitar.

Lillian le estaba observando. Después me miró a mí.

—¿Qué sucede, Lil? —le preguntó Angers.

—Desde que te conocí has estado en bancarrota —respondió la muchacha—. Gastamos todos mis ahorros para llegar hasta aquí, y ahora yo también estoy arrumada.

—Bajemos —dijo Angers—. Me enviarán el dinero —agregó—. Apenas les cuente lo que he estado haciendo.

Miró por la ventana y todos nos reunimos allí y vimos como el último coche patrulla se ponía en marcha y se alejaba rápidamente calle abajo.

—Lo había ahorrado —murmuró Lillian—. Había ahorrado ese dinero, y había trabajado mucho para reunirlo.

—Eres una buena chica —manifestó Angers—. Tú entiendes.

—Sí —asintió ella—. Claro que sí. Te entiendo —murmuró, mirando el piso.

—Nunca más volverás a trabajar —afirmó Angers—. Tendrás todo el dinero que puedas necesitar, tal como te prometí. Este es mi sueño, y cuando un hombre realiza un sueño semejante, bien...

—Claro —respondió Lillian—. Ya lo sé.

Angers telefoneó al agente de propiedades. El tipo se llamaba Tom Bourney. Antes de llamarle averiguamos cuál era la dirección de la casa donde nos encontrábamos y Angers le dijo que pasase a buscarnos por allí, inmediatamente. Le estaríamos esperando en la puerta.

—Venga lo más rápidamente posible —insistió Angers—. Se trata de algo impostergable.

Angers colgó el auricular y nos miró con aquella expresión, opaca, vidriosa. Recogió el rollo de planos y se quedó inmóvil.

—Aprovecharé la oportunidad para llamar al hospital —dije, acercándome al aparato—. Preguntaré cómo se encuentra Ruby.

—¡Compañero!

—Bastará un minuto —expliqué—. Ese tipo no llegará tan pronto.

Yo tenía la mano sobre el auricular. Él estaba sencillamente frente a mí, con su maldito rollo de papeles y la pistola, y me miraba. En el rostro de Lillian tampoco se reflejaba ninguna expresión de alegría.

—Diablos —murmuré.

Miré por encima del hombro de Angers, porque no cesaba de pensar que él podría descubrir en mis ojos lo asustado que estaba. No quería que lo supiese.

—Tengo que averiguar cómo se encuentra Ruby —dije.

—No sería una buena idea.

Bien, permanecemos un minuto más en esa posición.

—Saldremos y esperaremos en la acera al señor Bourney.

Salimos.

Nos quedamos esperando en la acera, y no pude dejar de desear que algunos de los polizontes hubiesen permanecido en los alrededores. Aparentemente no había ninguno. Eran casi las diez de la noche y todavía había algunas luces encendidas en la casa vecina, donde habíamos oído el piano.

—Quiso dejarlo para mañana —explicó Angers—. Le dije que trajera una linterna.

—Ralph, ¿por qué no lo postergamos hasta mañana? —preguntó Lillian—. Podríamos... podríamos ir a un hotel o a algún otro lugar. ¿No es cierto, Ralph, querido?

—No, Lil. Ahora nos hemos puesto verdaderamente en campaña. Tal como te lo he dicho siempre, cuando encontrásemos el lugar pondríamos manos a la obra en seguida.

—Sí, Ralph —asintió ella, e hizo una pausa. Afuera había mucha más claridad, y

esto me satisfizo. Podía ver mejor a Angers—. Ralph —insistió ella—, tengo hambre. Ya ni recuerdo cuando comimos por última vez.

Sabía que ella no tenía apetito.

—Es cierto, Lil. Yo también sería capaz de devorar un oso. Conseguiremos algo para comer.

Lillian me miró rápidamente. Ella estaba tratando de llevarle a algún lugar, a cualquier lugar, donde él no pudiese entrar blandiendo el arma. Sospechaba que estaba cometiendo un error. Angers la blandiría a pesar de todo. Y cuando se encontrase rodeado por demasiada gente, empezaría a disparar.

Tom Bourney llegó finalmente y detuvo el coche. Conducía un sedán negro, nuevo y resplandeciente. Inmediatamente le reconocí como uno de esos vendedores joviales. Se mostró impresionado por la casa y nosotros teníamos un aspecto bastante tolerable con las ropas nuevas.

Bourney era un hombre maduro, y usaba una camisa deportiva y pantalones claros. Sonreía constantemente y fumaba cigarros. Empezó a hablar de inmediato, con su cara redonda en constante movimiento mientras ladraba con el largo cigarro en la boca.

—Bien, bien, aquí estoy —dijo, apeándose del coche—. No pude llegar antes —explicó—. ¿Quieren que usemos mi coche o...?

—Sí —respondió Angers—. Estos son unos amigos. Nos acompañarán.

Ahora Angers tenía la pistola en el bolsillo de la chaqueta. Hizo una seña invitándonos a subir al coche, sin hacer caso de Bourney. Nos instalamos en el asiento trasero junto con Angers.

—¿Por qué no se sienta delante? —le preguntó Bourney.

—Aquí estoy bien —contestó Angers.

Bourney no podía ocultar su azoramiento. No nos habíamos presentado, y no sabía quiénes eran sus probables clientes. Masticó su cigarro, sin moverse, y finalmente se instaló frente al volante del sedán. Me pregunté si sabría algo acerca de Ralph Angers.

—Usted me dijo que quería comprar una propiedad —manifestó, volviéndose hacia nosotros y mirándonos mientras masticaba el cigarro.

—Así es —respondió Angers.

—Bien, yo tengo...

—Sé qué es lo que quiero —le interrumpió Angers.

—Entiendo. Bien, eso es una ventaja. Naturalmente ahora está un poco oscuro. Sería mejor ir mañana. ¿Está seguro de que no quiere cambiar de idea? Yo podría venir mañana a primera hora. Esta noche podríamos volver a la casa y discutir el negocio. Traje conmigo algunas listas. ¿Supongo que usted quiere una casa sobre la costa?

—No.

Lillian estaba en medio, entre Angers y yo. Sentí que se deslizaba hacia mí. Su

cadera se pegó a la mía y ella me tomó la mano. Angers permaneció inmóvil, mirando a Tom Bourney.

Bourney se volvió por completo en el asiento y miró a Lillian, deslizando sus ojos sobre sus piernas. Después me miró a mí y sonrió.

—Naturalmente —dijo.

La falda de Lillian estaba recogida sobre sus piernas. Pero ella estaba demasiado asustada y demasiado atareada con sus pensamientos para preocuparse por este detalle. Bourney no podía despegar los ojos de sus piernas. Lillian tenía unas piernas maravillosas y para él eran un espectáculo sensacional. Se estaba diciendo que éramos unos bastardos ricos. Nos tenía en sus manos. Uno lo leía en sus ojos, por encima del cigarro, que daba vueltas en su boca. Dirigió otra mirada rápida y pegajosa hacia las piernas de Lillian, y después miró nuevamente a Angers.

—Piensa construir, ¿verdad?

—Sí.

—Ya entiendo. Bien, señores, qué les parece si discutimos el asunto para que yo pueda formarme una idea respecto a lo que quieren, a lo que necesitan. Tengo listas, listas de todas clases. Pidan lo que deseen, y yo lo conseguiré. Si no puedo conseguirles...

—Oiga —dijo Angers—, pongámonos en marcha.

—Naturalmente, señor... Eh, bien. Sí. ¿No será mejor que lo veamos? Ahora escuche —giró la cabeza y volvió a mirar las piernas de Lillian. Mientras las estaba mirando, ella las cruzó y los ojos de Bourney se salieron de las órbitas. Observé que reaccionaba rápidamente ante lo que estaba viendo. El cigarro se encendió con un brillo rojizo. El coche se llenó de humo. Miró nuevamente a Angers—. ¿Qué es exactamente lo que busca? —inquirió.

—Hay unos terrenos en venta frente al parque —respondió Angers, y me miró a mí.

—Sobre Bayside Drive —expliqué—. Frente a la bahía Coffeepot y del otro lado del parque.

—¡Oh, eso! —exclamó Bourney. Empezó a fumar rápidamente. Parpadeó mientras fumaba y su expresión era de eterna alegría. Ya no se atrevía a mirar las piernas de Lillian. Aquello era demasiado para él—. ¿Se refiere al lugar donde están las casas de departamentos? Sí, los terrenos de Kennely —lanzó una risita—. Bien, estoy seguro de que eso no le interesará.

—Sí —contestó Angers—. Vayamos hacia, allí, señor Bourney.

—Pero... Bien. Déjeme pensar. Eh..., traje una linterna —levantó una linterna de cinco elementos y nos sonrió. Después se volvió nuevamente en el asiento—. Solo quiere un pequeño lote, ¿verdad?

—No —manifestó Angers—. Según vi hay aproximadamente cinco manzanas. Creo que las quiero todas. Antes deseo verlas.

—Cinco manzanas. Sí... —murmuró Bourney.

Nos miró estúpidamente. Tenía que creerlo, porque nadie sonreía ni reaccionaba en ninguna forma. Tenía que creerlo, pero no podía. Cinco manzanas, estaba pensando. Uno lo leía en sus ojos. Toda esa inmensa extensión de terrenos de Kennely. ¡Santo cielo, qué negocio! Él mismo estaba tratando de convencerse. Era la transacción más importante que había caído en sus manos, y le asustaba.

—Bien —dijo—. Claro que sí. Es... «es» un lindo lugar.

—¿Qué le parece si vamos ahora mismo? —dijo Angers. Su voz tenía ese tono indiferente, letal.

—Será mejor que vayamos —asentí—. Se está haciendo tarde.

—Sí, naturalmente —respondió Bourney. Hizo una pausa y miró fijamente a Angers—. ¿Supongo que usted sabe lo que costará esa extensión de tierra?

Angers tenía el rollo de planos entre las rodillas. Hizo un ademán despectivo con la mano.

—El dinero no constituye un problema —afirmó—. Llévenos allí.

Bourney estaba entusiasmado. Estiró la mano por encima del respaldo del asiento, ofreciéndosela a Angers.

—Entendido. Iremos. Ahora me gustaría conocerles. Yo soy Torn Bourney y hace quince años que vivo en la ciudad. Quince años que me dedico a la venta de propiedades, y les aseguro sinceramente que deseo ayudarles. ¿Cómo se llaman ustedes?

—Ella es Lillian —dijo Angers—. Él es Steve y yo soy Ralph Angers.

Tom Bourney seguía con la mano estirada. Angers no se había movido. Yo miré el piso y después nuevamente a Bourney.

Lillian empezó a temblar nuevamente.

La revelación tardó un buen rato en filtrarse entre la excitación que bullía en el cerebro de Tom Bourney. Había oído mencionar ese nombre en algún lugar, y sabía que no estaba relacionado con nada bueno. Sus ojos reflejaron que estaba tratando de recordar y por fin fueron iluminados por el recuerdo y resultó evidente que tenía la respuesta.

Mordió el cigarro con fuerza, manteniendo la mano estirada.

—Pongámonos en marcha —dijo Angers.

Yo estaba convencido de que él deliberadamente le había dado su nombre a Bourney y que sabía lo que significaría para él. ¿Por qué lo había hecho?

Bourney se volvió lentamente en el asiento y se quedó inmóvil. Sacó el cigarro de su boca y lo tiró por la ventanilla del coche.

—Voy a construir un hospital —explicó Angers—. Es para eso que necesito tal extensión de terreno, señor Bourney. Será un lugar perfecto para la convalecencia de los enfermos de la vista. Hay un hermoso panorama de la bahía. Podrán sentarse en las galerías y contemplar el cielo y el mar. Florida. Voy a trasplantar ojos, señor Bourney. Será la empresa más extraordinaria de la que el mundo haya oído hablar. Me dedicaré al verdadero trasplante de ojos, del ojo entero, señor Bourney.

Todavía no había puesto el coche en marcha. Estaba inmóvil en el asiento.

—¡Por favor! —imploró Lillian—. Por amor a Dios, haga lo que le pide.

—Salgamos de aquí —dijo Angers.

Bourney puso en marcha el motor y siguió inmóvil. Encendió los faros.

—Muy bien —manifesté—. Ya ha oído, señor Bourney. Ahora llévenos directamente allí.

—Será mejor que pase por la oficina —respondió Bourney. Toda su simpática jovialidad se había disipado. Su voz era humilde, casi implorante—. Tengo que detenerme antes en la oficina.

—No —contestó Angers—. Iremos al lugar que yo indiqué.

El sedán se apartó de la acera y emprendimos el viaje. Sabía qué era lo que sentía Bourney, y no había ningún remedio para eso. Angers estaba sentado con la mano en el bolsillo, cerrada sobre la culata de la Luger. Miraba fijamente al frente y yo temía que Lillian empezase a llorar nuevamente. No quería que lo hiciese. Ya había bastante tensión sin necesidad de agregar nuevos ingredientes.

Y durante todo ese tiempo pensaba en Ruby. Yo no estaba aturdido; el tormento era cada vez peor.

—Se me ocurre una idea —manifestó Bourney, enfilando hacia la ciudad y en dirección contraria a la bahía—. Iremos a casa de Kennely. Sé dónde vive. Le explicaremos de qué se trata. Usted verá, los terrenos le pertenecen. En realidad el negocio debe hacerlo con él.

—Dé la vuelta —ordenó Angers—. Está yendo en dirección equivocada. Estamos perdiendo el tiempo. Y yo no quiero perder más tiempo. Todos ustedes son iguales. Malditos idiotas. Esto está empezando a cansarme.

Se estaba poniendo tenso como la cuerda de un reloj.

—Usted es un agente de propiedades —continuó Angers—, y eso es todo lo que necesito. Ahora dé la vuelta.

Bourney disminuyó la velocidad, dio marcha atrás por un camino privado, dio la vuelta y partimos rumbo a la bahía. Su terror impregnaba la atmósfera.

Bordeamos el parque. La extensión de terreno a la que se había referido Angers estaba al otro lado de la calle. Bourney no se movió. Aferraba el volante y permanecía sentado, mirando fijamente hacia delante.

—Saque su linterna —dijo Angers—. Quiero revisar bien este terreno.

Nadie se movió. Lillian apretó mi mano con más fuerza y la de ella estaba nuevamente sudada y fría. Todo su cuerpo estaba frío.

—Tome —murmuró Bourney.

Pasó la linterna por encima del respaldo de su asiento, sin volverse.

—Lleven esto. Yo me quedaré aquí, esperándoles. Revisaré las listas, por si no le interesa ese terreno.

—Descienda y traiga la linterna —ordenó Angers—. Steve, abra su portezuela. Bajemos.

Abrí la portezuela y Lillian se apeó detrás de mí. Angers nos pisaba los talones y ahora tenía la Luger en la mano.

—Venga, señor Bourney —dijo.

Bourney no levantó la vista. Abrió su portezuela y se apeó con la linterna en la mano. Debajo de los faroles callejeros tenía un aspecto miserable. Estaba transpirando y el sudor brotaba de todos los poros de su cuerpo. Daba lástima. En los últimos minutos su cara parecía haberse avejentado, y sus ojos y su boca reflejaban su amargura y su desesperación. Estaba tan asustado que apenas podía mantenerse en pie.

—Por favor —imploró, tomándome por el brazo—. Usted es un tipo decente. Pídale que me deje ir. Y ella... —se aplastó contra el coche, con los ojos girando en las órbitas, mirándonos a todos. Su rostro estaba tan pálido como el de Angers—. Tengo que volver a mi casa —agregó—. Mi esposa no sabe dónde estoy.

Un coche pasó por la calle y Bourney se volvió frenéticamente, apoyándose en su automóvil.

—Crucemos la calle —dijo Angers—. Vamos.

Bourney empezó a dar la vuelta alrededor del sedán. Cruzó la calle con la linterna en la mano. Todos nosotros le seguimos. Angers llevaba el rollo enorme de papeles y la Luger.

Nos detuvimos en la acera, delante del inmenso cartel que decía SE VENDE y que tenía el nombre de Kennely.

—Es aquí —manifestó Bourney—. Aquí mismo.

No miraba a ninguno de nosotros. No se atrevía a hacerlo.

—Esto no es cualquier cosa —comentó Angers—. Me gusta —se volvió hacia mí—. Steve, mire el parque y la bahía. Este es un lugar ideal.

—Me alegro.

—Sí, compañero, me parece que he encontrado lo que buscaba. Usted —agregó, volviéndose hacia Bourney—. Encienda esa linterna. Entraremos y echaremos un vistazo.

A Bourney pareció espantarle la posibilidad de entrar allí. No se movió, pero su temor resultó evidente. Yo experimentaba la misma sensación y Lillian dijo:

—¿No podría esperar aquí, Ralph, querido?

—No. Entraremos todos —respondió Angers.

Aquello era una jungla. La hierba nos llegaba hasta la cintura y los árboles de todas clases crecían en una confusión tropical sobre el terreno. Probablemente alguien había comprado esos lotes hacía años, muchos años, y se había resistido a venderlos. La ciudad había crecido a su alrededor. Ahora el propietario quería vender el terreno, y eso era algo digno de verse. Hacia la derecha terminaba en una selva que avanzaba hasta la calle situada enfrente de las aguas oscuras y resplandecientes de la bahía. Hacia la izquierda, a varias manzanas de distancia, había grandes casas de departamentos que se erguían hacia el cielo. Permanecían cerradas durante los meses

de verano. A nuestro alrededor reinaba la oscuridad, exceptuando las luces de los faroles que no tenían ningún efecto en aquella jungla. No se alcanzaba a distinguir nada a través de los árboles que ocultaban el otro lado de la propiedad. Era un lugar oscuro, triste, agobiante y siniestro.

—Ahora iremos a echar un vistazo —manifestó Angers—. Quiero tomar una decisión esta noche.

—Yo no entraré —protestó Bourney—. Hay víboras. Le repito que no entraré.

—Está bien... —asintió Angers—. Compañero, tome la linterna que tiene ese hombre y tráigalo con nosotros. Vamos a estudiar el terreno.

Tomé la linterna de los dedos flojos de Bourney.

—Quiere hacerme entrar ahí —murmuró—. Eso es lo que quiere.

Le miré. A pesar de lo macabro de la situación, no me resultaba simpático. No tenía más agallas que un caracol y probablemente se metería solo en un lío. Yo no quería que ocurriese eso.

—Se... se me desgarrarán las medias —gimió Lillian.

La miré, tratando de ponerla sobre aviso. Ella ya debería haberse enterado de que era peligroso discutir con Angers. Pero sabía que no podía impedirlo. Eso también estaba empezando a resultar excesivo para mí.

Bourney empezó a internarse directamente entre la hierba. Todos le seguimos. Yo llevaba la linterna. La hice girar en la mejor forma posible, y rogué a Angers viese lo que le interesaba. Ahí adentro había más luz de la que yo había previsto. La luna brillaba en el cielo y todo tenía un frío tono gris. Sin embargo, mantuve la linterna encendida. Angers estaba cerca de Lillian y de mí, y Bourney avanzaba tercamente hacia los árboles. En el lugar donde crecían los árboles no había tanta hierba.

=—No alcanzo a ver mucho —manifestó Angers—. Caminaremos hasta el otro lado. ¿Qué ancho tiene esto? —le preguntó a Bourney.

—No lo sé.

—¿Cuál es el precio? —inquirió Angers.

Bourney se volvió y nos miró. Parecía tan loco como en algunas ocasiones lo parecía Angers. Sus ojos tenían una expresión como si estuviese obsesionado.

—Dejé los cigarros en el coche —dijo—. Necesito un cigarro —su boca se torció—. No puedo seguir adelante sin fumar.

Angers se acercó a él, estiró la mano y sacó un cigarro del bolsillo de la camisa de Bourney. Se lo insertó en la boca.

Bourney hurgó en su bolsillo, sacó un encendedor e hizo saltar una llama. Lanzó el humo hacia el cielo y súbitamente asumió una expresión ambigua que se reflejó en sus ojos. Estábamos en el centro de la propiedad, debajo de los robles jóvenes de los que colgaba el musgo de Florida. Los grillos cantaban a nuestro alrededor.

—De modo que va a construir un hospital, ¿eh?

—Así es —respondió Angers. Pareció súbitamente satisfecho.

—Este es un lugar excelente para un hospital —afirmó Bourney. Chupó su

cigarro y lanzó una nube de humo.

Lillian se acercó más a mí, observando la escena. Me miró y meneó la cabeza, intrigada. No me gustaba el comportamiento de Bourney. La mano de Lillian encontró la mía, la apretó y se retiró nuevamente.

—Será maravilloso —afirmó Angers—. Estos son los planos.

Golpeó el rollo de papeles con el cañón de la Luger.

—Bien, bien —comentó Bourney. Una parte de la transpiración que le bañaba el rostro había empezado a secarse—. Bien, bien —repitió—. Un hospital. Quién lo habría pensado.

Angers le miró.

—Todos ustedes van a construir hospitales, ¿eh? —continuó Bourney.

Capté su intención. Suponía que debíamos dejarle conforme. Iba a seguir la corriente a Angers. Esto era lo que iba a hacer. Había oído decir que Angers estaba loco, de modo que había juntado todo su coraje y ahora trataba de conformarle.

Le miré, tratando de ponerle sobre aviso, convencido de que todo eso sería inútil.

—¿Sabe una cosa? Eso de construir un hospital aquí es una excelente idea. Magnífica, ¿verdad? —le dio una chupada al cigarro. Angers le miró.

—¿No será mejor que sigamos estudiando el terreno? —preguntó Lillian.

—No —respondió Angers—. Espera un minuto. El señor Bourney me interesa.

Bourney olfateó algo.

—Continúe, señor Bourney... —dijo Angers—. ¿Quiere hacer el favor de seguir dándome su opinión?

—Simplemente me parece una buena idea —le contestó Bourney, encogiéndose de hombros—. Eso es lo que me parece.

—Le enviaron ellos, ¿verdad? —inquirió Angers, secamente.

—¿Me enviaron?

—Le enviaron para que me siguiese, ¿no es cierto? Pensaron que usted podría hacerme desistir. ¿Verdad? Con su charla.

—Ralph, este es el agente de la propiedad, ¿recuerda? —exclamé.

—Claro, compañero. Recuerdo muchas cosas. Esto es lo que me contestaron allá: «Vuelve a tu casa, Ralph, consúltalo con la almohada» —me dijeron—. «Tómame un descanso, Ralph». No querían que yo estuviese allí, porque sabían que era el único hombre que podría llevarlo a cabo..., que podría construir el hospital. ¿Entiende?

—Oh, por favor —imploró Lillian. Eso escapó de entre sus labios, como una plegaria—. Ralph, sigamos estudiando el terreno.

—Es lo que estamos haciendo —murmuró Angers suavemente.

—Quizá eso es lo que debería hacer —manifestó Bourney—. ¿Por qué no lo consulta con la almohada? Podríamos volver aquí por la mañana. Es imposible construir un hospital...

La pistola rugió. Rugió dos, tres veces, en la oscuridad. Yo había estado apuntando inadvertidamente a Bourney con la linterna mientras hablaba. Una bala le

alcanzó en la cabeza y las otras dos en el pecho, y se sentó con el cigarro en la boca, y murió.

El eco de las detonaciones chocó contra las casas de departamentos y resonó en la noche. El estampido onduló sobre el parque y la bahía y después se hizo el silencio. Los grillos se habían callado. Pero después, lentamente, uno por uno, reanudaron el coro.

—Volvamos al coche —dijo Angers—. No ganaremos nada quedándonos aquí.

Lillian estaba mirando al hombre muerto. Se había llevado las dos manos a la cara y parecía que no podía apartar la vista del cadáver sentado en el suelo.

El cigarro brillaba sobre la hierba.

—Traiga la linterna, compañero. Podríamos necesitarla.

Angers no miró a Bourney. Aquello hacía sentir deseos de hacer algo, pero no había nada que pudiésemos hacer. A menos que uno estuviese ansioso de ir a reunirse con Bourney. La pistola colgaba del brazo de Angers como si hubiese sido una mano suplementaria.

Lillian se volvió lentamente, con los ojos todavía dilatados, como si aquello hubiese sido imposible de creer. Y lo era.

—Ellos le enviaron —dijo Angers—. Eso es lo que hicieron. Probablemente fue el doctor Bernstein. No hay duda que lo envió él. Bernstein me pedía siempre que lo tomase con calma, y siempre me explicaba que yo encaraba el asunto desde un punto de vista equivocado. Él era el que afirmaba que estaba loco cuando hablaba de trasplantar el ojo íntegro. Y eso solo porque nunca había sido hecho con éxito, porque los libros dicen que es imposible. Bien, no lo saben. Pero yo sí lo sé.

Emprendimos el regreso. Angers había terminado de estudiar la propiedad. El terreno ya ni siquiera figuraba en sus pensamientos.

—De modo que le envió Bernstein. Tom Bourney —lanzó nuevamente su risa demente a la noche. Brotó de él como si la hubiese escupido—. Al principio consiguió engañarme.

Lillian y yo caminábamos juntos y le dejábamos hablar.

—Las cosas que hacíamos allí —murmuró—. En el campo de batalla hacíamos cosas que nadie habría creído posibles. Sin ningún elemento, sin nada. Realizábamos milagros. Yo los hacía. Realizaba toda clase de milagros. Y ellos dicen que no puedo... —se interrumpió.

Su estado empeoraba aceleradamente. Antes no se había comportado nunca así. Yo empezaba a comprender algo acerca de Angers, ¿pero de qué me servía?

—Ahora tenemos un coche, compañero —manifestó Angers—. Muy pronto enviaré un cable pidiendo dinero.

—Sí.

—Me enviarán todo el que necesite.

—Naturalmente —asentí—. Necesitará mucho, ¿verdad?

Llegamos a la acera. Estábamos cubiertos de abrojos. Un coche pasó por la calle y una risa potente y satisfecha de mujer fue arrastrada por el viento suave que atravesaba la bahía, saturado de olor a pescado y a sal y a libertad. Cruzamos la calle en dirección al automóvil.

—¿Sabe una cosa? —comentó Angers—. He estado pensando mucho en lo que usted me contó de ese tipo que tiene un yate. ¿Cómo se llama? ¿Aldercook?

—Sí. Pero olvídelo.

—No puedo olvidarlo. He pasado por muchas situaciones parecidas, compañero. Quiero conocerle. Bernstein era un tipo de esa clase.

—No tiene importancia —insistí—. Olvídelo... No es nada.

—Quiero conocerle. Ahora. Usted dijo que tiene un yate, ¿verdad?

Llegamos al coche. Lillian me miró. Yo no sabía qué hacer. Rogaba que ella pudiese soportar aquello durante un poco más de tiempo. Parecía aturdida, insensible.

—Escuche —dije, volviéndome hacia Angers—. ¿Por qué no me muestra los planos? Podríamos ir a algún lugar tranquilo y usted me hablaría y me explicaría todos sus proyectos acerca del hospital. ¿Por qué no hacemos eso?

Angers meneó la cabeza, sonriendo silenciosamente.

—No, compañero. Quiero conocer a su amigo. Vamos.

Miré hacia atrás de él, a través de la calle, en dirección a esa extensión silenciosa de espesos pajonales y de jungla. Me pregunté cuánto tiempo transcurriría antes que alguien encontrase a Bourney.

Quizá dependería del sol.

El viaje hasta el embarcadero en el que estaba amarrado el Rabbit-O pareció desarrollarse en medio de un trance hipnótico. Lillian y yo ocupábamos el asiento delantero del coche de Bourney, y nuevamente era yo el que conducía. Resultaba semejante al viaje que habíamos hecho más temprano. Habíamos pasado por la misma calle entre las palmeras, con la bahía a un costado y con Tampa al otro lado de las aguas e iluminando el cielo de la noche. Pero desde entonces había transcurrido mucho tiempo, aquello había ocurrido antes del despertar de la consciencia, antes de que uno pudiera comprender la realidad y lo que debía enfrentar.

Sabía que solo era cuestión de tiempo que Angers volviese el arma contra nosotros. No conseguía explicarme qué era lo que había impedido que nos matase mucho antes. Un capricho. Y también sería consecuencia de un capricho que uno de nosotros se viese enfrentado finalmente con la boca de la Luger y viese el fogonazo y sintiese el impacto del proyectil.

No habría advertencia previa. No la había habido para los otros. No creía que ninguno de ellos hubiese imaginado lo que iba a ocurrir. Excepto el policía. Él lo había sabido. Todavía recordaba la expresión de su rostro, el súbito y paciente repaso de sus recuerdos porque todo había terminado para él y él lo sabía. De modo que se

había tomado su tiempo. Recordando.

Nunca olvidaría la expresión del rostro de aquel polizone.

Ahora estábamos volviendo al lado exterior del círculo vicioso de acontecimientos que habían comenzado con Harvey Aldercook durante una mañana desde la que había transcurrido tanto tiempo. Había sido una mañana en la que yo no tenía más preocupaciones que la necesidad de conseguir dinero para comprar comida y para asegurarme de que Ruby recibiría la mejor atención posible en el hospital cuando le llegase el momento de dar a luz.

¡Qué mujer Ruby! No me gustaba pensar en eso, pero no podía evitarlo. Me pregunté si todavía la tenía. Traté de no recordar a Bill Watts en la pantalla de televisión, mientras decía que reclamaban mi presencia en el hospital. ¿Para qué me necesitaban? Fuera para lo que fuese, ya hacía mucho que había pasado la hora.

Doblamos por el muelle del amarradero de yates y aparqué el coche frente al embarcadero al que estaba amarrado el Rabbit-O. Desde algún lugar una radio emitía una música frenética, palpitante.

—¿Ya llegamos? —preguntó Angers.

—Sí.

—Excelente.

Lillian miraba fijamente al frente a través del parabrisas. Tenía las manos entrelazadas sobre el regazo y ahora parecía resignada. Ya no hablaba mucho y parecía en cierto modo indiferente.

Miré hacia el Rabbit-O y lo que vi y oí no me gustó nada.

Angers estaba inclinado sobre el respaldo del asiento delantero, y cuando me volví para hablarle descubrí que la pistola no estaba a más de un par de centímetros de mi cara.

—Escuche —dije—. Están celebrando una fiesta...

—Estupendo.

—No —contesté—. No es estupendo. Habrá demasiada gente allí, Ralph. ¿Qué le parece si conseguimos una habitación en algún lugar y tratamos de dormir? Todos nosotros necesitamos dormir.

No hizo ningún comentario. Lillian permaneció sentada, mirando fijamente hacia delante. Yo había esperado que se sumase a mis esfuerzos para tratar de convencerle.

—Necesitamos descansar —insistí—. No conviene, subir ahora al yate. Podríamos volver aquí mañana a primera hora.

—Compañero, hay que hacer las cosas por orden, y yo quiero conocer a ese tipo.

—¿Pero por qué? ¿Qué importancia tiene eso?

—Usted dijo que él le debe dinero.

—Olvídelo.

—Le debe doscientos setenta dólares, ¿no es así?

Giré la cabeza y miré mis manos apoyadas sobre el volante. Me había esforzado, ¿verdad? ¿Qué más podía hacer?

Abrimos el portón de madera del embarcadero y empezamos a caminar sobre las tablas. Hacía un largo rato que Lillian no decía una palabra. Se limitaba a seguirnos. Quizá esta era una circunstancia afortunada; yo no estaba muy seguro.

Angers llevaba el rollo de planos debajo de un brazo, como siempre, y tenía la pistola en la mano.

—Es una bonita embarcación —comentó.

—Sí.

Aquella sí que era una fiesta. La música surgía del yate. Del interior del Rabbit-O. Frente a las ventanas y sobre la cubierta de popa había varios hombres y mujeres, todos en distintas etapas de desnudez y borrachera. En las sombras de la proa estaban tendidos un hombre y una mujer, muy juntos, ambos con vasos en la mano y ambos con bañadores. Aparentemente no nos vieron cuando pasamos en dirección a la popa.

Vi fugazmente a Harvey Aldercook que pasaba por la cabina con una botella en la mano. Debía haber aproximadamente seis parejas.

En la embarcación amarrada del otro lado del embarcadero un hombre estaba sentado en una mecedora, fumando, con un perro tendido junto a sus pies. Probablemente se había convencido de que esa noche no le dejarían dormir. Nos miró, pero esto no significó nada. Quizá ni siquiera el arma habría despertado sus sospechas, porque estaba acostumbrado a ver cosas raras en el Rabbit-O.

No vi a Patas de Langosta. Uno nunca podía conocer a fondo a las mujeres. Pero todavía recordaba como se había acurrucado contra la pared del Rabbit-O, aterrorizada porque yo me portaba como un mal hombre. ¿Quién diablos era Harvey? Esta era una pregunta interesante.

—Subamos a bordo —dijo Angers. El oír su voz junto a mi cara me sobresaltó.

En ese momento una mujer sentada en los escalones de popa que conducían a la cubierta levantó la vista y nos descubrió.

—Harvey —exclamó—. Aquí llega alguien nuevo. —Giró la cabeza, observándonos, y entonces vio la pistola y gritó—: ¡Son bandidos, Harvey! Quiero decir piratas. Van a abordar el barco.

Se puso en pie. Era la única muchacha que usaba una falda en ese yate. La falda era algo impresionante. Todos los colores del arco iris habían sido salpicados sobre una tela muy fina que ella cerraba sobre su cuerpo desnudo. Usaba un pañuelo de la misma tela sobre el busto y era pelirroja.

—¿Cómo? —preguntó Harvey Aldercook.

Salió por la puerta de la cabina con un vaso en la mano. Levantó la mirada y nos vio y el vaso cayó de su mano y se hizo trizas junto a sus pies.

Estaba enterado.

—No —murmuró Harvey—. No.

—Salten a bordo —ordenó Angers.

Le dio un empujón a Lillian y ella cayó sobre la cubierta. Saltó y cayó de rodillas junto a Aldercook. Este la miró, y pareció encogerse en el vano de la puerta.

—Adelante, compañero —dijo Angers.

—Son ellos —susurró Harvey—. ¡Son ellos!

—¿Quiénes, Harvey? ¿De quiénes estás hablando? —preguntó la pelirroja.

Dos hombres se situaron detrás de Harvey y miraron por encima de su hombro.

Saltamos sobre la cubierta y Angers se recostó contra la popa de la embarcación, junto a los depósitos de carnada que nunca eran utilizados, y miró a los tripulantes del yate.

—Díales a los que están delante que vengan aquí. El hombre y la mujer que están en la proa —especificó Angers. Se había dirigido a Harvey Aldercook.

Aldercook tenía el mismo aspecto que aquella mañana. Usaba los mismos pantalones y la misma camisa, con la gorra de marino.

—Wilma —gritó—. Wilma y Jack..., vengan aquí.

—Tírate al mar —contestó un hombre desde la parte anterior.

—Dense prisa —exclamó Aldercook—. Ocurrió algo.

—Aquí también ocurrió algo.

—Hágales venir —insistió Angers—. Y apague esa radio. —Se volvió hacia mí—: ¿Es ese, verdad, compañero?

—Sí —asentí—. Es ese.

Aldercook no se había movido de la puerta de la cabina. Giró la cabeza y rugió:

—A ver si alguien apaga esa maldita radio —después miró nuevamente a Angers. Parecía hipnotizado.

Angers seguía recostado contra la baranda de la popa, junto a los recipientes de carnada, con la pistola en la mano. Alguien apagó la radio y el silencio fue total. Jack y Wilma aparecieron y saltaron sobre la cubierta.

—¿Qué diablos significa esto? —inquirió Jack.

Wilma se limitó a sonreír desde abajo de su maquillaje desdibujado, con la cabellera alborotada. Estaba un poco borracha.

—Entren todos —ordenó Angers.

Alguien se rio. Primero un hombre se rio dentro de la cabina, y después una mujer empezó a hacerle coro. Se rieron los dos. Era muy gracioso y Harvey se quedó en la puerta de la cabina, mirándonos. No sabía qué hacer o decir.

Aquello no me divertía. Quizá debiera haberme alegrado, pero el efecto era distinto.

Jack y Wilma se dieron cuenta de que había algo tenso en el ambiente, pero no sabían quiénes éramos. Tampoco lo sabía la pelirroja, pero ella también notó que algo marchaba mal. Los tres intentaron meter a Harvey en la cabina. Los otros que estaban adentro permanecieron junto a la puerta, tratando de ver lo que ocurría. El hombre y la mujer seguían conversando y riéndose.

—Entren —repitió Angers tranquilamente.

—Steve —dijo Harvey—. ¿Qué desea?

No contesté. Fue entonces cuando la oí chillar. Era Patas de Langosta. Estaba

espiando entre las cortinas de la ventana de la cabina.

—¡Es ese Logan! —exclamó.

Se apartó de la ventana y empezó a explicarles frenéticamente a todos quiénes éramos.

Harvey y ella debían haber pasado un día estupendo, siguiéndonos por la radio. Debían haber sentido un gran placer al leer en los diarios que probablemente yo estaba muerto. Sin embargo, ahora no se sentía feliz.

Súbitamente, dentro reinó un silencio de tumba. Lillian empujó a Aldercook hacia un costado y entró en la cabina. Angers no se movió.

—Tenía ganas de conocerle —le dijo a Harvey—. Entre —ordenó. Avanzó hacia Harvey y este desapareció en el interior de la cabina.

Había seis parejas, tal como me había parecido. La pelirroja era la persona más próxima a la puerta, y estaba sentada en un sofá. Dos hombres parecían muy borrachos, pero tenían consciencia de lo que estaba ocurriendo, y lamentaban encontrarse en ese estado. Uno de ellos estaba junto al compartimiento del timón y el otro a un costado del corredor que llevaba a la cabina delantera, donde estaban las cuchetas.

Nadie hablaba. Pero todos miraban con atención.

Dos hombres permanecían sentados con sus compañeras en un pequeño rincón aislado. Esquivaron nuestras miradas. Harvey retrocedió hasta quedar en el centro de la cabina principal. Las otras mujeres estaban apretadas en una masa de carne, junto con Jack, en el sofá. Lillian fue a sentarse en el brazo del sofá y miró hacia el piso. Patas de Langosta estaba junto a ella, y una de las mujeres empezó a llorar.

—Saben quiénes somos, ¿verdad? —inquirió Angers, mirando a su alrededor.

Me senté sobre el borde de uno de los bancos que estaban en el rincón aislado y miré a Angers. Él se erguía en el vano de la puerta con el rollo de papel y la maldita pistola. Bien, no podría matarles a todos. Si empezaba a disparar en ese momento alguien le atraparía, porque se quedaría sin proyectiles. No se le presentaría una oportunidad para volver a cargar el arma. «Dios mío —rogué—, ojalá no tire».

—Le debe dinero a mi amigo —le dijo Angers a Harvey.

—¿De... de veras? ¿Se lo debo? —Harvey empezó a disolverse en sonrisas—. ¿De modo que le debo dinero?

—No se trata de eso —exclamé—. Por amor a Dios, use la cabeza.

—Está inmóvil —susurró una de las mujeres.

—Está loco —susurró otra—. Nos va a matar.

La mujer que lloraba empezó a aullar. Era una muchacha de físico generoso, muy apetitosa y sensual, vestida con un ajustado bañador blanco de dos piezas. Tenía una abundante cabellera renegrida. Sus pechos eran enormes y por algún motivo mientras gemía tenía un aspecto ridículo. Sus ojos estaban muy dilatados.

Entonces me fijé por primera vez en la nariz de Harvey. No estaba vendada, porque probablemente no había querido estropear su belleza con una cinta adhesiva, y

no había ninguna lastimadura a la vista. Pero la nariz no estaba en su posición correcta, sino un poco desviada de su centro, y recordé la sensación que me había producido cuando la había golpeado con la rodilla. Se estaba paseando con la nariz rota, sin ninguna venda, para no aguar la fiesta.

—Mi amigo quiere doscientos setenta dólares —manifestó Angers—. Eso es lo que usted le debe, ¿verdad?

—Claro, claro —asintió Harvey.

—Venga aquí —ordenó Angers—. Acérquese.

Aldercook caminó lentamente hacia Angers y este se quedó mirándole.

—¿Por qué no le pagó a Steve lo que le debía? —preguntó Angers.

—Bien...

Harvey trató de mantener su voz serena. Parecía que no le iba a ocurrir nada. Después de todo, ese tipo Angers no era tan terrible. Quizá estaba un poco pálido, pero eso era todo. Quizá la mayoría de esas historias eran inventadas. ¿Quién podía saberlo en realidad? Yo me daba cuenta de que este era el rumbo que tomaban sus pensamientos. No podía evitarlo porque había nacido así.

Una mujer se rio. Fue Wilma. Su risa no era divertida, sino que era una risa un poco histérica del desahogo nervioso. Estaba muy tensa y rígida en su asiento, y ahora tenía un aspecto sobrio. La risa solo brotaba de su boca. Se parecía a las carcajadas que lanzaba Angers de vez en cuando, aunque en este caso no estaba tan cargada de locura.

—Explíquemelo —insistió Angers—. Quiero saberlo. Usted verá. Steve me salvó hoy la vida y es mi compañero. Somos amigos y los amigos se ayudan los unos a los otros. Quiero saber por qué no le pagó el dinero que le debía. Explíquemelo —repitió.

Ella volvió a reírse. Angers la miró y ella le miró a él y se le rio en las narices. Eso marchaba mal. Wilma estaba tratando de controlarse pero no lo conseguía. Continuaba mirándole y riéndose. Se reía estrepitosamente. Se sacudía y la otra mujer seguía llorando mientras Wilma miraba a Angers haciendo esfuerzos desesperados para no reírse.

—Es muy gracioso, ¿no es cierto? —comentó Angers.

Sentí que los ojos de Lillian se posaban sobre mí. Sus ojos me sonrieron fugazmente y sus párpados se arrugaron en las comisuras. Y comprendí algo. Se había resignado. Totalmente.

Harvey no estaba tan asustado como antes, porque Angers parecía muy tranquilo.

—Creo que esta es una cuestión de dinero entre Steve y yo —manifestó Harvey.

—¿De veras?

—Sí. ¿Qué hace usted aquí?

—Quería conocerle. Quiero ese dinero. Quiero que se lo entregue a Steve, para que sus amigos lo vean. Quiero que sus amigos sepan qué clase de hombre es usted.

Esto le conmovió un poco. No le gustó y además le asustó.

Sacó su cartera y contó doscientos setenta dólares de un fajo de billetes que

abultaban tanto que la cartera no se cerraba por completo. Así era Harvey. Depositó el dinero sobre la mesita, delante de sí, y los dos hombres y las dos muchachas le miraron. Ahora todos miraban a Harvey.

—Bien —dijo Harvey—. Ahí tiene el dinero.

—No es bastante —manifestó Angers.

Harvey le miró.

—No es bastante para el trabajo que hizo —explicó Angers. Se volvió hacia mí, empuñando la pistola—. ¿No es cierto, Steve?

No le contesté. Permanecí inmóvil en mi asiento. Percibía toda la tensión y miré hacia la ventana de la cabina. Observé que el hombre que había estado sentado en la mecedora se encontraba ahora de pie en el embarcadero de madera. Se esforzaba por parecer indiferente, como si hubiese salido simplemente a dar un paseo con su perro. Pero no era eso lo que estaba haciendo. Nos estaba espiando por la ventana de la cabina. Entonces me di cuenta. También estaba contemplando la calle.

Empecé a transpirar.

El hombre dio dos pasos hacia la calle, mirando, y después retrocedió nuevamente dos pasos, sin dejar de mirar. Estaba muy nervioso, pero trataba de disimularlo. Era un hombre corpulento, vestido con *shorts*, y fumaba una pipa. Cada vez que daba un paso su perro daba dos y se sentaba. El perro era un spaniel.

Ahora la mujer que había estado llorando se sorbía las narices.

—¿Cuánto dinero tiene ahí? —preguntó Angers.

Harvey miró su cartera. No hacía más que sostenerla en la mano y mirarla.

—Sáquelo y cuéntelo —ordenó Angers.

Uno de los tipos que estaban sentados en el mismo banco que yo vio al hombre del embarcadero. Desvió la cabeza rápidamente y entonces me miró. Hice un gesto disimulado de asentimiento.

Tenía un amigo. Me sentí regocijado. Esa era una sensación magnífica. La mejor que había experimentado en mucho tiempo. Aquel pájaro que estaba sentado en el rincón sabía qué era lo que estaba ocurriendo, lo había entendido perfectamente, y no era valiente pero tampoco era un tonto. Era mi amigo. Podía confiar en él si ocurría algo.

¿Pero de qué servía?

Harvey contó el dinero de la cartera y dijo:

—Aquí hay doscientos catorce dólares.

—Póngalos junto con los otros y quedaremos a mano —manifestó Angers.

Harvey obedeció la orden de Angers. Me miró con su cara desprovista de expresión. Nuevamente estaba muy asustado.

—¿Se dio cuenta, compañero? —preguntó Angers.

Yo no contesté.

—Tome el dinero, compañero —exclamó Angers—. Allí hay cuatrocientos ochenta y cuatro dólares. Supongo que es un precio razonable por el trabajo que

realizó, ¿no le parece?

Yo no quería tomar el dinero. Harvey me estaba observando. No quería volver a mirar a Angers. Pero Angers no había terminado con él.

—Este es el amigo que ustedes tienen —les dijo a las personas que estaban en la cabina—. ¿No les parece simpático?

Harvey tenía la cartera vacía en la mano y tragó saliva. Miró a su alrededor y esbozó una sonrisita malsana que nadie contestó. Entonces no le quedó más recurso que mirar nuevamente a Angers, siempre con la cartera en la mano.

—Ahora —manifestó Angers— quiero que tome una hoja de papel y un lápiz y que escriba en ella que le pagó el dinero a Steve por un trabajo que él realizó para usted. Y quiero que lo firme.

—Esto es absurdo —comentó Harvey.

—¿Le parece?

El hombre sentado en el rincón, mi amigo, empujó un bloc de papel a través de la mesita, sacó un lápiz de su camisa deportiva y lo depositó junto al bloc.

—Haz lo que te pide el hombre, Harvey —dijo.

—Claro, claro —asintió Harvey. Escribió rápidamente sobre la hoja de papel y puso su firma. Después dejó el bloc sobre la mesita y arrancó la hoja de arriba y la colocó junto al dinero—. Tómelo —dijo, mirándome—. Pero no pudo hacerlo solo, ¿eh? Le eché del yate y ahora tuvo que traer un amigo.

Empujó el dinero y la nota hacia donde estaba yo.

No pude dejar de compadecerle. Había tenido que insertar su comentario malicioso.

—Toquése la nariz —contesté—. ¿Cómo disimuló la hinchazón?

—Recoja el dinero, compañero —dijo Angers.

Tomé el dinero y la nota y metí todo en el bolsillo de mi pantalón. Mientras lo hacía, miré hacia el embarcadero. El hombre que estaba allí seguía mirándonos y estudiando la calle que bordea la costa. Yo estaba convencido de que había llamado a la policía. Había descubierto lo que ocurría y los polizontes llegarían de un momento a otro. Rogué para que fuese así, pero al mismo tiempo me pregunté si eso sería lo ideal.

Si aparecían ahora y empezaban a tirar, habría una masacre general.

—Lillian —murmuró Angers—, ven aquí.

Lillian se levantó del brazo del sofá y fue a reunirse con Angers. Se movía como una sonámbula. Todos miraron como cruzaba la cabina. Harvey permanecía inmóvil, estudiando a Angers, y vi que mi amigo levantaba los ojos nuevamente hacia el embarcadero.

Entonces todo se oscureció dentro de mí, porque Angers también notó que mi amigo estaba mirando algo.

Y el tipo que estaba afuera vio lo que sucedía. Vio que Angers giraba la cabeza y le miraba a través de la ventana de la cabina, y se quedó petrificado. Oh, eso era

extraordinario. El tipo estaba afuera, paralizado, y las luces de la cabina iluminaban su cara.

Casi pude ver cómo funcionaba el cerebro de Angers. Se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Me alegré de que Angers no me hubiese sorprendido a mí mientras miraba hacia afuera.

—Bien —comentó—, llegó el momento de irse, compañero.

Harvey comenzó a temblar. Su garganta y su mentón carnosos estaban cubiertos de manchas violáceas y temblaban.

La mujer que había estado llorando se desmayó. Se relajó sencillamente y cayó hacia atrás sobre el sofá, chocando contra Wilma. Wilma empezó a reírse nuevamente. Se reía histéricamente, por el costado de la boca. Trataba de mantener los labios apretados, pero no lo conseguía. La mujer que se había desmayado quedó cruzada sobre el regazo de Wilma, y esta siguió riéndose.

—Oiga —dijo el hombre que estaba sentado en el rincón—. ¿Por qué no celebramos esto con un trago?

Iba a comportarse valientemente. No le quedaba otro remedio. Supongo que había decidido que esa era la única actitud que podía adoptar. Era el único de los ocupantes de la cabina que había comprendido lo que estaba sucediendo. Uno podía leerlo en su semblante, y ahora iba a ser audaz.

—Harvey —dijo—, ¿por qué no les sirves un trago a estos señores?

—Tenemos que irnos —manifestó Angers, a mi amigo.

Yo me puse de pie y también le miré.

—Olvídelo —murmuré.

Él me entendió perfectamente, pero en su interior hubo algo que le incitó a no entregarse.

—Diablos —exclamó—. Podríamos convertir esto en una fiesta magnífica. Podríamos sacar el yate a la bahía, ¿no te parece, Harvey?

Sabía que aquel tipo había estado bebiendo mucho, y quizá eso explicaba su comportamiento.

—Vamos, compañero —dijo Angers—. Nos iremos de aquí.

—Muy bien.

Hacía apenas unos minutos que estábamos allí, y el tipo que trataba de detenernos sabía que si nos quedábamos un rato más llegarían los polizontes. Yo también lo sabía. Pero él no entendía a Angers. No había visto cómo trabajaba Angers con la Luger.

Ahora no me atrevía a mirar por la ventana de la cabina. No sabía si el hombre estaba todavía fuera con su perro, o no.

Angers abrió la puerta de la cabina e hizo una seña para que saliésemos. Nadie pronunció una palabra. Hasta entonces todos habíamos pasado un mal rato y yo estaba bañado en sudor.

El tipo del rincón sabía que Angers se había dado cuenta, y Angers siguió

mirándole mientras cerraba la puerta de la cabina. Era una puerta persiana, y todos permanecieron sentados adentro, mirándonos. Afuera uno sentía el efecto de la brisa.

—Lillian —dijo Angers—, quiero que entres nuevamente allí.

Lillian le miró. Sus ojos estaban opacos. No habló.

—Muévete —insistió él.

Ella entró a la cabina.

—Muy bien, compañero —manifestó Angers—. Suba al embarcadero. En marcha.

Subí por la escalinata y salté al embarcadero. El hombre estaba subiendo a su embarcación con el perro entre sus brazos. Angers me siguió.

—Al coche, compañero —indicó—. Pronto.

Cuando pasamos junto al Rabbit-O miré hacia la cabina y vi que todos estaban sentados, tal como les habíamos dejado. Harvey y Lillian estaban de pie en el centro de la habitación. Sus ojos nos seguían por el embarcadero.

—Corra —exclamó Angers detrás de mí—. No nos queda mucho tiempo, compañero, y no podemos dejar que todo fracase ahora.

Pasamos frente al tipo del perro. Angers ni siquiera le miró.

En la calle nada anunciaba la presencia de la policía.

Cuando llegamos a la franja de hierba que crecía junto a la acera, Angers me tomó por el brazo.

—Quizá tengamos dificultades, compañero. No me abandone, ¿entiende?

Yo le miré y no contesté nada. No podría haberlo hecho. Después de todo, él creía en todas las cosas que hacía, y por lo menos confiaba a medias en mí.

En la cabina había resultado muy valioso saber, momentáneamente, que en medio de ese grupo tenía un amigo que comprendía lo que estaba ocurriendo. Bien, empecé a pensar en lo que debía sentir Angers con su mente trastornada y todo lo demás.

—¿Y Lil? —pregunté.

—Al diablo con Lil —respondió—. Suba al coche.

Me senté frente al volante y Angers cerró violentamente la portezuela de su lado y se volvió para mirarme. Apoyó el rollo de papel sobre el piso, sosteniéndolo entre las rodillas, y se quedó sentado con la pistola en la mano.

—Creo que alguien llamó a la policía —manifestó—. Lo intuyo. Vi algo sospechoso.

No hice ningún comentario. Estaba tratando de ganar el mayor tiempo posible. No puse el coche en marcha. Quizá los dos estábamos equivocados.

—No debe abandonarme, compañero —dijo.

—Claro que no.

—Entonces ponga el auto en marcha. Tenemos que salir de aquí.

Apoyé el pie sobre el acelerador y comprendí que el tipo de la embarcación vecina al Rabbit-O había perdido su oportunidad. Debería haber estropeado el coche. No lo había hecho. Funcionaba perfectamente.

—Doble hacia la derecha por aquí —indicó Angers.

Pensé en Lillian, que estaba en el yate junto con los otros, y en lo que haría ahora. Por lo menos se había zafado del lío. Estaba a salvo.

—No me gustó separarme de Lil —murmuró Angers—. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? No sé qué sucederá, y no quiero que le ocurra nada malo.

Yo le miré.

Alguien gritó cerca de nosotros. Era el tipo del perro. Estaba corriendo por el embarcadero de madera hacia el portón en el momento en que yo describía una curva cerrada. Salió a la calle, agitando los brazos y gritando con todas sus fuerzas.

El perro saltaba junto a él.

—No me equivoqué —comentó Angers.

En el nacimiento del muelle, un coche patrulla salió de la calle transversal y enfiló hacia nosotros, avanzando lentamente. El hombre estaba en la calle, gritando y señalándonos.

—Apriete el acelerador —ordenó Angers—. Nos han visto.

Oí un disparo y vi que Angers había usado la Luger. Estaba asomado por la ventanilla y había disparado un solo tiro contra el hombre del perro. No sabía si le había alcanzado o no. No podía ver lo que ocurría allí atrás.

El coche patrulla siguió avanzando y vi un fogonazo que brotaba de su ventanilla y oí otro estampido. Entonces nos cruzamos con el coche y este empezó a dar la vuelta. Otro más apareció en la misma esquina.

—Doble hacia la derecha —indicó Angers—. Y acelere todo lo posible, compañero.

No necesitaba decírmelo. No quería morir, por lo menos tan pronto. No mientras todavía hubiese una posibilidad. Yo estaba en medio del conflicto y lo sabía y no me gustaba.

—Tenemos que dejarlos atrás —dijo Angers—. Tenemos que hacerlo. ¿Me oye, Steve?

—Hago todo lo que puedo.

Doblamos velozmente por la esquina y entonces empezaron a sonar las sirenas. Era un sonido que yo estaba esperando desde hacía mucho tiempo. Ahora que lo oía, verdaderamente cerca, quería que enmudeciese. Sabía que Lillian también lo estaba escuchando desde el yate. Me pregunté qué era lo que pensaría.

Les aseguro que apreté el acelerador a fondo.

Yo no quería terminar de esa forma.

Además no habría sido justo que me matasen. Porque intuía que eso era lo que harían. Sin embargo, este no era el único motivo por el que yo tenía esas ideas. Y tampoco fue algo súbito; ya hacía un largo rato que se estaba formando en mi mente, y sabía que era cierto. Eramos dos contra todos ellos y comprendía que esto no se podía cambiar. Pero durante todo aquel tiempo también sabía que era algo injusto.

Era injusto para él. Angers estaba tratando de hacer algo en lo que creía. Tenía una meta, una meta fanática, y para él eso era tan real como el sol de las mañanas. Quizá uno no podía asimilarlo, entenderlo. Pero yo pensaba así.

Estaba haciendo algo que él consideraba correcto.

Y yo quería ver a Ruby. ¡Dios, cómo ansiaba verla! Las cosas habían cambiado, se habían enturbiado. Quería verla una sola vez más..., con vida, feliz.

No sé. Yo había estado acompañando a ese tipo, deseando terminar con él si se me presentaba la oportunidad, ansioso por escapar de él, y sin embargo tampoco lo había entendido bien. Claro que sí. Pero no me había matado, ¿verdad? Bien, me sentiría feliz si Angers lograba huir de ellos. Ahora lo sabía. Quizá él me había enseñado algo que no puedo expresar con palabras; no sé.

Me concentré en la tarea de conducir como nunca lo había hecho antes. No se trataba de una reacción desesperada, sino de un esfuerzo meditado para huir. Le miraba fugazmente y le veía sentado junto a mí, observándome, asintiendo imperceptiblemente con la cabeza, con la pistola sobre la rodilla.

Tal como digo confiaba a medias en mí, y era torturante saberlo. Quizá confiaba plenamente en mí. Yo era su compañero. Y ahora uno nunca podría explicárselo. Eso era imposible de aclarar.

Nos perseguían a los dos.

—Lo está haciendo muy bien, Steve —comentó, entre los aullidos de las sirenas que no estaban muy lejos de nosotros—. Simplemente no se ponga nervioso. Usted tiene agallas, compañero.

—Gracias. Las necesitaremos.

Pasamos por el embarcadero de yates Vinoy y yo doblé hacia la izquierda frente al hotel Vinoy, que se erguía en medio del cielo más pálido de la noche como un inmenso monstruo negro sin ojos y con una galera. Enfilamos directamente hacia el centro de la ciudad.

Venían detrás de nosotros y eran tres, tres coches, todos con las sirenas ululando y gimiendo, y eso marchaba bien.

Solo Lillian y yo sabríamos qué era lo que había ocurrido en realidad. Nosotros

éramos los únicos, ¿y cómo podríamos explicarlo? Era algo que uno asimilaba lentamente.

Si uno no podía percibirlo, paciencia, pero ahí había tristeza. Se filtraba constantemente, metiéndose en mi boca como el sabor de un metal brillante, seco y frío...

Las luces de tránsito carecían de significado, y probablemente ya toda la ciudad estaba enterada. Avanzamos zumbando por la calle que subía desde la costa, pasando por el barrio residencial, y veíamos a la gente en sus jardines, desfilando como postes de caras blancas y brazos rígidos.

Volví a doblar hacia la izquierda y después me interné por un callejón que pasaba por detrás de una manzana de comercios. Recorrimos el callejón saltando sobre el pavimento de ladrillos y patinando un poco en los lugares húmedos. Hacia adelante el callejón estaba cerrado, pero había un desvío a la derecha, de modo que doblé por allí y volví a enfilar rumbo a la calle.

Nos encontrábamos en una de las calles céntricas, viajando hacia el oeste, y clavé el acelerador a fondo justo por el centro de la calle. Los autos se desviaban hacia la derecha y la izquierda a medida que avanzábamos.

—Nunca podrá construir el hospital en esta ciudad —comenté, sin mirarle—. Lo sabe, ¿verdad?

—Sí, ahora lo sé.

—¿Qué hará?

—No lo sé, pero construiré el hospital, Steve.

Seguimos otro trecho hacia adelante, pasando entre los vehículos embotellados que se desesperaban por salir de nuestro paso. Detrás de nosotros el aullido de las sirenas estaba aumentando nuevamente de intensidad. Ese callejón les había desorientado durante un momento y sabía que podría librarme de ellos. Si conducía bien y usaba la cabeza y no perdía el coraje y no me ponía nervioso. Entonces podría librarme de ellos.

No marchábamos a mucha velocidad.

—Nos alcanzarán cuando salgamos de la ciudad —dije.

—Ya lo sé.

—¿Usted no quiere que nos alcancen, verdad, Ralph?

—No. Estoy pensando en Lillian.

Uno puede decir lo que quiera acerca de casos como este. Tienen sentimientos. Pero se trata simplemente de que existe una distorsión en uno de sus propósitos y el matar es un método ciego para lograrlo. O quizá se parece a cuando uno se quita una mosca del brazo. No lo olviden.

Bien, todo depende de la perspectiva. Uno puede ver las cosas de una forma o de otra. Yo lo sabía. Se trata de creer. Se trata de creer en algo con tanto fanatismo que uno no ve nada más que lo que está en dirección a su meta. Y no interesa si la meta es buena o es mala, porque lo que verdaderamente interesa es ante qué se es ciego.

Resulta extraño, pero así es cómo funciona. Hagan la prueba y verán.

Él se sentía afectado por la crítica.

¿Qué habría ocurrido si desde un primer momento le hubiesen permitido a Ralph Angers que construyera el hospital y tratase de satisfacer sus deseos de trasplantar el ojo humano?

Llegamos a Ninth Street y doblé hacia la izquierda en medio de la marea de vehículos y conduje por en medio de la calle. Era una buena estrategia, gracias a la gran cantidad de coches. Quizá nos retrasarían, pero los retrasarían aún más a ellos.

—Steve —dijo Angers—, cuento con usted. No sé conducir. Nunca aprendí. Siempre estuve excesivamente atareado. Incluso durante la guerra.

—No podemos dirigirnos hacia los suburbios —manifesté—. Nos atraparían sin ninguna dificultad. De modo que trataremos de despistarles en la ciudad.

Él no hizo ningún comentario.

—Conozco la ciudad muy bien —expliqué.

—No puedo dejar de pensar en Lillian —murmuró.

—No le ocurrirá nada malo.

—Ya lo sé.

—Entonces no se preocupe.

Los dos vimos el coche patrulla que estaba en la esquina. Estaba entrando a la calle desde otra transversal, pero otros coches lo molestaban porque había una luz roja. Seguí de largo y noté que nos miraban. Tampoco podían disparar, porque debían tener en cuenta a los otros coches y a la gente que pasaba por la calle.

—No estoy preocupado —manifestó Angers—. También estoy pensando en su ojo, Steve.

—Olvídelo.

Yo conducía cuidadosa y tranquilamente. Cuando uno empieza a sudar todo le sale mal. El coche de Bourney era estupendo y por un instante le vi dentro de mi mente, caído sobre la hierba, con su cigarro.

—Quiero que usted sepa algo —dijo Angers.

Doblé hacia la derecha, saliendo de Ninth, y el ulular de las sirenas se apagó debido a la muralla de edificios. Sabía que ellos estaban atrás y que habían visto por dónde habíamos doblado. Me interné por un callejón, y después por otro, y entonces doblé nuevamente hacia la izquierda y estuvimos en un camino de tierra que pasaba por el centro de la ciudad y empezamos a marchar cuesta abajo, dando bandazos. Apreté el acelerador y nos metimos en la huella del camino y ahora las sirenas apenas se oían y seguían por la otra calle. Habían pasado por alto el callejón.

Salimos del camino de tierra cuando empezó a empinarse hacia arriba, y pasamos por un puente próximo a unos árboles altos, y los faros del coche iluminaron las hojas de los árboles y el panorama resultó muy tranquilo, como cuando uno viaja por el campo en una noche de verano.

Entonces llegamos nuevamente a una avenida importante y pasamos con un salto

de la tierra al pavimento. Un coche patrulla se cruzó con el nuestro, a toda velocidad, y nos descubrió.

Clavé el acelerador mientras oía el chirrido de ruedas del coche patrulla, y cuando nos alejábamos vi que describía una curva cerrada que lo hizo subir a la acera y pasar por el jardín delantero de una empresa funeraria y por debajo de un toldo. La sirena empezó a funcionar.

Salí de esa calle hacia la izquierda y entramos nuevamente al barrio residencial. Ahora obligaba al coche de Bourney a demostrar todo lo que era capaz de hacer.

—¿Steve?

—Sí, sí.

—Quiero decirle algo.

Le miré y vi que no se había movido. Seguía sentado en la misma posición, con la pistola sobre la rodilla, como si estuviese soñando. Claro que le temía. En ese mismo momento podía pegarme un tiro, sin que nadie lo anunciase.

—¿De qué se trata?

—De su ojo.

—¡Olvídese del ojo!

—No, Steve. Si no se cura el ojo, ¿sabe qué es lo que va a ocurrir?

No le contesté. Estaba muy ocupado con el volante en esa calle adoquinada. Quizá los adoquines habían sido colocados veinticinco años atrás, y ahora estaban flojos y había hileras de baches y era muy difícil conducir. El coche tableteaba como una ametralladora, y el volante giraba locamente entre mis manos.

—Usted perderá la vista de ese ojo —manifestó Angers—. No estoy bromeando, compañero. Eso es lo que ocurrirá. Estoy seguro. Y quizá quedará ciego de los dos ojos. Es una reacción simpática.

Oí lo que decía pero no me conmovió. Por lo menos en ese momento. No me sentía simpático, de modo que permanecí callado y él no agregó nada más. No agregó nada respecto a ese tema.

—No lo he olvidado —dijo.

—Está bien.

—Quiero que lo sepa, compañero —insistió—. No lo olvidaré nunca, y cuando hoy la situación se puso un poco complicada... Bien, usted entiende, compañero. Todo depende de lo que estoy haciendo. Es importante. Pero quiero que sepa que no he olvidado que me salvó la vida, compañero. No habría habido un hospital si usted no hubiese llegado a tiempo.

Ahora tenía el hospital construido.

—Me gustaría que usted fuese mi primer paciente.

Quise pedirle que se callase. Me estaba atormentando. Todo me estaba atormentando, desde todos los ángulos, desde ángulos que él no podía o no quería ver.

«Ruby, Ruby —pensé—. ¡Qué Ruby esta!».

Estaba llorando. Me aferraba al volante y lloraba y conducía como alma que lleva el diablo. Porque las cosas se volvían contra mí desde todos los ángulos y todo estaba fuera de foco y mezclado con mis deseos de llegar junto a Ruby, y con ese tipo que creía lo que creía...

El coche de la policía no se estaba acercando como correspondía. Entonces descubrí el motivo. Desde adelante las sirenas estaban convergiendo hacia nosotros y nos cortaban la retirada. Tenían una radio y la habían usado.

—Vamos a detenernos.

—No nos queda otro recurso, ¿verdad, compañero?

—Sí. Ahí adelante. Después correremos.

Le miré y él estaba llenando el cargador de la Luger, metiendo las resplandecientes cápsulas de bronce.

Pensé en estrellar el coche y en confiar que la suerte me salvase. Pero tenía demasiadas ganas de vivir. No podía hacerlo y cuando el coche empezó a disminuir su velocidad él accionó la corredera y quedó a la expectativa, con la Luger preparada.

Estábamos en una bonita zona de la ciudad. En un radio de una milla a la redonda no había nada más que pilas de chatarra, vaciaderos de desperdicios, fábricas nuevas y viejas, demolidas y en construcción. Y por todas partes estaban diseminados los galpones de ferrocarril.

Conduje el coche por una larga rampa de cemento hasta el interior de un inmenso galpón de chapas metálicas. Del techo colgaba una sola bombilla eléctrica. Su luz amarilla no llegaba hasta las paredes distantes y apenas bañaba el piso.

—Vamos, compañero —dijo Angers.

Nos apeamos del coche y permanecemos un momento inmóviles. Él tenía el rollo de planos que nunca me había podido mostrar. Estaba nuevamente debajo de su brazo. Su aspecto era prácticamente el mismo de esa mañana, con la excepción de que le había crecido la barba. Era el único cambio.

Oímos las sirenas claramente.

Empezamos a caminar hacia el fondo del galpón, donde un pálido rectángulo de luz indicaba que había una puerta. Llegamos a las vías de ferrocarril y empezamos a correr hacia lo que parecía un túnel negro.

No había ningún túnel. Era un cerco de tablas y su sombra resultaba engañosa. Llegamos hasta su extremo y doblamos por atrás de él. Allí había un depósito de chatarra, y bajo la luz de la luna vimos las carrocerías de coches viejos apiladas en grupos de diez y quince, como capas de un pastel de acero. Esa era la morgue de todos los coches que esperaban sepultura.

—Pasemos por aquí —dijo Angers.

Atrás las sirenas entraron al galpón y oímos las pisadas de los hombres que corrían. Miré a Angers y vi que él también me estaba mirando. A nuestro alrededor se erguían las siluetas oscuras de los edificios. Cercos y vigas y chimeneas que escupían chispas hacia la noche.

—Tenemos que escondernos —murmuró—. No podemos permitir que nos atrapen, compañero.

Su voz era seca y monótona, y durante todo ese tiempo su rostro había estado desprovisto de emoción.

La única sirena gimió hacia la izquierda y después enmudeció. Oímos dos portazos.

—Nos están siguiendo —dije.

—Sí.

—Rodearán la zona. Pero es muy extensa.

No dijo nada. Me tocó el brazo y empezamos a caminar, pasando por los espacios que quedaban entre los coches apilados. Había un profundo silencio, y desde la izquierda llegó el súbito siseo y el blanco resplandor de un soplete. Brillaba y siseaba y el acero chocaba y resonaba. Las sombras se erguían como negras figuras desnudas. El resplandor blanco se elevó en forma de abanico por la oscuridad, cortándola como si hubiese sido metal. Una brillante lluvia de chispas blancas describió un arco hacia arriba para caer sobre los coches apilados.

Seguimos caminando por el depósito de chatarra, y pasamos entre los charcos de agua. Cruzamos un portón del cerco de madera.

Estábamos en un callejón. Enfrente se levantaba un inmenso edificio del que surgían vigas. Sus costados de chapa acanalada reflejaban el resplandor del soplete.

Dos hombres estaban trabajando dentro. Fabricaban escaleras de acero. Usaban indumentarias parecidas a escafandras, con cascos con visores de vidrios. Allí dentro rugía un horno. Un hombre acarreaba carbón en una carretilla hasta la puerta abierta del horno. El tipo estaba desnudo hasta la cintura y parecía rojo. Desde donde estábamos alcanzamos a ver el sudor que cubría su cuerpo.

—Tenemos que seguir caminando —manifestó Angers.

Cruzamos el piso de tierra del callejón y pasamos junto al galpón en el que estaban los soldadores. Dejamos atrás una larga hilera de garajes abiertos, en cuyos frentes había autos estropeados. Adentro había más coches estropeados y toda esa zona estaba brillantemente iluminada y había hombres trabajando o conversando.

Sin embargo, el ambiente estaba tranquilo. Seguimos caminando y no tardamos en llegar a un aserradero.

—Entremos aquí —dijo Angers.

Nos internamos por un pasaje que separaba dos edificios. Allí había un camión aparcado, con las luces encendidas.

Alguien corrió apresuradamente detrás de nosotros y se detuvo y una linterna cortó la noche y alguien gritó. Trepamos sobre una pila de maderas y a Angers se le cayó el rollo de planos. Lo miró y después me miró a mí.

Entonces saltó de la pila de madera y rescató los planos. Volvió a trepar. Yo le había esperado.

Descendimos por el otro lado de la pila y saltamos a tierra. Ahí la oscuridad era mayor. Uno podía percibir el olor dulce, limpio, fresco y agradable de la madera recién cortada. Nos rodeaba por todas partes. Parecía no terminar nunca. Pilas tras pilas de tablas se extendían hasta donde alcanzaba la vista.

—Lo que corresponde hacer —manifestó Angers—, es llegar al otro lado y buscar un coche.

—Naturalmente —asentí.

—Tenemos que conseguir un coche. Necesito salir de esta ciudad, compañero. No queda otra solución. Es una lástima, porque quería construir aquí.

—Hay muchas ciudades bonitas.

—¿Hasta dónde cree que llega esto? No me refiero al depósito de madera, sino a toda la zona.

—Tiene una extensión de más o menos una milla.

Angers me miró.

—Será mejor que corramos un poco —dijo—. Vamos, compañero.

Empezamos a correr, circulando entre las hileras de tablas apiladas. Ocasionalmente pasábamos bajo una bombilla que irradiaba su resplandor sobre las maderas recién cortadas.

Había un callejón entre las pilas y en el extremo del mismo había una puerta con una luz roja. Conducía afuera, y se podía ver nuevamente el cielo.

Angers se sentó sobre una pequeña pila de tablas, apoyó los planos contra su pierna y me miró. Sus ojos estaban inyectados en sangre y vidriosos. No veían nada, excepto las cosas que tenía adentro de la cabeza. Quizá podía hablar con uno y expresar su asentimiento, o su disentimiento, e incluso podía mantener una conversación, pero solo veía lo que tenía dentro de la cabeza. Me daba cuenta de que en ese momento nada le afectaba verdaderamente, y comprendí hasta qué punto estaba solo.

Y descubrí que nunca había hablado mucho. Se había referido a un solo tema. El hospital.

Eso de compadecerlo estaba muy bien. Pero al ver la expresión con que me miraba, yo sentía deseos de correr..., de correr como mil diablos.

Permaneció sentado con la pistola apoyada sobre la rodilla. Miró el arma durante un rato y el único ruido fue el de nuestra respiración.

Entonces vinieron hacia nosotros desde ambas direcciones. Vi sus uniformes y estaban corriendo entre las hileras de tablas.

—Venga, compañero —dijo Angers—. Tenemos que darnos prisa.

Yo me adelanté a él y llegué a la puerta de la luz roja. Salimos por ella a la noche, corriendo, y descubrimos que estábamos en el galpón junto con los soldados. El piso era de cemento y cada paso retumbaba como un redoble de tambor.

—Siga adelante —indicó Angers.

Había solamente tres hombres en el edificio. Se quedaron mirándonos. Uno de los tipos de escafandra con un soplete en la mano gritó algo, pero no entendí lo que decía.

Seguimos avanzando por ese interminable piso de cemento.

Detrás de nosotros sonó un disparo y el proyectil hizo impacto en la chapa de acero y se desvió y se estrelló contra otra chapa.

Angers se detuvo y se volvió. Un polizone corría a través del piso de cemento hacia nosotros y Angers levantó la pistola y disparó y el agente cayó. Era un tirador excepcional. Los otros tres hombres que se encontraban en el edificio se arrojaron al suelo y otra pistola rugió desde la puerta que conducía al aserradero.

Nos volvimos y echamos a correr.

Corrimos por un callejón y pasamos frente a algunas tiendas iluminadas con carteles que ofrecían recambios usados para automóviles. Después doblamos por otro callejón.

Entonces nos encontramos corriendo sobre la tierra blanda, entre los pinos, y hacia nuestra izquierda estaban las vías del ferrocarril. Ocupaban aproximadamente un espacio de unos cien metros de ancho, con señales verdes y rojas y vagones de carga estacionados a trechos en las vías.

El camino en el que nos encontrábamos acababa de ser despejado en medio de un bosque. En algunos lugares todavía había troncos que sobresalían del suelo.

Oí el ruido de un motor y miré hacia atrás. Un faro empezó a horadar la oscuridad. Se trataba de un coche patrulla que marchaba por el camino detrás de nosotros.

Angers miró hacia atrás y disparó tres veces, y después se volvió y siguió corriendo. Ahora yo me había quedado un poco retrasado. Corría muy bien. Giró la cabeza y me miró, con su cara muy blanca en la oscuridad. Tenía una expresión enfermiza.

—¡Venga, Steve! ¡Tenemos que correr!

—Sí.

Le alcancé y corrí a la par de él. Delante había una calle. El camino tenía una elevación en el lugar donde se cruzaba con las vías. Un coche se acercaba por la calle.

Angers corrió por las vías, mirando en dirección al automóvil. Entonces hubo dos automóviles.

—Steve, vamos a cruzar al otro lado —gritó hacia atrás—. Dese prisa, Steve..., compañero.

Siguió llamándome, pero yo no podía correr más de prisa. Adelante, las vías de ferrocarril se desvanecían en la oscuridad entre algunos inmensos galpones que bordeaban el camino.

—¡Ahí vienen! —gritó.

Casi había llegado a la calle y dos de los coches se acercaban a lo largo de las vías. Indudablemente eran coches patrulla. Se los podía distinguir por los faros del techo. Pero no le habían visto, porque en tal caso habrían usado las luces.

El coche que estaba detrás de nosotros seguía avanzando, y sus ocupantes tampoco nos habían descubierto todavía. Ahora el faro estaba apagado.

Crucé por las vías, corriendo hacia Angers. Estaba aturdido. No sabía por qué corría. Estaba agotado, y al correr me tambaleaba.

Me detuve y me quedé mirando. Sentí que todo se ponía tenso dentro de mí y quedaba así, como si hubiese sido de acero y hierro y alambre, y después empecé a relajarme, fibra por fibra.

Angers estaba en el paso a nivel. Entonces las luces rojas empezaron a parpadear. Uno lo oía llegar, como un viento huracanado que rugía en algún lugar, pero no se podía saber de dónde venía.

—Steve —gritó—. ¡Dese prisa, compañero!

Corrí hacia él, tropezando con las vías. Crucé al otro lado cuando llegué a la calle y él se volvió para mirarme. No podía hablar. Quería hacerlo, pero no podía, aunque no sabía cuál era el motivo.

Entonces le enfocaron con los faros y él se quedó donde estaba, con el rollo de papeles en una mano y la pistola en la otra. Miró directamente hacia los faros y les espetó su risa demente. Echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada hacia el cielo. Todo el sector estaba iluminado y Angers se encontraba en medio, con los faros enfocados sobre él, y seguía riéndose. Una risa que brotaba del infierno.

Las señales rojas continuaban parpadeando.

Y uno lo oía avanzar. Quise correr hacia él y cogerlo, empujarlo, hacer algo..., cualquier cosa. Pero no podía. No podía moverme. Ni siquiera podía hablar. Y él se volvió mientras los faros seguían enfocándole y me miró con la cara reluciente por el sudor, y después miró nuevamente en dirección a los coches y volvió a reírse.

—Venga, compañero —dijo. Habló con voz monótona, tranquila, idéntica a la de siempre.

Empezaron a disparar contra él. Angers contestó al fuego, enfrentando los faros, sin siquiera agacharse. Se mantenía erguido y tiraba contra ellos.

Bien, le erraron y yo di un paso hacia las vías. Supongo que se habían apeado de los coches junto al borde del camino. Entonces salté fuera de las vías y la locomotora salió de entre los galpones como un monstruo con un solo ojo.

El tren se lanzó directamente sobre nosotros con su enorme faro oscilando hacia arriba y hacia abajo, y el silbato sonó tan estrepitosamente que me ensordeció.

La locomotora pasó de largo y desapareció.

Yo me quedé esperando que pasase el resto del tren, con un chirrido de frenos, de acero sobre acero, hasta que finalmente terminó de pasar y fue disminuyendo su velocidad.

Él estaba allí. El rollo de planos estaba cortado sobre la vía y yo le miré una vez y después volví la cara.

Todavía empuñaba la Luger.

Oí que gritaban mi nombre.

—¿Logan?

Me limité a esperar. Permanecí junto a lo que quedaba de Ralph Angers. Entonces llegaron a las vías y se detuvieron a mi lado bajo el blanco resplandor de los faros. Uno de ellos se agachó y recogió la Luger. Se quedó mirándola y murmuró:

—Es increíble.

En el destacamento policial conversaron un rato conmigo, y les conté lo que sabía. Mientras les hablaba, mi mente estaba todavía en las vías. Aquello era algo que nunca podría olvidar. Probablemente en ese momento estaban recogiendo lo que quedaba de él.

Me había dicho la verdad. Habían llegado informes del doctor Bernstein, del hospital de Seattle. Ralph Angers era efectivamente un distinguido cirujano. Había sufrido un colapso en Corea como consecuencia del exceso de trabajo, y eso se había repetido hacía algunas semanas en Seattle. El dinero para el hospital también existía, y Bernstein iba a viajar desde Seattle para recoger el cadáver, porque Angers no tenía familia. Todo lo que me había dicho Ralph Angers había resultado cierto. Todo, excepto lo referente a la construcción del hospital. Había robado los planos, se había encontrado en algún lugar con Lillian, y después se había desmoronado por el principio del fin.

Conté lo que había ocurrido en el yate de Harvey Aldercook, y le entregué a la policía el dinero que le había quitado Angers. Exceptuando los doscientos setenta dólares, que yo consideraba míos.

Esto les causó gracia.

Me dije que puesto que Angers había estado acertado en todo lo demás, quizá su diagnóstico acerca de mi ojo también era cierto. De modo que me propuse pedirle su opinión al doctor Bernstein cuando llegase al día siguiente.

Lillian estaba en el destacamento, y cuando me pusieron en libertad también la

dejaron salir a ella. Caminamos juntos hasta el hospital. Les confieso que estaba asustado. Ni siquiera me decidía a entrar al hospital. Habían ocurrido tantas cosas que me sentía enfermo.

—No te preocupes —me dijo Lillian. Y caminamos juntos y ella agregó—: Partiré mañana, Steve. Volveré a mi casa.

Le contesté que me alegraba de eso y seguimos caminando y no tuvimos nada de qué hablar. Finalmente le di la mano frente al hospital y le entregué cincuenta dólares y ella me besó y se fue.

Al llegar a la mesa de entradas le pregunté a una de las Damas de Gris qué habitación ocupaba Ruby Logan. Me dio el número, y entonces le pregunté por Betty Graham y ella me contestó que la señora Graham se encontraba mejor.

Bien, me sentí un poco más aliviado.

Ruby estaba acostada en una cama blanca y me miró y yo la vi girar y sonreír y girar entre las lágrimas que me inundaban los ojos.

—Le llamaremos Steve, igual que tú —murmuró.

Era un chico estupendo. Ruby lo tenía junto a ella, en la cama.

—Un rábano —contesté—. No quiero un Logan «hijo» en esta familia.

—Le llamaremos así, querido. Me gusta el nombre.

Y ella siguió girando entre las lágrimas y entonces entró la enfermera y se llevó al pequeño Steve. En ese momento no me importó.

—Caray, querido, qué susto tenía —comentó Ruby—. Estaba muy enferma y tú tardabas mucho en venir.

—Ahora estoy aquí, Ruby.

—Claro que sí, querido.

Bien, habían tenido que someterla a una operación cesárea y habían tenido dificultades porque estaba un poco anémica, o algo parecido. Me explicaron que eso podría provocar trastornos. ¡Quién lo habría imaginado..., Ruby anémica!

Ella seguía mirándome y yo le tomé la mano y me arrodillé junto al lecho. Mientras estaba arrodillado allí no pensaba en nada. Simplemente le detenía la mano. Les aseguro que era una sensación muy agradable.